



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado
Magíster en Estudios Latinoamericanos

El Lazarillo de ciegos caminantes (1775) **y el colonialismo ilustrado**

José Francisco Robles Rivera

Profesores patrocinantes

Rolando Carrasco M. / José Leandro Urbina S.

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Santiago de Chile

2007

Agradecimientos	4
Introducción	6
Capítulo 1/ Sinapia e Hispania, Solidina e Idearia: el proyecto ilustrado borbónico	12
a. Cruces y tensiones entre “Solidina” e “Idearia” en el camino a Sinapia	12
b. El proyecto ilustrado borbónico	17
Capítulo 2/ El orden americano y el funcionario borbónico: la “utilidad” de El Lazarillo de ciegos caminantes	29
a. El “tocino para el caldo gordo”	29
b. El funcionario borbónico en América	34
c. Alonso Carrió de la Vandera y <i>El Lazarillo de ciegos caminantes</i> : entre lo práctico y lo útil	38
Capítulo 3/ La crítica ilustrada y colonialista de la “realidad”: administración pública, abundancia perjudicial y riqueza malgastada en el Virreinato del Perú	50
a. Sobre la administración pública	50
b. Abundancia perjudicial y riqueza malgastada	61
Capítulo 4/ Discursos de recolonización: las anécdotas contra los gauderios	70
a. Las malas costumbres de los gauderios: productivización de la anécdota	70

b. Recolonización interna: un proyecto para el Tucumán _____	79
Capítulo 5/ <i>La invención de Concolorcorvo y el “Diálogo” del Cuzco</i> _____	89
a. La invención de Concolorcorvo: un etnocidio textual _____	89
b. El “Diálogo” del Cuzco y sus consensos _____	100
1. Contra la “leyenda negra”: defensa de repartimientos y obrajes _____	101
2. Contra la lengua de los indios _____	112
3. La confesión de Concolorcorvo _____	117
Conclusiones _____	124
Bibliografía _____	128

Agradecimientos

Mis agradecimientos van, en primer lugar, a mis profesores guías, Dr. Rolando Carrasco Monsalve y Dr. José Leandro Urbina Soto, quienes con su enorme compromiso se han convertido en un apoyo constante y en una ‘presión’ necesaria para comenzar y concluir esta tesis. Gracias al profesor Carrasco, pude acceder a la rica información sobre mi objeto de estudio que guarda la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, así como a todos los textos pertinentes que llegaban a sus manos y generosamente los compartía conmigo. El profesor Urbina me abrió su vasta biblioteca personal, permitiéndome llevar a mi escritorio una serie considerable de estudios difícilmente ubicables en nuestro país, aunque menos escasos que su ejemplar condición humana y académica. Con ellos ha sido duro y, al mismo tiempo, grato comprobar que esto recién comienza. Aprendí, de esta forma, una precaución no menor: una tesis de maestría es una inmejorable oportunidad para medir las fuerzas iniciales, no para definir “fatalmente” el curso de una vida académica.

Agradezco al Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, mi Centro, por ser una unidad (en todas las acepciones posibles) que me otorgó una productiva formación interdisciplinaria, así como el humano optimismo del trabajo en conjunto. Probablemente, la característica analítica de esta tesis no hubiese sido posible en otro espacio académico. Quiero extender mi sincera y profunda gratitud al profesor Dr. Grínor Rojo de la Rosa, nuestro director, por entregarme la oportunidad de trabajar con este gran grupo humano y confiar incondicionalmente en mis capacidades humanas e intelectuales. Sin salirme de nuestro Centro, deseo saludar al naciente equipo de Estudios Coloniales, del que soy un afortunado integrante, por su constante preocupación por mí y mi tesis, además de compartir conmigo sus amplios conocimientos en la materia. Ellas y él son: Dra. Alejandra Araya Espinosa, Dra. Alejandra Vega Palma y Dr. José Luis Martínez Cereceda.

Finalmente, mis agradecimientos van a mis queridos amigos que comparten similares inquietudes intelectuales. A Martín Centeno Rogers, compañero infatigable de

proyectos y a Bernarda Urrejola Davanzo que, en la cercanía de mi hogar y en la lejanía mexicana, ha sabido estar conmigo siempre y reírnos de ambos cuando es (y no) absolutamente necesario. Especialmente, doy las gracias a mi gran amigo Ricardo Monsalve Carvajal, que cumple a cabalidad el siguiente oráculo gracianesco: “depende lo más y lo mejor que tenemos, de los otros”.

Santiago de Chile, enero 2008.

Introducción

Esta tesis estudiará un libro bastante particular, publicado sin licencia, con pie de imprenta y año falso y cuyo autor, un tal Concolorcorvo –natural del Cuzco-, no es el verdadero. A simple vista, pareciera tratarse de un escrito atrevido que, por su transgresión formal, debiera fomentar ideas radicalmente distintas a las establecidas por los poderes oficiales. No obstante, estos antecedentes no nos conducirán a corroborar este supuesto. *El Lazarillo de ciegos caminantes*, publicado en Lima probablemente en 1775 y cuyo autor real será el funcionario del virreinato peruano Alonso Carrió de la Vandra, es un texto apologético de la oficialidad colonial, el cual utilizará una serie de novedosos mecanismos extra-oficiales para empujar con mayor fuerza el discurso de ese poder. Este poder se enmarca dentro de los procesos reformistas de la Ilustración borbónica en América, aplicados entre los años 1759 y 1788 bajo el reinado de Carlos III. Como se podrá apreciar en los capítulos de esta tesis, la complejidad de registros discursivos y referenciales al interior de *El Lazarillo*¹, nos ha obligado a operar con un modelo analítico que puede parecer demasiado amplio o ambicioso, pero que, no obstante, resultará fructífero para precisar con cautela nuestro eje de lectura.

Ciertamente, comenzar el análisis de una obra escrita *en y sobre* una región del Virreinato del Perú con un marco general de las ideas ilustradas circulantes en la España del siglo XVIII, puede parecer quizás un tanto extendido. Sin embargo, creemos que esta exageración es absolutamente necesaria para comprender a cabalidad la producción discursiva de una obra escrita por un agente del Estado español que llega al virreinato con una misión

¹ De aquí en adelante.

evaluativa. A las preguntas acerca de qué significa la Ilustración en la España borbónica y cómo desde ésta comenzarán a despuntar algunas medidas políticas y comerciales para América, propondremos algunas respuestas en el **capítulo 1** de la presente tesis, el que abordará las problemáticas y tensiones de este proyecto reformista, más allá de la concreción efectiva de tal planificación.

¿Cuál será, dentro de este proyecto, el papel estratégico del continente americano dentro de este plan reformativo? Pensamos que para responder esta pregunta acerca del rol americano para las políticas metropolitanas, deberemos interrogarnos sobre la importancia del funcionario como figura imperial que llega a la región con el fin de evaluar, desde una misión específica, el “estado de la cuestión”. Dedicaremos las páginas del **capítulo 2** al examen de estas reformas frente al orden americano, a la importancia de la figura del funcionario como sujeto catalizador de ellas y la finalidad de un escrito como *El Lazarillo*.

No obstante, el proceso histórico del reformismo borbónico en América, desde el cual Carrió fijará su mirada de funcionario y la de un improvisado científico, sería parte de un sumario crítico imperial más amplio, que no sólo se restringirá a lo encomendado por la metrópoli. Entonces, ¿cómo *El Lazarillo* llevará a cabo críticamente la revisión de los factores administrativos, comerciales, humanos y naturales del mundo americano visitado, muchas veces indirecta o escasamente involucrados con su particular misión? El desarrollo de este proceso crítico y sus propuestas alternativas, es la principal motivación del **capítulo 3**.

Conviene recordar en este momento la pregunta que se hace el investigador colombiano Santiago Castro-Gómez, acerca del proceso histórico de la Ilustración, tanto en Europa como en América: “¿Por quiénes y contra quiénes es enunciada, en qué lugares y con qué propósitos?”². Esta pregunta es para nosotros decisiva al momento de enfrentarnos con una obra como *El Lazarillo*. Así como la Ilustración está enunciada *contra* algo o algunos, según Castro-Gómez, ¿*contra qué o quiénes* está dirigido *El Lazarillo*, y cuáles serían sus propósitos? Una de los principales asuntos que queremos desarrollar en esta tesis es que *El*

² Castro-Gómez (2005:22)

Lazarillo estará dirigido, más que *contra* algo, *contra* algunos sujetos establecidos o delimitados culturalmente, los cuales se convertirán en los objetos de la violencia discursiva de la obra de Carrió, a partir de una serie de “anécdotas” relatadas a lo largo de su viaje. El desarrollo de este punto crucial para comprender las ideas de la obra sobre una parte importante de la sociedad virreinal peruana, es el núcleo analítico del **capítulo 4**.

Desde el análisis de estos cuatro capítulos que acabamos de presentar someramente, especialmente el pretendemos reconocer y mostrar en nuestra tesis el tránsito paulatino y en escalada de una coordenada transversal que configura la obra de Carrió, la cual sería, desde nuestra perspectiva, la construcción mayor de su imaginario político y cultural: la reinterpretación del mundo y la historia indígena. El análisis crítico de las estrategias narrativas y discursivas que se pondrán en juego en concomitancia con propuestas políticas, y cuyo fin buscaría relegitimar la colonialidad americana, será el principal objetivo del **capítulo 5** y final de esta tesis.

A la luz de este plan que compone nuestra propuesta de análisis, es preciso revelar nuestro marco teórico y, por qué no decirlo, también político. El filósofo americanista Enrique Dussel postuló, en una de sus conferencias más conocidas, una idea que es, de alguna forma, una constante nota al pie en nuestro trabajo. En esta conferencia, Dussel propuso que la Modernidad, “originada” en las ciudades libres de la Europa medieval y “nacida” a partir del encuentro con el Nuevo Mundo, posee subrepticamente un gran y conflictivo mito. Este paradójico mito que Dussel califica como “irracional”, es la justificación de una violencia total y exterminadora, amparada por una serie de registros teóricamente racionales y científicos que lo llevan bastante más allá del sentido emancipatorio que la Modernidad también posee³. Sin pretender adentrarnos en el concepto de Modernidad, el cual escapa de los alcances o intereses de nuestra tesis, estamos en condiciones de señalar que este mito “irracional”, transita por diversos momentos históricos y con distintos registros racionales y científicos. Para Dussel, el siglo XVIII y sus acontecimientos culturales, políticos y comerciales,

³ Cfr. Dussel (1994:7-8)

marcarán el paso hacia un segundo estadio moderno⁴ y, por consiguiente, será una segunda envoltura para la “irracionalidad” ilustrada.

En esta segunda Modernidad, ciencia e ideología se atarán con un nudo muy difícil de deshacer, problemático y de una sofisticación mayor⁵. Sobre este asunto, Mary Louise Pratt escribe, explicando desde la óptica de las creencias e imaginarios globales de la cultura ilustrada, que “la ciencia operó como un lujoso y multifacetado espejo sobre el cual Europa toda podía reflejarse como un “proceso planetario” en expansión, sin la competencia, la explotación y la violencia acarreadas por la expansión comercial y política de la dominación colonial”⁶. Con este acercamiento a lo que podríamos llamar la conciencia científica europea, Pratt alude que estos imaginarios ilustrados, convencidos de la acción objetiva de la ciencia europea sobre el mundo, no pueden ser privados de una parte sustancial de su propio discurso: el expansionismo imperial y la dominación colonial. La idea europea de este “proceso planetario”, no podrá dejar atrás consciente o inconscientemente aquello que cree lejano a sus objetivos centrales.

Tal como para Edward W. Said el *orientalismo* representaba -desde fines del siglo XVIII- una suerte de comunión o pacto entre el comercio, el academicismo y la imaginación de la Europa central para descubrir y describir el Oriente⁷, para nosotros las proyecciones del borbonismo español tendrán un impacto notable en la reconfiguración del espacio americano. Estos sucesos, estudiados tanto por Dussel, Pratt y Said, influirán directamente en la pauta del reformismo borbónico, renovando la violencia colonial y reproduciendo, en otra escala y con nuevos recursos, un mito “irracional” justificatorio de la colonialidad americana⁸. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, España incrementará su intromisión en los asuntos públicos y privados del continente americano, en la que diversos procesos políticos, además de proseguir la faena imperialista de los siglos anteriores, se verán reforzados a través del

⁴ Cfr. Dussel (1994:8).

⁵ Para el desarrollo relacional entre ciencia e ideología, vid. Clifford Geertz (1971:45)

⁶ Pratt (1997:70)

⁷ Cfr. Said (2006:21 y 28)

⁸ Vid. J. Jorge Klor de Alva (1994:268), para quien la reformulación misma del concepto “colonialismo” está en juego en esta etapa.

imaginario ilustrado de su época. La conjunción de estos elementos, los cuales analizaremos en los capítulos por venir (especialmente en los capítulos 1 y 2), formará una masa ideológica que será el tamiz para acercarse al mundo americano, de la cual participaría activamente la obra de Carrió. Esta nueva escala ilustrada del mito justificatorio colonial, corresponde a lo que nosotros llamamos colonialismo ilustrado, concepto articulador de la escritura de *El Lazarillo* y foco central de nuestro estudio.

De esta forma, nuestra hipótesis central propone que el colonialismo ilustrado será, en el plano ideológico, la fuerza nuclear de la práctica textual de *El Lazarillo* y el motor que echará a andar innumerables ideas para la modificación del imaginario social, cultural, político y económico de una importante región del virreinato peruano. El estudio de esta cadena de hechos de variada índole, que desembocan fortaleciendo el discurso de la colonialidad ilustrada de *El Lazarillo*, es lo que nos proponemos desarrollar en los cinco capítulos de la presente tesis.

Capítulo 1

Sinapia e Hispania, Solidina e Idearia: el proyecto ilustrado borbónico

a. Cruces y tensiones entre Idearia y Solidina en el camino a Sinapia

Un manuscrito anónimo, encontrado entre los volúmenes de la biblioteca del ministro de Carlos III Pedro Rodríguez Campomanes⁹, pareciera plasmar simbólicamente las conflictivas convergencias y divergencias entre las ideas políticas de la España del siglo XVIII. Este manuscrito lleva por nombre *Sinapia*, y es quizás la única obra genéricamente utopista que conservan las letras españolas. En el relato, Sinapia (anagrama de “Hispania”) es una península políticamente ideal, compuesta por cuatro pueblos originarios tan diversos como lo son los “malayos, peruanos, chinos y persianos”¹⁰. Cada uno de estos pueblos será, para el autor de *Sinapia*, un ingrediente particular que enriquecerá la cultura de la península ideal, complementándose en perfecta armonía. Este heterogéneo y curioso conjunto de naciones que constituyen a Sinapia –naciones que son parte del mapa imperial del mundo- es capaz de articular un aparato político-administrativo de gran envergadura.

Dentro de este orden, la península de Sinapia exhibe un modelo de vida civil que hoy en día llamaríamos “moderno”: control sobre el país de una monarquía republicana, el

⁹ Para un mayor conocimiento de la decisiva importancia de Campomanes en el proceso político español del siglo XVIII, se puede consultar el estudio de Vicent Llobart (1992).

¹⁰ Avilés Fernández (1976:72)

sometimiento de la Iglesia al poder del Estado, la educación exclusivamente en lengua vernácula y con enseñanzas prácticas aplicables al trabajo. A estas características se debe agregar una de las reglas básicas que subyace a todas las manifestaciones sociales y que los sinapienses se esmeran por cultivar desde pequeños: el ejercicio crítico y práctico sobre la fe religiosa y las instituciones estatales. El nacimiento de la crítica en la conciencia de estos peninsulares y la perdurabilidad de ella en la praxis, garantizaría la sanidad y transparencia tanto de una Iglesia subordinada al poder regio (regalismo), la administración pública, la educación integral del hombre y la sociedad civil cifrada en la familia, primera unidad espiritual de los sinapienses. A la luz de las características que acabamos de referir, la descripción de la península de Sinapia finaliza con una inquietante reflexión: “Finalmente se observa que, así en el sitio como en todo lo demás, es esta península perfectísimo antípoda de nuestra Hispania”.

Si comparamos estas palabras del autor de *Sinapia* con la tradición utopista europea, éstas no tienen nada nuevo como estructura propia del género. Tanto Moro en *Utopía* como Bacon en su *Nueva Atlántida* –siglos XVI y XVII, respectivamente- situaron sus relatos en sociedades lejanas geográfica y políticamente, transformándolas en antípodas casi exactas de aquello que predicaban como ideal o perfecto. Tal como señala Miguel Avilés Fernández en su estudio que precede a la obra, en *Sinapia* “no hay solamente una crítica a una realidad rechazable, sino también una justificación ideológica de los intentos que, de hecho, se llevan a cabo para transformar la realidad en que vive su autor”¹¹. Éste es, sin duda, uno de los problemas que plantea *Sinapia*, en la medida que todas sus propuestas –por ser “ideales”- nos señalan una inexistencia concreta de la mayoría de tales medidas que enumeramos y que representan un Estado perfecto, o en su defecto, un Estado “moderno” en España. Y más aún, el anonimato bajo el que se plantean estas ideas que ya eran una realidad en algunos países europeos, marcaría el carácter marginal de estas ideas iluministas en la península y el miedo a presentarlas a una sociedad controlada por agentes obstaculizantes de dichos cambios.

¹¹ Avilés Fernández (1976:44)

No obstante, no podemos desconocer que el florecimiento de varias ideas “sinapienses” tienen sus brotes en numerosos escritos españoles. De Feijoo a Jovellanos, o mejor dicho, del *Teatro Crítico Universal* (1726) al *Informe sobre la ley agraria* (1795), muchas de las ideas que los sinapienses ejercitan en la práctica cotidiana, se están desarrollando en la conciencia de la intelectualidad española. Feijoo, en el importante discurso XI de su *Teatro Crítico Universal* llamado “El gran magisterio de la experiencia”, expone la importancia de un saber práctico y útil que atravesase las distintas capas sociales que componen un país. Con este objetivo, Feijoo crea dos personajes llamados Solidina e Idearia que llegan al ignorante reino de Cosmosia para instruir a sus habitantes. Ambas cátedras son bastante diferentes: por un lado, Solidina busca el ejercicio práctico del saber, el esfuerzo en el trabajo y otros valores comunes ligados a una idea de progreso material y moral; Idearia, en cambio, propone convertir rápidamente a estos rústicos habitantes en eruditos, a través de una formación imaginaria y especulativa. Ambas representan, para Feijoo, dos visiones acerca de la necesidad de una enseñanza pública y un conocimiento que permitan a los hombres peninsulares salir del ambiente mediocre y oscurantista.

:

Al gran Reyno de Cosmosia arribaron dos famosas mugeres muy mal avenidas la una con la otra, pero ambas con un mismo designio, que era lograr el dominio de aquel Imperio. La primera se llamaba “Solidina”, la segunda “Idearia”: la primera sabia, pero sencilla: la segunda ignorante, pero charlatana. La gente de el País era ignorante, como la segunda; y sencilla, como la primera. Assí Solidina pensaba captarla con el beneficio de instruirla, y Idearia con la mala obra de engañarla. Abrió Idearia Escuela publica, prometiendo con magnificas palabras hacer doctísimos en breve tiempo, y á poca costa, á todos los que quisiesen acudir á ella. Lo grande de la promessa, junto con vér á la nueva Doctora en elevada Cathedra, con representaciones de alto Magisterio, y gran charlatanería, presto llenó la Aula de gente. Empezaron las lecciones, las quales todas se reducian á exponer á los oyentes con voces nuevas, ó inusitadas, las quimeras, que passaban en el dilatado país de la imaginacion. Cosa admirable! [...] Solidina segnia rumbo totalmente contrario. En trage humilde, sin aparato alguno, se andaba de casa en casa, domesticandose con todos, y enseñando con voces claras, y usuales, doctrinas verdaderas, y utiles. Hasta la Choza mas retirada, hasta la Oficina mas humilde eran Aula acomodada á su doctrina, porque en todas partes hallaba objetos sensibles, que, examinados por el ministerio de los sentidos, eran los libros por donde daba sus lecciones. Bien lexos de inspirar una indiscreta presumpcion á sus discipulos, ingenuamente decia, que quanto les enseñaba era poquisimo, respecto de lo

infinito que hay que saber; y que para arribar á un mediano conocimiento de las cosas, era menester inmenso trabajo, y aplicacion. Esta modestia de Solidina le fue perjudicial, porque al mismo tiempo que blasonaba Idearia de hacer á poca fatiga universalmente sabios á sus oyentes, unos en pos de otros fueron mudando de partido, pensando en la Escuela de Idearia arribar á la cumbre de la sabiduría por el atajo. Ayudó mucho á esto, que Idearia, y sus discipulos hablaban siempre con desprecio de Solidina, llamandola vil, mecanica, y grosera: con que la pobre, abandonada de toda la gente de calidad, huvo de retirarse de las Ciudades á las Aldeas, donde se aplicó á dar á pobres Labradores la enseñanza, que necesitaban para la cultura de los campos.¹²

Este largo fragmento que citamos, define las inquietudes feijoonianas con respecto a la enseñanza de “cosas útiles” contra el academicismo que guía sus pasos hacia cuestiones estériles y rimbombantes, carentes de un contenido que brinde al mundo y al hombre español un saber real que sólo da la experiencia práctica. “El Reyno de “Cosmosia” es el Mundo, porque esto significa la voz Griega “Cosmos”. “Solidina” es la Experiencia; “Idearia” la Imaginación”¹³. La enseñanza de Solidina, la formación mediante la experiencia sólida de la observación del libro vital y cotidiano que representa el mundo material, será desterrada fuera del ámbito del saber libresco que representa, en este escrito, la ciudad. El campo representará el surco desde el cual el saber práctico –ese mismo tipo de saber que encontramos en *Sinapia*– buscará echar sus raíces mediante el trabajo esforzado. No es casualidad que Solidina se exilie a la campiña: el manejo eficiente de la agricultura será una de las preocupaciones más importantes para los ilustrados españoles, influenciados por la doctrina fisiócrata de Quesnay y otros economistas¹⁴. Esta misma idea también nos llevará al famoso informe diseñado por Jovellanos en 1795. Feijoo luego relatará la tiranía de Idearia, el despotismo especulativo sobre sus discípulos, a quienes convencerá que nada de lo que perciben sus sentidos es real, sólo lo es lo imaginario. Sin embargo, a medida que se extendían los decretos de Idearia, serán inevitables las divisiones y disputas por el poder al interior de su aula: muchos, a partir de la crítica que uno de ellos lanzará contra las doctrinas idealistas, comenzarán a abrir los ojos a la realidad y, con ello, recordar la doctrina de la desterrada y sabia Solidina. De esta forma Solidina vuelve triunfal a la ciudad; le erigen aula magnífica, protegida por –como dice

¹² Feijoo (1985:213-214):

¹³ Feijoo (1985:217)

¹⁴ Cfr. Meek (1975: 17)

Feijoo- “ilustrísimos Proceres, especialmente los dos Principes Galindo, y Anglosio, que aman mucho á Solidina”¹⁵.

Antes de referirnos a esta última cita, atraeremos otra que completará nuestra lectura de este fragmento feijooniano. El ovetense señala la “fuente” utilizada para relatarnos esta historia: “Esta Historia me dio á leer un Estrangero Viandante en un libro Francés, que trahia”. Como se habrá dado cuenta el lector, la narración de Feijoo posee una serie de nombres cifrados tales como los de Solidina e Idearia. Asimismo, los nombres de los príncipes Galindo y Anglosio se encuentran en idéntica situación que, algunos párrafos más adelante, Feijoo nos aclara: Galindo deriva de la voz latina *Gallia*, Francia, y Anglosio de *Anglia*, Inglaterra, representantes de la “Academia Real de París, y la Sociedad Regia de Londres, fundadas debaxo de la protección de los Monarcas Inglés, y Francés [...]”¹⁶. Claro está, que el encuentro fortuito de Feijoo con ese libro francés, cuyo dueño es un peregrino extranjero, es también otra cifra y nada misteriosa. El paradigma de las enseñanzas de lo práctico reside fuera de España, nación inundada con las doctrinas de Idearia. La crítica de Feijoo propugnará el triunfo de las prácticas educativas útiles que representa Francia como Inglaterra, países que ejercitan modelos distintos y modernos hacia los cuales España debe imperiosamente despertar¹⁷. Como apunta José Luis Abellán, la conciencia de algunos españoles percibe que “España ha seguido desde la Contrarreforma un camino diferente al resto de Europa, y que esto nos ha colocado en una situación de inferioridad”. Por ello, continúa Abellán, “creen que deben tomar pie en un contacto cada vez más estrecho con los focos de la cultura europea, fuente inexcusable de la renovación española”¹⁸. De esta forma, vemos que las ideas del libro francés de un anónimo peregrino extranjero, recalcan la sensación de marginalidad que a principios del siglo XVIII tenían estas propuestas en España. Sin embargo, el planteamiento de esta Solidina irá ganando lentamente un espacio en el

¹⁵ Feijoo (1985:216)

¹⁶ Feijoo (1985:217-218)

¹⁷ El segundo capítulo del clásico texto de Peter Gay (1969: 56-152), trabaja el pragmatismo en el pensamiento dieciochesco europeo en un amplio orden de disciplinas, dando cuenta del alcance concreto de las ideas ilustradas en distintos campos del saber erudito y la práctica científica, tanto en Francia como en Inglaterra.

¹⁸ Abellán (1988:477)

pensamiento de la sociedad peninsular, aunque con mayores dificultades que su triunfo final en el ensayo de Feijoo.

b. El proyecto ilustrado borbónico

El quiebre de la “unidad ideológica”, como llama Abellán¹⁹ a la apertura de estas ideas en el marco del espacio político español, o la “crisis de la identidad territorial española” luego de la repartición de una parte importante de los territorios españoles ocurrida tras el tratado de Utrecht en 1713, según Ricardo García Cárcel²⁰, acontece con la llegada al trono del primer Borbón. Este arribo dividirá las opiniones y reacciones de la comunidad que expresará voces a favor de lo que esperan sea una renovación política y cultural, o bien, en contra de lo que creerán una invasión de Francia y de los extranjeros que se preparan en Inglaterra e Italia para gobernar el país. Esa arbitraria “unidad ideológica” anterior a los borbones es, probablemente, la máscara de un fenómeno de desarticulación política y regional de la España de fines del siglo XVII y principios del XVIII, según los trabajos de Abellán y García Cárcel que acá hemos citado. En el mismo sentido, éste, con otros fenómenos que iremos revisando en este capítulo, darán ciertos puntos cardinales para la apreciación de un proceso ilustrado en España que, probablemente, no poseerá la misma inspiración política que los del resto de Europa²¹. La Ilustración española será portadora de un conflicto abierto entre los distintos campos de la sociedad y sus instituciones, entre las ideas reformistas y un hueso tradicionalista muy duro de roer que terminará por imponer, de una u otra forma, su propio

¹⁹ Abellán (1988:479)

²⁰ García Cárcel (2002:9)

²¹ Cfr. Albert Soboul, Guy Lemarchand y Michèle Fogel (1993:644 y 649)

código de acceso a las instancias del progresismo europeo. Nos referiremos a tales reformas como partícipes particulares (o marginales) de un pensamiento ilustrado, el cual intentará ponerse en práctica a lo largo del siglo XVIII, especialmente desde su segunda mitad, dentro de las fronteras imperiales españolas²².

La lucha entre la irracional Idearia y la pragmática Solidina, si cabe poner en estos términos maniqueos el conflicto social de España por estos años, no llevará al triunfo ni a una ni a otra de manera definitiva. Desde nuestra perspectiva, incluso una derrota de Idearia no transformará la hegemonía de Solidina en un control absoluto sobre la faz imperial: para que el pragmatismo pueda gobernar necesitará de la colaboración indirecta de una “irracionalidad ilustrada” en ciertos asuntos públicos. La permanencia activa de la Inquisición es un ejemplo de ello.²³ A pesar de que, como afirma Víctor Peralta sobre el gobierno de Carlos III, “el despotismo ilustrado de Campomanes se impuso la defensa de las atribuciones regias por sobre el de la Curia romana, la reforma de las órdenes religiosas y la supresión de las manifestaciones fanáticas de la piedad popular”²⁴, éstas perdurarán y serán de alguna manera el tablado que mantendrá al “bajo pueblo” controlado y distraído de ideas de motines por esos difíciles años de reajuste económico. La persistencia de estas prácticas corrientes en el pueblo español –sumando la aparición de las plazas de toros- son testigos de la fundación de Academias, Seminarios (como el de Vergara), Institutos (como el Asturiano de Gijón) y de las famosísimas e importantes Sociedades Económicas de Amigos del País, impulsoras y conductoras de la discusión y la práctica de las medidas más populares del reformismo borbónico. El proyecto español es el resultado de la combinación, a pesar del objetivo purista

²² En términos generales, seguimos a Abellán (1988:484) quien sostiene: “La ilustración no tuvo en España el carácter radical y extremista que alcanzó en otros países europeos, pero tampoco cabe afirmar –como han hecho algunos autores- que nuestro país permaneció ajeno a sus ideales. Los ilustrados españoles ni rompen ni quieren romper totalmente con el pasado nacional, pero al mismo tiempo se dan cuenta de que la línea oficial de nuestra tradición es incompatible con el nuevo espíritu de los tiempos.”

²³ Cuando a Carlos III se le consulta sobre si dismantelará la Inquisición, éste responderá aviesamente: “A los españoles le gusta y a mí no me molesta”. Otro mirador de estas “contradicciones” al interior de España se cifra desde la obra de Francisco de Goya. Retratos de estilo clasicista de Carlos III y su familia, de su ministro Floridablanca y del ilustrado Jovellanos, no serán impedimento para que plasme en su tela esos inquietantes mundos paralelos y opuestos que conviven en la Península. En las obras de Goya abundarán las imágenes de aquelarres, levitaciones, fiestas populares, desfiles de flagelantes, del mismo Tribunal de la Inquisición, sanatorios mentales y escenas ligadas a un mundo popular que mantiene sus supersticiones y costumbres “medievales” en pleno Siglo de las Luces.

²⁴ Peralta (1999:179)

del libro francés, entre la Idearia y la Solidina del padre Feijoo²⁵. Ésta es la gran tensión que los intelectuales informarán en sus escritos y el síntoma mayor de que a España le faltaba mucho para lograr convencerse con estas ideas que sus vecinos ya han puesto en práctica²⁶.

Esta condición de marginalidad de la modernidad española frente a las potencias centrales de Europa, que tanto inquietaba a sus intelectuales más progresistas, nos permite hablar de un proyecto ilustrado en España más que de Ilustración. Más allá de corroborar la existencia concreta de una serie de reformas en funcionamiento, nos interesa, para nuestros objetivos, señalar el escenario ideológico textual de esos años. Dentro de ese proyecto ilustrado, debemos enfatizar la incipiente formación de un pensamiento crítico de la realidad española, nacido de sus propios ciudadanos que, poco a poco, inaugurarán cenáculos de aspiraciones ilustradas desde la capital y las provincias metropolitanas. Estas inquietudes ante una España que percibirán retrasada, decadente y lúgubre en medio del llamado “Siglo de las Luces”, no criticarán solamente las falencias comerciales, administrativas y económicas que resultaban evidentes, sino también se ampliarán hacia una reflexión acerca del nivel cultural de sus habitantes y el escollo que muchas veces representa una Iglesia reacia a los cambios modernizadores. Sin embargo, muchos de estos conflictos no están exclusivamente en esa sociedad popular y supersticiosa que los intelectuales criticarán, sino que también en ellos mismos habrá una interiorización de aquellos problemas²⁷. Quizás entre zozobras y certezas, el ojo crítico de una parte importante de la intelectualidad española ya se había desengañado de las apariencias imperiales, pero seguía manteniendo un orden en su mirada que no se desprendería totalmente de su “contrarreformismo”.

²⁵ No queremos decir con esto que en el resto de la Europa ilustrada no existiese ese tipo de prácticas populares, sino que en España es la propia Corona quien estimulará y oficializará algunas de ellas. Tal es el caso de las plazas de toros.

²⁶ Paul Hazard (1958:566-567) enfatiza la polémica influencia de estas ideas extranjeras que -provenientes de Inglaterra, pero sobre todo de Francia- paulatinamente iban tomando relativo peso en España, aunque con bastante resistencia por parte del ala más conservadora y nacionalista que las acusaba de “afrancesadas”.

²⁷ Un ejemplo de esta “interiorización” del conflicto, lo podemos apreciar en uno de los grandes intelectuales del siglo como lo era Mayans y Siscar, quien escribía extensos volúmenes en pos de una liberalización y formación de una enseñanza pública, al mismo tiempo que componía oraciones y “espejos morales cristianos”. De alguna manera, la primera modernidad para España -que refiere Dussel cuando habla de la aparición de América en el concierto occidental- venía atada firmemente con el lazo del catolicismo que no estaba dispuesto a dejarla del todo en este segundo momento.

El proceso ilustrado de ese siglo no se consolidará completamente sino hacia su segunda mitad, con la fundación legal en 1764 (informalmente desde 1748) de las ya nombradas Sociedades Económicas de Amigos del País, extendidas por varias provincias de la península. Quisiéramos detenernos en estas agrupaciones de inquietudes intelectuales por parecernos la fragua en que se forjarán varias prácticas políticas a tono con las ideas ilustradas. En estas Sociedades destacarán hombres ligados a los negocios públicos y privados, cuya principal labor será reunir un fajo informativo del mundo cultural español y de aquellas prácticas realizadas en los terrenos más o menos infecundos de la producción científica y comercial de aquellos años. Todo ello con la finalidad de cambiar algunas modalidades de producción o eficientizar las que no son consideradas como absolutamente erradas, o como aseguran sus estatutos: “fomentar, perfeccionar y adelantar la agricultura, la economía rústica, las ciencias y artes, y todo cuanto se dirige inmediatamente a la conservación, alivio y conveniencias de la especie humana”²⁸. Algunos historiadores como Albert Dérozier no otorgan a tales colectividades o juntas de hombres más o menos ilustrados una importancia clave en el desarrollo de las ideas iluministas. Como señala drásticamente Dérozier la mayor parte del siglo pasa en vano, sin encontrar en el seno de la sociedad española, una acogida a las ideas modernizadoras que se implantaban al otro lado de los Pirineos²⁹.

Para nosotros hablar de revolución ilustrada en España tampoco será pertinente, puesto que hemos preferido –por el objetivo de la presente tesis- hacer una caracterización de un pensamiento o proyecto reformador de esa realidad, más que un registro cuantitativo de la efectividad de dicha reflexión. Sin duda, el siglo no terminará en España con un rey descabezado, pero sí con varias cabezas que ya estaban pensando por y para el rey. La fundación de estos cenáculos o Sociedades preocupadas por el progreso del país es un

²⁸ Abellán (1988:734)

²⁹ Dérozier (1992:331-332): “Recuérdense las estructuras sociales de España en 1700: es un país rural, apegado a las tradiciones, resueltamente cerrado a las influencias exteriores, sin burguesía dinámica, sometido al poder exclusivo que conserva la aristocracia. En estas circunstancias la ínfima élite, que tendrá la responsabilidad de aceptar y luego difundir las Luces por España, no poseerá más que una importancia irrisoria. Solamente bajo el reinado de Carlos III se van a crear escuelas, academias, museos, centros de historia natural. La Inquisición perderá bastante su fuerza, al par que se expulsa a los jesuitas. Esto significa que desde 1700 hasta 1788, en el transcurso casi de un siglo, el movimiento histórico, social y cultural es poco vigoroso. A primera vista, este siglo no expresa una revolución profunda, difícil por lo demás a partir de unas bases frágiles”.

ejemplo de ello. Los objetivos de estas Sociedades, nos dice Gonzalo Anes, integradas por gente de variada condición como nobles (por lo general de sus estratos inferiores), eclesiásticos, militares, funcionarios locales y algunos comerciantes, serán los trabajos y estudios en todas las direcciones que exigía el desarrollo económico del país³⁰. Estas agrupaciones, como dicen Abellán y François-Xavier Guerra, serán los conductos básicos de la ilustración en las provincias españolas³¹, las cuales surgirán en las tertulias científicas o literarias que dan cuenta de un sentido colectivo en sus meditaciones.

El desencanto dieciochesco explorará sobre las instituciones del país, el ejercicio de sus prácticas, el nivel de vida de sus habitantes, entre otros, que definirán el espíritu del hombre español. Con más fuerza que nunca, estas nuevas instituciones comienzan a ser organismos depositarios de la fe en el progreso, y he ahí la importancia de la fundación de estas Sociedades de Amigos del País de las que hablamos en un comienzo. Por nuestra parte, entenderemos que estas representan una suerte de cifra o síntesis de las inquietudes intelectuales españolas en líneas generales, en las que confluyen distintas disciplinas de importancia para el desarrollo y progreso del país. Con este breve balance acerca de las inquietudes centrales de los ilustrados españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, creemos conveniente volver a enfatizar que más allá de verificar si las reformas propuestas fueron o no efectivas, el desarrollo de una nueva coordinada crítica vigilante de la realidad social, cultural y económica de España será fundamental para comprender el papel de la producción intelectual y textual, nacida al calor de estas agrupaciones.

³⁰ Apunta Anes (1983: 53-54): “Se organizaron, en cada sociedad, “clases”, juntas o comisiones de Agricultura, de Industria, de Oficios, de Comercio, y en ellas los socios se ocuparon de los problemas que presentaban los respectivos sectores local, regional, y a veces, nacional. El gobierno procuró alentar los trabajos de las sociedades, por considerarlas organismos adecuados para la difusión de las *luces* y para promover el *fomento*. Los socios se ocuparon en ellas preferentemente de los problemas de la agricultura.”

³¹ Cfr. Abellán (1988:733). Ésta es la visión de Guerra (1993:95-96) sobre estas sociedades: “Uno de los rasgos más peculiares es el de situarse en la confluencia de dos tendencias diferentes: el movimiento espontáneo de la sociedad hacia formas nuevas de sociabilidad, tal como lo muestra el florecimiento de las tertulias, por un lado, y por otro, la política de las élites ilustradas del Estado deseosas de ilustrar la sociedad [...] Toda una combinación de móviles explica el florecimiento de estas sociedades: en muchos casos la aspiración social a una renovación cultural, pero también en otros, motivos de otro orden, como el celo de un funcionario para seguir el impulso oficial, la voluntad de un gran personaje deseoso de mostrar así su preocupación por el progreso de las “luces” o de manera más práctica por razones curriculares, puesto que ser miembro de ellas contaba como mérito. En la mayoría de estos casos, el papel del Estado es predominante y muestra bien el papel que las élites modernas juegan en el Estado absolutista. La modernidad se propaga siempre desde arriba, como un esfuerzo pedagógico para difundir las luces.”

Una de las cuestiones importantes a destacar en este cuadro de instituciones preocupadas por el futuro del país, será su acento puesto en las llamadas “ciencias útiles” (sobre todo las matemáticas al servicio de la agricultura y explotación minera, y la incipiente ciencia económica) que se han ido desarrollando exitosamente en Francia e Inglaterra. Si bien el modelo de las Bellas Artes así como el de las Bellas Letras aún es inseparable en la formación de estos españoles ilustrados, no será el eje central de sus preocupaciones, por lo menos para el grueso de ellos. Con la general atención por la “conservación, alivio y conveniencias de la especie humana”, según uno de sus estatutos, se intentará rediseñar ampliamente el mapa cultural ibérico. Para estos intelectuales dieciochescos el asunto más problemático que había que despejar primero, antes de cualquier giro cultural, lo representaban las condiciones miserables de vida a que la mayoría de los españoles estaban sometidos. Jean Sarrailh asegura que ahí encontraremos el motor de búsqueda de la enseñanza de estas “ciencias útiles”, establecido dentro de los estatutos de estas sociedades económicas³². A la luz de esto, tanto el quiebre de la “unidad ideológica” como la “crisis de la identidad territorial española”, parecieran alcanzar -frente a las imágenes que nos dan intelectuales como Jovellanos de la situación de los pueblos peninsulares- un nueva unidad en la miseria: “aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de unión y movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a vista de tan raro fenómeno?”³³.

A un paso del fin de la centuria dieciochesca, la condición marginal de España aún no ha variado sustantivamente. Hacia 1792, año en que Jovellanos publica su *Informe* y a casi setenta del discurso de Feijoo, el magisterio de Solidina aún es precario. También durante ese año, las *Cartas Marruecas* de José Cadalso entran en la escena de las letras con una severa crítica a la sociedad española. Esta crítica a la nación española, estará a cargo de tres

³² Señala Sarrailh (1957:173): “Fuente y principio de la dicha de la nación, como de la del individuo, esta cultura tan celebrada tendrá que preocuparse ante todo de reducir la miseria y de fomentar los recursos y, por consiguiente, las técnicas. Para que su eficacia sea inmediata, como lo desean apasionadamente los pensadores españoles, se propondrá tareas modestas y prácticas: será utilitaria en primerísimo lugar. Finalmente, para no engañarse en cuanto a sus fines, deberá ser dirigida por el poder central, que precisará su orientación y su desarrollo con vistas a la felicidad pública.”

³³ En Sarrailh (1957:30)

redactores y receptores ficticios de tales cartas: dos moros marroquíes viajeros por las tierras peninsulares, Gazel Ben-Aly y Ben-Beley, y un español cristiano, Nuño. Los tres intercambian distintas visiones sobre un mismo objeto: España. Como ejemplo, veremos que en boca de uno de los emisores de las cartas, Gazel, Cadalso expondrá algunas ideas bastante crudas acerca de lo que le sucede al país en todo orden de cosas. Gazel, viajero por la península, se encuentra en su camino con un español de espíritu triunfalista, apologista del tiempo en el cual vive y que menosprecia la vida de los siglos anteriores. El crítico moro interrumpe esta alabanza con un fuerte discurso que da en la cara de su auditorio, evaluando en él, paso a paso, sus impresiones de tener frente a sus ojos un país devastado por la decadencia social y económica:

La decadencia de tu patria en este siglo comparado con el XVI es capaz de demostración con todo el rigor geométrico. ¿Hablas de población? Tienes diez millones escasos de almas, mitad del número de vasallos españoles que contaba Fernando el Católico. Esta disminución es evidente. Veo algunas pocas casas nuevas en Madrid y tal cual ciudad grande; pero sal por esas provincias y verás a lo menos dos terceras partes de casas caídas, sin esperanza de que una sola pueda algún día levantarse. Ciudad tienes en España que contó algún día quince mil familias, reducidas hoy a ochocientas. ¿Hablas de ciencias? En el siglo antepasado tu nación era la más docta de Europa, como la francesa en el pasado y la inglesa en el actual; pero hoy, del otro lado de los Pirineos, apenas se conocen los sabios que así se llaman por acá. ¿Hablas de agricultura? Ésta siempre sigue la proporción de la población. Infórmate de los ancianos del pueblo y oirás lástimas. ¿Hablas de manufacturas? ¿Qué se han hecho las antiguas de Córdoba, Segovia y otras? Fueron famosas en el mundo, y ahora las que las han reemplazado están muy lejos de igualarlas en fama y mérito: se hallan muy en sus principios respecto a las de Francia e Inglaterra.³⁴

Las reflexiones seguirán las coordenadas que en líneas anteriores destacamos, todas ellas relacionadas con el ejercicio de la crítica hacia las prácticas sociales, económicas y culturales del pueblo español y sus instituciones. A través de este viaje articulado en un marco ficcional, Cadalso hace palpable una realidad objetivada sobre el estado del país, enumerando sus vicios desde el génesis de la historia peninsular y refiriéndose en sus noventa epístolas a

³⁴ Cadalso (1970 :32-33)

cuestiones de los intereses más diversos, todos ligados al plano socio-histórico español. Ni población, ciencia, agricultura y manufactura posee el país, según la evaluación de Cadalso. España será vista (aun en el siglo XIX) ³⁵ como un pueblo decadente, fantasmagórico, desalentado, al que le falta todo. Sin perder de vista el proyecto de una necesaria instrucción pública y la necesidad de producción y difusión de libros útiles, Cadalso también se preocupará del mundo propio de la Solidina de Feijoo, el mundo más inmediato, el mundo de la miseria que ven en cada rincón del país.

Este mundo parece tener un eje clave que lo hace decaer, si leemos algunas de las inquietudes de un Jovellanos acerca de la repartición de tierras y la no tenencia de ella entre los labradores pobres. Para él, el problema de la propiedad de la tierra es fundamental, ya que su posesión y usufructo es el primer eslabón de la cadena que atará el pie de la efímera felicidad y prosperidad de los hombres y sus pueblos. No basta, dirá Jovellanos, con que Carlos III haya mandado construir caminos por lugares que antiguamente eran inaccesibles. A pesar de ser tierras prodigiosamente fértiles, no parecen ser los lugares más adecuados para los campesinos: la existencia de enormes extensiones de terrenos mal distribuidos y muy poco trabajados, no permiten a los campesinos poseer ni siquiera un palmo de esa tierra que arriendan para poder trabajar.³⁶ Esta conciencia del retraso español frente a las potencias inglesa y francesa, era una alarma del peligro que corría el imperio no sólo para su posicionamiento en Europa, sino también en las cuestiones relativas a la posesión y usufructo

³⁵ Casi de manera anecdótica, el intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento escribe, en sus viajes por Europa, una carta a José Victorino Lastarria fechada en Madrid el 15 de noviembre de 1846, en la que ante el espectáculo decadente de las ciudades españolas y su absoluta ausencia de industria y ciencia, señala lo siguiente: “Opino porque se colonice la España; i ya lo han propuesto compañías belgas. Los españoles emigran a América i a África. La despoblación continúa.” En Sarmiento (1997:166)

³⁶ Dice Jovellanos en su *Ley Agraria* (1792): “En Andalucía, para ocurrir á su despoblación convendría empezar vendiendo á censo reservativo á vecinos pobres é industriosos suertes pequeñas pero acomodadas á la subsistencia de una familia, bajo de un rédito moderado y con facultad de redimir el capital por partes para adquirir su propiedad absoluta. Este rédito pudiera ser mayor para los que labrasen desde los pueblos y menor para los que hiciesen casa y poblasen su suerte, mas de tal modo arreglado que el rédito mas grande nunca excediese del dos ni el menor bajase del uno por ciento del capital, estimado muy equitativamente; porque si la pension fuese grande se haria demasiado gravosa en un nuevo cultivo, y si muy pequeña no serviría de estímulo para desear la redencion y la libertad de la suerte. Por este medio se fomentarían simultáneamente la población y el cultivo en un reino cuya fertilidad promete los mayores progresos”. El problema de la propiedad de la tierra, que acá no profundizaremos por razones temáticas, también aparecerá de manera bastante significativa en el texto del que tratará esta tesis, *El Lazarillo de ciegos caminantes*. En el capítulo siguiente esperamos satisfacer el desarrollo de esta problemática en la mirada de Carrió sobre el Virreinato del Perú.

de otra tierra: la americana. El territorio americano ya había demostrado algo más que indicios de autonomía económica, pareciendo dispuesto a comerciar solapadamente con aquellas potencias trasatlánticas. Si España deseaba volver a reestructurar su orden interno peninsular, era de suma importancia que se hiciese cargo de los problemas y amenazas que tenían base en la tierra americana, fuente principal de sus recursos.

Las barreras u obstáculos para llevar a cabo internamente las reformas necesarias, dependían directamente de sus fronteras imperiales. En qué medida resulta beneficiosa o perjudicial la posesión de tan extensos territorios, dadas las condiciones de seguridad y el inminente peligro de las guerras con las potencias europeas, será la interrogante que se hará el proyecto borbónico. De forma más precisa, estas ideas reformistas se preguntarán por el beneficio que traen al Estado las posesiones ultramarinas, cuáles serían las ganancias y/o pérdidas concretas que extrae de ellas la notable inversión metropolitana o de qué manera se lograría hacer más eficiente la explotación de los recursos que poseen. La evaluación no será positiva: América es dueña, para ellos, de una infinidad de recursos que no han sido aprovechados o, incluso, se han derrochado por la negligencia de la mayoría criolla y mestiza que la habita y maneja corruptamente. Más que investigaciones científicas propias que faciliten un balance de recursos desconocidos, se llevará a cabo una inspección de aquello que ya se tiene y se malgasta. De ahí proviene el interés por revisar y reformar, si así se requiriese, las rutas usuales del comercio y las comunicaciones, así como también los cargos administrativos ocupados por criollos, quienes opondrán una obvia resistencia ante tales intentos de cambios. Se enviarán desde la metrópoli funcionarios encargados de visitar diversos lugares del espacio americano, con tareas específicas según el ámbito y característica de su visita. Cada uno de ellos cumplirá idealmente con una suerte de estatuto de observación, con el que hará su particular balance de lo visto en el territorio y ámbito encomendados.

El viaje a América de estos funcionarios no tendrá el mismo objetivo que el de los viajeros españoles por Europa, que buscarán ilustrarse por los teatros y academias de París o Londres. A estos últimos se les dirigen ingentes notas a través de periódicos como el *Diario curioso* de Barcelona o *El Pensador*. En estas notas se les llama a andar atentos a lo que vean

allá afuera, en el mundo “progresista” de la Europa central, para “observar el gobierno de los pueblos por donde pasa, y enterarse de los varios sistemas de legislación, de que viene la discrepancia de las naciones [...] un hombre que hubiere viajado de esta manera puede ser de grande utilidad en la República”³⁷. Así, se les recomendará poner especial cuidado en las manufacturas, buen orden social, navegación, artes y ciencias, y en todo aquello de lo que pudiese extraer enseñanzas practicables en su patria. Este último objetivo, el de aprender de los países más modernos de Europa, no tendrá validez para quienes viajaban con instrucción por América, sino al contrario: los funcionarios reales debían observar el mundo americano, con el fin de intervenirlo mediante las reformas centralistas del Estado borbónico. La labor del funcionario imperial es, por lo menos para nosotros, el punto central donde desemboca el proyecto del reformismo borbónico en América. Esta labor será analizada en el capítulo siguiente.

Como se puede apreciar, en este capítulo delimitamos el proyecto borbónico peninsularmente, es decir, desde la Corona y para la península. Aquí planteamos la condición marginal de la modernidad española frente a las potencias centrales de Europa, por ello hablamos de un proyecto ilustrado en España en lugar de Ilustración, en tanto concebimos que si bien este proyecto se cumplió en algunas de sus etapas, no alcanzó a vincularse del todo con procesos productivos que otros estados europeos mantenían con un notable avance. Enfatizamos principalmente la incipiente formación de un pensamiento crítico de la realidad española, nacido de sus propios ciudadanos e intelectuales que inauguraron numerosos cenáculos de aspiraciones ilustradas en varias regiones de España, inquietos ante su sensación de retraso y decadencia. A estas tensiones peninsulares se unieron las dudas sobre la política exterior española y los beneficios o perjuicios de ésta para el proyecto ilustrado del borbonismo. En el próximo capítulo, analizaremos el “problema americano” y el papel fundamental que tendrán los funcionarios enviados desde España para inspeccionar la diversidad de recursos y hacer más eficiente su explotación. Uno de estos funcionarios, Alonso Carrió de la Vandra, es el autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes*, por lo cual el

³⁷ En Sarrailh (1957:345-346)

breve estudio de estos sujetos que llegan a América y su producción de conocimiento, será primordial para acotar el desarrollo de este estudio.

Capítulo 2

El orden americano y el funcionario borbónico: la “utilidad” de *El Lazarillo de ciegos caminantes*

a. El “tocino para el caldo gordo”

El “problema americano” refleja uno de los escenarios más interesantes y complejos del imperialismo español del siglo XVIII. Tal vez sea pertinente recordar la famosa frase del barón de Montesquieu en *L'esprit des lois* (1748) donde declara que las Indias y España son dos potencias bajo el imperio de un mismo señor, pero que, sin embargo, “las Indias son la principal, mientras que España es sólo la secundaria”. Estas palabras tendrán eco años más tarde en José de Carvajal y Lancáster (1698-1754), ministro de Fernando VI: “América, que es el corazón y espíritu de nuestra grandeza”³⁸. Ambos mundos, el metropolitano y el americano, significarán para las políticas ilustradas de este siglo una quijotesca “aventura de encrucijada”, que resulta de las tensiones entre “orden” colonial y “sistema” metropolitano que estas políticas se propondrán resolver en un escenario desfavorable.³⁹

La presión ante la inminente hegemonía británica en el comercio naval –ante la cual España habría de ceder parte de su comercio exclusivo con América, a través de los “navíos de permiso”- provocó que aquellas grandes promesas que implicaba la llegada de los borbones fuesen, en muchos casos, “bandazos”, término utilizado por Fontana y Delgado para

³⁸ En Góngora (1998:169)

³⁹ Garavaglia-Marchena (2005:31): “[...] el orden de las cosas en el interior de la colonia había ido imponiéndose lenta pero efectivamente sobre el sistema, entrando en confrontación con los intereses de la metrópoli; una situación de la cual la monarquía borbónica era muy consciente”.

definir la gran expectativa con que arranca el proyecto ilustrado⁴⁰. Siguiendo a Jorge Gelman, estas ambiciosas reformas, impulsadas sobre todo bajo el reinado de Carlos III (1759-1788), son un intento de transformación política en tanto “parte y condición previa de reformas más amplias, que buscaban consolidar los límites y seguridad del Imperio, promover el crecimiento económico español y asegurar a la Corona un volumen creciente de ingresos fiscales, para permitirle recuperar su rango en el mundo”⁴¹. Una de los primeros pasos para lograr estas reformas, será la búsqueda de un ordenamiento distinto en la administración desde la corte: quienes acompañen al rey en el ejercicio del gobierno no serán los “favoritos”, sino un cuerpo profesional que tendrá funciones específicas que cumplir. Esta modernización de la burocracia se convertirá en una de las piezas claves, a manera de un “enroque” entre el rey y las “torres” ministeriales, quienes son las que verdaderamente entrarán en el juego, en favor de una España que pretende quebrar ciertas viejas prácticas que la dejaban fuera de este nuevo panorama europeo⁴².

La fundación de distintas secretarías en España como las de Guerra, Naval e Indias, de Asuntos Eclesiásticos y Justicia, y la de Hacienda, representan un modo de centralizar el poder repartido a libre arbitrio por distintos intereses particulares, prometiendo con ello una mayor eficiencia tanto en la explotación como en la administración de recursos y el fomento

⁴⁰ Fontana-Delgado (2000:19): “La ilusión de que la subida al trono, a comienzos del siglo XVIII, de la nueva dinastía de los Borbones significara un cambio político radical se basa en la confusión entre lo que se pretendía hacer y lo que realmente se hizo. Contra lo que se suele decir, no hubo una reforma ordenada de la administración, sino una sucesión de mutaciones y bandazos (la Secretaría de Indias, por ejemplo, fue creada, suprimida, agregada a otras, dividida y finalmente refundida con las demás), ni una auténtica centralización, ni una mejora de la Hacienda (a finales del siglo XVIII la monarquía española estaba en quiebra), ni un estímulo eficaz al crecimiento económico, pese a la repetida exposición de buenos propósitos en tales sentidos.”

⁴¹ Gelman (2000:251)

⁴² Este recambio burocrático, es descrito escueta pero ilustrativamente por Iris Engstrand (1985:437-438): “With the advent of Bourbon policies in Spain after 1700, a break with past was already made. A significant change can be seen in the rise of professional statesmen who replaced the personal favorites of the ruling monarch. These were civil servants of long standing who became part of an efficient bureaucracy. They were educated men such as the Conde de Aranda, professional lawyers like Gálvez, the Conde de Floridablanca, and scholarly Pedro Rodríguez, Conde de Campomanes. Under the Habsburgs there had been *cancilleres* or advisers, but during the eighteenth century there appeared ministers who were auxiliaries of an absolute monarchy and exercised broad functions”. En esta nueva burocracia encontraremos algunos sujetos de nobleza media y baja, beneficiarios directos de cargos ofrecidos en la España borbónica que excluyó del poder administrativo a la alta nobleza-llamada por algunos “nobleza administrativa”- sobre quienes recaerán las tareas para las cuales han sido llamados, como explica Carlo Capra (1995:322): reforzar las exigencias militares y fiscales de los Estados, controlar de manera más eficiente y cercana el territorio, disciplinando estrictamente la sociedad y, finalmente, legitimar el poder.

fabril. Con esta misma promesa, surgirá el funcionario “profesional” para las cuestiones americanas, ya que justamente dentro de estos poderes que necesitaban de un amarre para la administración borbónica, se encuentran aquellos que trataban sobre los asuntos de nuestro continente. La “obsesión americana”, como le llama García Cárcel a uno de los frentes de la política internacional de Carlos III, implicó según Lynch, “una supervisión más estrecha de las sociedades y los recursos americanos”⁴³, además de una ruptura con el viejo consenso colonial que mantenía a los criollos en cargos administrativos y que, a la subida de Gálvez al ministerio de Indias (1776), se decidió reducir su presencia en tales labores administrativas. Lynch acusa al gobierno de los borbones de modificar con estas medidas el carácter del Estado colonial, sin conocer verdaderamente sus posesiones americanas, las condiciones de sus sociedades, los intereses de grupo y las propias identidades que cruzan a dichos intereses⁴⁴. Quizás el fragmento de una carta dirigida por Aranda a Floridablanca (julio de 1785) da razón al juicio histórico-político de Lynch. Escribe Aranda con cierta desazón ante algunos fracasos del plan reformista en América:

Nuestros verdaderos intereses son que la España europea se refuerce con población, cultivo, artes y comercio, porque la del otro lado del charco océano la hemos de mirar como precaria a años de diferencia. Y así, mientras la tengamos, hagamos uso de lo que nos pueda ayudar, para que tomemos sustancia, pues, en llegándola a perder, nos faltaría ese pedazo de tocino para el caldo gordo.⁴⁵

El desplazamiento sufrido desde la visión simbólica que sentía a América como el “corazón y espíritu” de España hasta el “pedazo de tocino para el caldo gordo”, es notable. Como escribe John Fisher, para los ministros de la administración borbónica “la función esencial de las posesiones americanas era servir como ramas económicas de su madre patria, brindándole a ésta rentas tributarias así como materias primas, y recibiendo sus

⁴³ Lynch (2001:89)

⁴⁴ Lynch (2001:91-92)

⁴⁵ En Fontana-Delgado (2000: 30)

manufacturas”⁴⁶. En pos de un sistema metropolitano que necesitaba sobrevivir y pagar sus deudas, era necesario para la Corona subsanar las trabas que pudiesen existir entre las ideas y la concreción del proyecto ilustrado. Sea como fuere, o el “corazón y espíritu” de España en las palabras de Carvajal bajo el gobierno de Fernando VI, o el “tocino” del caldo gordo, según Aranda bajo el reinado de Carlos III, las aspiraciones imperiales no deseaban detenerse ante el peligro (conocido o no) de perturbar los equilibrios internos de la América española. La implantación de divisiones territoriales en intendencias, tal como ya habían sido ensayadas años antes en España, la creación de un nuevo virreinato, el del Río de la Plata (1776), las campañas de repoblación cuyo propósito eran utilizar los palmos de tierra inculta o incluso las ocupadas por indios, fueron -en materia administrativa- algunos de las obsesiones que insistían en atrapar y controlar ese orden social esquivo que representaba el mundo americano. Un mundo que, por lo menos en el caso de la región andina, crecía en el aspecto demográfico, entre las poblaciones de mestizos e indios, sumando la nueva ola de inmigración peninsular. Ello significaba una posibilidad de mayor explotación para el imperio español, una posibilidad que no se debía dejar pasar, pero que requería del máximo cuidado a fin de no correr los riesgos de la dispersión del cuerpo social.

Por lo mismo, la necesidad de normar y reglar la sociedad se hacía indispensable y oportuna. Incluso en algunas manifestaciones literarias, quedaba al desnudo ese “caos” del conjunto social y cultural americano con dinámicas propias, con asimilaciones, diferencias y paradojas que poco o nada aportaban al ordenamiento que pretendía la metrópoli⁴⁷. Un

⁴⁶ Fisher (2000:105). Así lo explica Mario Góngora (1998:169): “La exigencia de la industrialización de España y el libre comercio con América, sin demasiadas obligaciones y sin que se permitiese el establecimiento en el Nuevo Mundo de industrias competitivas en los ámbitos textil o metalúrgico; el abandono definitivo de las evaluaciones exageradas de las operaciones mineras (las minas habían sido útiles cuando España había tenido bienes para intercambiar por oro y plata); la evaluación económica de los asentamientos agrícolas y de la colonización; la reforma del comercio y el abandono del sistema de convoyes, ya que fomentaba el contrabando.”

⁴⁷ Estas problemáticas del mestizaje cultural y social las encontramos en el largo poema del andaluz Simón de Ayanque, intitolado *Lima por dentro y fuera* (1792): “Verás una mujer blanca,/ a quien enamora un negro,/ y un blanco que en una negra,/ tiene embebido su afecto”. Y la estrofa siguiente: “Verás a un título grande,/ y al más alto caballero,/ poner en una mulata/ su particular esmero [...]”. El “costumbrismo malhumorado” de Ayanque – como lo define Jorge Cornejo Polar (2000:61)- presenta, justamente, a una sociedad limeña variopinta y, al mismo tiempo, “decadente”, en que el orden del comercio, de la ciudad y del mestizaje irrumpen en la vida cotidiana que el poeta desea presentar, tal como en el siglo anterior lo había hecho Mateo Rosas de Oquendo con sus sátiras sobre México y Lima. Ante esta tensión mestiza, ajena al quimérico orden iluminista, las ciudades

ejemplo claro de estas medidas normativas y reglamentarias, de ese deseo de organizar racionalmente el enclave ultramarino, podemos encontrarlo incluso lejos del campo de la administración pública. En la pintura colonial (sobre todo la de Nueva España y Perú) son significativos los “cuadros de casta”, composición que empeña todo su esfuerzo político-estético por trazar la separación de los órdenes sociales y étnicos entre blancos, indios, negros y sus posibles variantes de mezcla y mestizaje⁴⁸. Casi como una utopía racionalista, los márgenes del cuadro buscaban encerrar y clasificar a los hombres, rotular en el blasón su procedencia étnica, como en un intento por conjurar eurocéntricamente las diferencias y características particulares del *homo sapiens* que, en 1758, Carl Linneo había especificado para cada región del mundo⁴⁹.

De esta forma, la explotación de recursos americanos y el control social, con el fin de mantener y convertirse en la base económica de la política mundial de este “segundo imperio” español, serán los dos conceptos claves para comprender el intento del régimen borbónico por “reconquistar” o transformar el orden colonial, a través de la mirada que pudiesen entregar los funcionarios enviados para esos fines evaluativos e intervencionistas. Sin olvidar que existirán en este siglo varias expediciones no españolas que atenderán a puntos de observación

americanas –explica José Luis Romero (2001:122)- verán la raíz de sus problemas en el crecimiento de su población y su poco estímulo productivo en materia mercantil por parte de un Estado colonial dominado por sus contradicciones monopolistas

⁴⁸ Tal como apuntan Garavaglia-Marchena (2005:36): “Consecuencia importante de este proceso de mejora demográfica fue la consolidación del mestizaje, o viceversa. El mestizaje fue el elemento que modificó al alza la tendencia demográfica, haciendo crecer la población, sobre todo en las ciudades. Los mestizos representaron el sector más dinámico de las sociedades andinas, a pesar de su pésima ubicación en la estructura social, donde ni blancos ni indios permitieron encuadrarlos en el interior de sus rígidos esquemas. Los mestizos (y en los lugares donde la población negra era importante también los mulatos) originaron el crecimiento y robustecimiento de una sociedad interracial, hasta hacerla característica de la sociedad urbana. Muchas veces situamos a la sociedad de castas en el período formativo del esquema social colonial, cuando en realidad es ahora, entre 1750 y 1820, cuando cobra toda su pujanza; no solamente atendiendo al poder de su número, sino por el impacto que tuvo sobre los otros dos sectores, blancos e indios, y muy especialmente en las ciudades, que es el nuevo escenario donde el siglo XVIII se manifiesta con mayor fuerza en esta materia. Los famosos “cuadros del mestizaje”, donde aparece reflejado sin rubor e incluso con ironía la extraordinaria complejidad de los entrecruzamientos raciales en las sociedades americanas, muestran una realidad en la que el factor étnico es determinante para el posicionamiento social.”

⁴⁹ En Pratt (1997:66). Mary Louise Pratt transcribe la tabla divisoria por regiones mundiales del *homo sapiens* hecha por Linneo, de la cual nosotros seleccionamos dos puntos, referidas al hombre americano y al europeo: “b. Americano. De color cobrizo, colérico, erecto. Cabello negro, lacio, espeso; fosas nasales anchas: rostro áspero; barba escasa; obstinado, contento, libre Se pinta con finas líneas rojas. Regulado por costumbres./ c. Europeo. De tez blanca, sanguíneo, fornido; cabello rubio, castaño, sedoso; ojos azules; amable, agudo, inventivo. Cubierto con vestimentas ceñidas al cuerpo. Regido por leyes.”

similares a los peninsulares (aunque ellas, para obtener permiso, deberán contar entre sus filas con funcionarios españoles), pondremos nuestra atención sobre el funcionario borbónico.

b. El funcionario borbónico en América

[La Real Audiencia de Chuquisaca] se compone de varios ministros togados con un presidente de capa y espada, siendo voz común que estos señores se hacen respetar tanto, que mandan a los alcaldes ordinarios y regimiento, sus criados y ministriles, y que cuando alguno sale a pasearse a pie cierran los comerciantes sus lonjas para acompañarlos y cortejarlos, hasta que se restituyan a sus casas, por lo cual aseguran que cierta matrona piadosa y devota destinó en su testamento una cantidad correspondiente para que se consiguiese en la corte una garnacha para el Santísimo Sacramento, reprendiendo a los vecinos porque salían a acompañar a los oidores y estaban satisfechos con hacer una reverencia al pasar la Consagrada Hostia que se llevaba a un enfermo.

Alonso Carrió de la Vandra, *El Lazarillo de ciegos caminantes*.

La sociedad americana para la administración borbónica del siglo XVIII es una sociedad heterogénea, compuesta multiracialmente, con una serie de recursos mal explotados, terrenos baldíos y sin cultivo, que requerían una urgente atención si se estaba dispuesto a sacar provecho de ellos. Alguien debía ser el portador de ese proyecto racionalizador para evaluar y productivizar los intereses de la Corona en sus colonias. En ese escenario la figura de este funcionario será clave. Él será el encargado de construir con su mirada y su escritura el puente entre las ideas y la experiencia práctica, entre los deseos metropolitanos y las posibilidades americanas. La producción textual crítica sobre América de estos agentes coloniales, tendrá como eje temático los problemas económicos, sociales y políticos que ensombrecen las posibilidades de una mejor explotación de sus recursos.

Ello no significa, obviamente, que los círculos intelectuales criollos no atendieran sobre estos problemas, sino que la participación del Estado español se posicionaba oficialmente con la figura de dicho funcionario “profesional”, su representante en la colonia. Por consiguiente, estos recalarán en América con órdenes específicas y con un área también específica y de dedicación exclusiva, como señala Elena Altuna⁵⁰, además de un cuestionario e instrucción sobre los puntos importantes a observar en un plano más general⁵¹. El papel del funcionario borbónico en América es indispensable para las prácticas del colonialismo ilustrado, en tanto la producción de su conocimiento sobre los territorios visitados, están en directa relación con el ejercicio del poder central y su posibilidad de una decidida intervención en la explotación de estos recursos⁵². El irónico pasaje de *El Lazarillo* que antepusimos a modo de epígrafe, revela la importancia que adquiere la figura del funcionario y el aparato burocrático hacia fines del siglo dieciocho andino.

En el funcionario, aunque quizás de modo poco definido y desde los márgenes de la intelectualidad, se dejará sentir el influjo de las ideas ilustradas españolas y su debate en la península, a partir de la segunda mitad del siglo. La clasificación o sistematización del mundo visitado, la búsqueda de una observación utilitaria, su especificidad en los temas a indagar y tratar, es sin duda parte del universo de las ideas iluministas. Si bien la lucha no será entre “el

⁵⁰ Cfr. Altuna (2002:225).

⁵¹ Revisando estos cuestionarios de relaciones geográficas, en especial el que Antonio de Ulloa esboza sobre Nueva España a partir del mandato de Joseph de Gálvez en 1777, encontramos el listado de las cosas en que el avezado marino debería poner atención. Sobre geografía, hay 12 puntos de observación (extensión de cada provincia, fronteras, ríos, bosques, etc.); sobre historia natural (minerales, vetas, animales, peces, insectos venenosos, etc.), hay 9; relativos a la botánica (plantas, hierbas, flores, resinas, etc.) hay 4; sobre antigüedades de los indios (vestigios del tiempo del gentilío que aún subsisten), sólo uno. Está claro que el énfasis parece estar mucho más en los recursos a explotar que en el conocimiento sobre las desconocidas culturas indígenas, dada la urgencia por entrar a competir económicamente con las demás naciones europeas. Ver Francisco de Solano (1988:174-176).

⁵² Este colonialismo ilustrado será puesto en práctica, por ejemplo, en la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* de Félix de Azara, texto que nacerá con motivo de una misión para demarcar los límites con los portugueses entre los ríos Iguerey y Paraná. Y también el cometido de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en *Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente de los reinos del Perú* (1747), más conocido por el nombre de *Noticias secretas de América*, impuesto por su editor inglés David Barry. Tanto Juan como Ulloa serán nombrados por la Corona para acompañar la expedición americana de la Academia de las Ciencias de París, debiendo “asistir a todas las observaciones astronómicas que hicieren (los académicos franceses), apuntando aparte todas las que fueren ejecutando, lo que también debían realizar con respecto a la botánica [...] también se les señalaba que debían formar diario de navegación y levantar las costas que vieran, fijando las latitudes y longitudes de los puntos que tocasen, así como las características de los puertos y vientos”, como señala Ramos Gómez en Juan-Ulloa (2002: 9).

libro y el cirial”, como dirá hacia el final de la siguiente centuria un ilustrado latinoamericano, existirá para el funcionario otra tensión: su atenta observación estará dirigida *contra* lo que cree debe dejar de ser una práctica habitual en su campo de análisis, regulando hasta ajustar y precisar el foco de su lente, hasta poseer una idea clara de lo que necesita, según él, una reforma. Por este motivo, revisará a los sujetos que componen el amplio abanico racial y étnico, caracterizándolos pormenorizadamente y evaluando el nivel de aporte (“civilidad”) o, por el contrario, perjuicio (“salvajismo”) que puedan causar a un deseado proceso de producción eficiente en el área encomendada. En esta clasificación sistemática de los elementos humanos y naturales de la región visitada, creemos que radica la fuerza del criticismo reformista del colonialismo ilustrado de la mayoría de los funcionarios españoles. De esta manera, encontraremos que muchos de los informes escritos por los funcionarios imperiales dirán más de lo que se les encomienda, pero no menos de lo que en realidad se debe escribir para mantener el eurocentrismo descriptivo con que representarán estereotipadamente a los americanos⁵³. Su práctica científicista apuntará contra indios, negros y criollos como los definitivos culpables del “caos” y decadencia americana y, por consiguiente, de la inestabilidad del imperio español.

La producción textual de los funcionarios españoles en América es tremendamente importante y decisiva al momento de sustentar, con las representaciones de las sociedades de nuestra región, el poder colonial. En estas representaciones eurocéntricas que observarán ese distante mundo de la alteridad, como dice Said sobre el orientalismo, aparecerá una firme red de “deseos, represiones, inversiones y proyecciones”⁵⁴. Por detrás de la máscara “que convirtiera al burócrata en un agente neutral que sólo propiciará el beneficio del Estado”, apunta Gálvez⁵⁵, se esconde la subjetividad de un racismo crudo y “científico” de cuño moderno, amalgamado con prácticas ideológicas arcaicas, más propia a veces de los

⁵³ Así lo señala Altuna (2002:229) y que nosotros compartimos: “Pues, en efecto, una situación colonial no se sostiene sólo en la fuerza o el poderío tecnológico, no se mantiene nada más que en el dominio de los cuerpos o en la explotación de los bienes, sino antes bien en la imposición constante, reiterada, de ciertas representaciones cuyo poder radica en el ser estereotipos. Es el efecto dogmático de las palabras que afirman la superioridad racial y cultural de un grupo por sobre aquellos que conforman una “minoría sociológica”: los que constituyen el objeto de representación. Quienes son habilitados como sujetos de las prácticas textuales, en esta situación, son los funcionarios, misioneros, comerciantes, soldados.”

⁵⁴ Said (2006:28)

⁵⁵ Gálvez (1999:246)

extirpadores de idolatrías de los siglos XVI y XVII que de un sujeto “ilustrado”⁵⁶. A través de la mirada híbrida de este funcionario, la marginalidad española en el concierto europeo ilustrado se enfrentará a lo que considerará sus confusas fronteras o bordes imperiales. Pero esta vez no se limitará a observar y describir los accidentes geográficos del contorno continental, como ocurría en los siglos anteriores, sino que penetrará en esas tierras interiores que se convertirán, como señala Mary Louise Pratt, en “el objeto más importante de las energías y la imaginación expansionistas”⁵⁷. Este hecho de penetración imperial, definirá el lugar desde el cual el funcionario describirá “objetivamente” el mapa humano y comercial que se presenta ante sus ojos, como una posibilidad de expandir internamente o profundizar las redes del poder imperial.

Este “agente neutral” se situará en lo que Santiago Castro-Gómez llama la *hybris del punto cero*⁵⁸, una suerte de panóptico desde el cual los ilustrados productores de conocimiento observarán la escena social, ubicándose hipotéticamente fuera de ella, como sujetos objetivos, evaluadores y críticos. Esta capacidad que Castro-Gómez les adjudica a científicos y filósofos ilustrados nosotros la extendemos al funcionario borbónico, en la medida que percibirá su misión como una misión “científica” ordenadora, al clasificar los elementos humanos y naturales que componen las regiones americanas, a la vez que reflexionará y propondrá una serie de modificaciones al funcionamiento de las dinámicas de dichos elementos. Él producirá conocimiento práctico, tal como lo intentaron muchos intelectuales, aunque se limitará (por lo menos hipotéticamente) a repetir los esquemas que ya tiene preestablecidos en los

⁵⁶ Sobre los jueces visitantes de idolatrías en el siglo XVII, cfr. Duviols (2003:40)

⁵⁷ Pratt (1997:51). Un poco más adelante, Pratt ahonda en este cambio en las formas de exploración y la producción de una literatura sobre ella: “Este cambio tuvo importantes consecuencias para la literatura de viajes, al reclamar y hacer surgir nuevas formas de conocimiento y autoconocimiento de Europa, nuevos modelos para el contacto europeo más allá de sus bordes, nuevas maneras de codificar las ambiciones imperiales de Europa.”

⁵⁸ Explica Castro-Gómez (2005:18-19): “Con ello me refiero al imaginario según el cual, un observador del mundo social puede colocarse en una plataforma neutra de observación que, a su vez, no puede ser observada desde ningún punto. Nuestro hipotético observador estaría en la capacidad de adoptar una mirada soberana sobre el mundo, cuyo poder radicaría precisamente en que no puede ser observada ni representada. Los habitantes del punto cero (científicos y filósofos ilustrados) están convencidos de que pueden adquirir un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista. Esta pretensión, que recuerda la imagen teológica del *Deus absconditus* (que observa sin ser observado), pero también del panóptico foucaultiano, ejemplifica con claridad la *hybris* del pensamiento ilustrado. Los griegos decían que la *hybris* es el peor de los pecados, pues supone la ilusión de poder rebasar los límites propios de la condición mortal y llegar a ser como los dioses. La *hybris* supone entonces el desconocimiento de la *especialidad* y es por ello un sinónimo de arrogancia y desmesura.”

cuestionarios e instrucciones. Y aun así, si sólo fuera un reproductor de tales esquemas de observación, su labor no dejará de ser “objetiva” y eurocéntrica, puesto que su relación no abandonará la idea de una mirada superior por sobre sus objetos de observación: él es un agente del poder colonial, un servidor del Estado que tiene potestad sobre aquellos territorios⁵⁹, encarnando con fuerza el colonialismo ilustrado del proyecto borbónico en América. Este funcionario, resguardado por la égida de Solidina, es la pieza fundamental que sostendrá la idea de una mayor o más eficiente explotación de recursos y de un incremento en la vigilancia o control social sobre los americanos.

**c. Alonso Carrió de la Vandera y
*El Lazarillo de ciegos caminantes: entre lo práctico y lo útil***

El funcionario Alonso Carrió de la Vandera (Gijón, 1716-Lima, 1783) pasa a América por primera vez a sus veinte años. Tocando las costas de México, se trasladará a Nueva Vizcaya a emprender tareas de comerciante por alrededor de una década. Luego de su estadía mexicana llegará a Lima, viajando más tarde a Chile y de ahí a Buenos Aires, por motivos que hasta el momento se desconocen de manera exacta, pero que perfectamente podrían ser los mismos que lo mantuvieron diez años en Nueva Vizcaya, según el dedicado estudio biográfico de Emilio Carilla⁶⁰. Carrió, a su retorno a Lima, participará de la práctica usual entre muchos españoles de cierta nobleza que llegaban a América, al casarse en Lima con la hija de una acaudalada y bien reputada familia limeña⁶¹. De esta forma, conseguirá las

⁵⁹ Cfr. Capra (1992: 323)

⁶⁰ Carilla (1976:12)

⁶¹ Garavaglia-Marchena (2005:329) sostiene que, a finales del siglo XVIII, muchas de las autoridades burocráticas que venían a la región andina a cumplir ciertas misiones encomendadas, no volvían a España

visas para ser nombrado corregidor, por más de siete años, de las provincias de Chisques y Masques, cerca de Cuzco. Además de esto, ocupará los cargos de Capitán General, alcalde Mayor de Minas y Subdelegado de Bienes de Difuntos en la región que ya nombramos⁶².

Entre 1762 y 1763, Carrió integrará las filas del Regimiento de Caballería de Nobles, creado por el virrey Amat, con motivo de la recién declarada guerra entre España e Inglaterra. Como muestra de confianza, en 1767 Amat le concede a Carrió el permiso de ser él quien traslade a los jesuitas expulsados del Perú hasta Cádiz, llegando al año siguiente con el “cargamento” al puerto español. Cuando llega a la Península, el gijonés pedirá lo mismo que muchos de sus compatriotas peruleros cuando viajan a la corte: recompensa por los servicios brindados a la Corona. Carilla asegura que ese año, el de 1768, es trascendental para la historia de las comunicaciones en España, ya que Carlos III “decide incorporar al servicio de correos como servicio oficial”⁶³. Esta será una de las reformas que buscarán hacer más eficientes -manteniendo el centralismo y monopolio- las rutas comunicativas del imperio, con lo cual se esperaba mejorar el comercio y los resultados económicos. Tres años después, el funcionario Carrió será nombrado por el marqués de Grimaldi, el superintendente general de correos de España e Indias, segundo comisionado para el arreglo de correos y ajuste de postas entre Montevideo-Buenos Aires y Lima. Un mes después, viaja rumbo al Río de la Plata para internarse, como visitador, por las tierras del extensísimo Virreinato del Perú. La descripción de ese viaje, realizado en casi dos años, será la línea formal que estructurará *El Lazarillo de ciegos caminantes*.

Carrió no sólo es el autor material de un libro como *El Lazarillo*, sino también del mito que circuló, por siglos, en torno a la obra. El pie de imprenta falso (Gijón, en lugar de Lima) del año 1773 (es, probablemente en 1775) e impreso sin licencia en La Rovada (en

terminado su mandato, continuando estas misiones con otras personales y de prestigio (como ocurre, por ejemplo, con Antonio de Ulloa). Ambos autores sitúan estas irregularidades y otras, como los matrimonios entre estos funcionarios y las hijas de familias de abolengo, o bien, “participando abiertamente de negocios particulares ubicados en el seno de las élites coloniales”. Esta alianza entre la burocracia y los negocios bajo la administración borbónica, es tratada por Barbier-Burkholder (1982:461) como una de las mayores frustraciones de las reformas.

⁶² Llama la atención la cantidad de cargos con que la administración borbónica contaba en el virreinato peruano, así como también que todos estos recaigan al mismo tiempo en un solo sujeto.

⁶³ Carilla (1976:13)

realidad, la imprenta de los Huérfanos), nos dan indicios de que el texto nos quiere informar mucho más que los avances en la labor de postas y correos, rebasando lo que sería un simple informe sobre un aspecto puntual. A esto hay que agregar un elemento bastante decisivo: Carrió de la Vandera crea un extractor y narrador principal de su obra, llamado Calixto Bustamante Carlos Inca, más conocido por su apodo Concolorcorvo. Concolorcorvo es el secretario del visitador y, como se especifica en algunos pasajes, el “verdadero” autor de la obra, quien se basará en las memorias dejadas por el visitador a través de su recorrido virreinal. Si revisamos el largo título del libro, este nos sugiere su propio contexto de producción “ecléctico”, entre el informe de la misión que le fue encomendada a Carrió y el marco ficcional en el que se desarrolla:

El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Ayres, hasta Lima con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas. Sacado de las Memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje, y Comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situación, y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viage, y escribió sus Extractos.

En este marco ficcional, la obra se estructurará en dos partes que tendrán distintos propósitos, por lo menos en líneas generales. La primera tendría como objetivo evaluar el “estado de la cuestión” de una parte de la región que el visitador recorre. Uno de sus ejes críticos de esa realidad virreinal será su visión sobre el vagabundeo y holgazanería de los gauderios o gauchos, lo cual le llevará a plantear el problema de la importancia y urgencia de una explotación agraria adecuada y eficiente, sugiriendo incluso la llegada de mano de obra extrapeninsular a dichas tierras. En la segunda parte, la de mayor importancia para esta tesis, se iniciará con su llegada a Potosí y su posterior paso al Cuzco. En ella propondrá algunas soluciones ante los problemas que él cree identificar en los territorios inspeccionados desde

Buenos Aires a Lima. En esta sección, hará referencias al trabajo de los obrajes, realizado por los indios, justificándolo a partir de una serie de argumentos que aclararán el beneficio que éste tiene para los indios y que ellos no saben aprovechar. Desde este punto se propondrá justificar la colonización española en América, reinterpretando su historia desde Colón a su actual monarca, Carlos III. Estas reinterpretaciones sobre la conquista y colonización americanas las encontraremos indisolublemente unidas a una idea de progreso moral y material, evidenciando la influencia de las máximas ilustradas y el ordenamiento colonialista que estas tendrán en las reflexiones y propuestas de la obra.

La presente tesis, como explicitamos en nuestra introducción, centrará su atención sobre estos elementos inscritos en el texto que van más allá del informe sobre las postas. Precisamente, serán las postas y mansiones, enclaves que posibilitan el desarrollo del comercio virreinal, los espacios que escenificarán los vicios y corrupciones de todo tipo que Carrió acusa y que no tienen una relación directa con su misión o visita. En este sentido, podemos aseverar que su labor como visitador de postas y correos, es una “excusa” para postular una serie de críticas reformistas de esa realidad que él describe desde la ciudad de Buenos Aires a la de Lima. Confundiéndose como personaje de la narración y narrador, el visitador Carrió participará al interior de la obra como un interlocutor “superior” de Concolorcorvo, en la medida que su actuación será la del censor que le permitirá al amanuense explayarse o no sobre algunos asuntos, así como también la del maestro que guiará, a partir de un estratégico diálogo, las reflexiones de su subalterno. Sin embargo, este último elemento, en el cual se puede claramente distinguir la presencia del visitador, sólo quedará de manifiesto hacia el final de la segunda parte del texto. Allí adquirirá un rol estratégico esta transparencia de voces, la que será analizada en el capítulo quinto de esta tesis.

Este largo *excursus* de temas que poco o nada tienen que ver directamente con la temática de las postas (objetivo que debiese supuestamente tratar el funcionario que escribe el informe de su visita, por lo menos en una significativa porción del texto), así como la falsa autoría y la confusión de voces narrativas, caracterizan aquello que Abellán llamará la

“sociabilización de la literatura” en el siglo XVIII español⁶⁴, cuestión que se puede ver con cierta facilidad en las *Cartas Marruecas* de Cadalso, citadas en el capítulo anterior⁶⁵. Es decir, la reunión de heterodoxas estrategias narrativas y diversos temas (políticos, sociales, económicos, entre otros) en el ámbito de la escritura literaria, forma parte de la producción textual del siglo, diversidad que también estructurará temáticamente a *El Lazarillo*. Los *excursus* de Carrió, intermitentes a lo largo de la obra, son parte de ese proceso sociabilizador, pero no por ello será sólo un elemento constitutivo de la estructura tópica del relato. Esta sociabilización presente en la obra de Carrió, unificadora de temas aparentemente tan dispares entre sí, tiene un objetivo: ser práctica y útil para quienes la leerán, además de convertirse en un importante proyecto de crítica al mundo criollo e indígena. La idea de utilitarismo, como vimos en el capítulo anterior, nos permite apreciar que esa desviación temática en las obras dieciochescas responde a un deseo de criticar la realidad sobre la que trata o, por lo menos, presentar un diseño global de ideas alternativas sobre elementos que carecen de atención. Así entendido, este *excursus*, más que ser una desviación, constituye el marco ideológico del relato y el punto inicial de su finalidad discursiva.

Dentro de este mismo aspecto, *El Lazarillo* posee, además, una idea escritural que pretenderá conjugar la información entregada sobre el itinerario con la diversión, aliviando con ello la carga pesada de la indagación económico-social inserta en la obra. En el prólogo se caracterizará la obra como un escrito ni grave ni liviano, y así mismo como un narrador que será “peje entre dos aguas”⁶⁶, buscador del equilibrio entre el texto informativo y el de divertimento. Como una muestra de la poca ingenuidad de esta idea de divertimento que

⁶⁴ Cfr. Abellán (1988:485). El concepto de literatura dieciocheca –como él lo explica y también Díaz-Plaja (1968)- estará más estrechamente relacionado con las problemáticas sociales, las que tendrán un lugar central en el corazón de la producción textual. Los casos de Cadalso –quien fue militar y estudiante viajero por toda Europa-, el de Forner, Mayáns y Siscar, Torres Villarroel, entre otros, nos permitirán hablar de escritores ligados al servicio del Estado más que a las Bellas Letras o, por lo menos, creyentes en que la literatura puede persuadir a los hombres hacia el progreso político y social que ella modela. Probablemente, las palabras de Ignacio de Luzán (en Díaz-Plaja 1968:38) en su influyente *Poética* (1737), serán un telón de fondo significativo para este cometido, por cuanto propondrán que la Poesía –el referente literario por excelencia- podrá servir como vehículo de propaganda de las ideas de virtud y verdad, ya que “con tales adornos, y con colores y luces tan proporcionadas a la corta vista del vulgo, que no hallando éste razón para negarse a ellas, es preciso que se dé a partido, y se deje vencer de su persuasión”. Es así como para Luzán y los otros intelectuales ilustrados, la literatura, lejos de ser un juego de salón, tiene su cara útil para la sociedad.

⁶⁵ Vid. págs. 22 y 23.

⁶⁶ Cfr. Carrió (1973:99). Sobre esta definición, volveremos en el capítulo 5, bajo otro contexto interpretativo.

acompaña la obra, podemos citar el epígrafe con el que ésta se abre y cierra: “*Canendo et ludendo refero vera*”, algo así como “Cantando y jugando digo verdades”. De esta forma, las anécdotas y chistes tendrán en el texto un claro soporte de verdad ideológica en tanto proyecto social que el relato propone en sus *excursus*. Cuando entremos en materia en los próximos capítulos, veremos que este divertimento correrá, por un lado, con los sarcasmos contra la vida “inútil” e “ignorante” de los gauderios y, por otro, la “ingenuidad” e “insensatez” del amanuense del visitador, Concolorcorvo. La idea de divertimento estará fuertemente vinculada en la obra con la posición “imparcial” y “objetiva” que Carrió toma dentro de la narración de Concolorcorvo, convirtiéndose de esta forma en un nudo importante del eurocentrismo que la caracteriza, como en la anécdota que más abajo revisaremos⁶⁷.

Esta primera pretensión de autodefinición de *El Lazarillo* como un producto mixto, no sólo quedará remarcada en este aspecto⁶⁸. Esta mixtura también identificará a quiénes serán, hipotéticamente, los sujetos que compondrán el universo receptor de la obra. Pensamos que esta explicitación revela la motivación de Carrió para escribir una obra como *El Lazarillo*

⁶⁷ Dada la “confusión” de voces entre el visitador Carrió y Concolorcorvo al interior del texto, hemos decidido hablar de Carrió como autor y narrador en líneas generales, salvo en las circunstancias precisas en que el texto explicita claramente el uso de la voz narrativa por Concolorcorvo. En esto seguimos el planteamiento de Miecke Bal sobre el eje gramatical de la narración (1997:22). En este eje siempre existiría primero que todo, según Bal, un narrador personal, en tanto el narrador en tercera persona es sólo una “ficción teórica”, ya que siempre se estaría hablando desde un punto de vista personal, desde esa entidad narrativa mayor que soporta las otras narraciones. De este modo, podemos comprender el poder absoluto de ese “gran” narrador de ceder la voz: en una palabra, siempre existirá una narración focalizada sobre ciertos sujetos narrativos que están dentro de la historia, con un control casi total del mundo inserto en su narración. Esto implicaría, obviamente, que un mismo narrador, el narrador, poseería distintas focalizaciones o puntos de vista narrativos, incluso sobre “el sí mismo” participe de la historia, como es el caso de Carrió que “cede” su voz a Concolorcorvo, la mayoría de la veces de manera confusa.

⁶⁸ Si nos remontásemos a aspectos estilísticos, tendríamos que referirnos a que los ámbitos informativo y de divertimento, sería una actualización dieciochesca de la clásica *díada horaciana* que concibe a la armonía literaria como fruto de la trama entre lo útil y dulce. En el siglo XVIII tenemos suficientes ejemplos como la poesía didáctica, las fábulas entre otros géneros y subgéneros que abundarán en aquellos años. Sin duda, como escribe Eva Kushner (1994:184), “es difícil imaginar una historia de la literatura del siglo XVI o XVIII que excluya el ensayo, la carta, el diálogo, el comentario, la enciclopedia, etc. Unas veces, se anexan al terreno literario (poéticas de la prosa); otras, se quebrantan los criterios del campo literario para encajar en él lo paraliterario [...]”, y, por lo mismo, más difícil aún es definir el concepto de lo literario que la escritura dieciochesca tiene por tal. Esto lo revisa Abellán, como vimos, para el caso de las formaciones intelectuales en la España borbónica, a través su concepto de “sociabilización de la literatura”, en que, entre otras áreas del saber, “confluían la reflexión histórica, la filosofía y las ‘bellas letras’”, como también lo refiere Françoise Perus (1994:9). Esta confluencia será anterior a la separación entre las disciplinas que más adelante serán llamadas ciencias sociales y humanas. *El Lazarillo* es una obra paradigmática en este sentido, el cual se irá completando en la medida que nuestro análisis avance.

y su deseo de convertirse en una obra práctica y útil para sus lectores. A continuación extraemos la visión de los dos campos receptivos que el prólogo identifica, envuelta con una impostada ingenuidad. En ella descubrimos las articulaciones entre estos dos tipos de receptores y la finalidad que tendrá para cada uno:

[...] a la gente que por vulgaridad llaman de la *hampa*, o *cáscara amarga*, ya sean de espada, carabina y pistola, ya de *bolas*, *guampar* y *lazo*. Hablo, finalmente, con los cansados, sedientos y empolvados caminantes, deteniéndolos un corto espacio [...] No porque mi principal fin se dirija a los señores caminantes, dejaré de hablar una y otra vez con los poltrones de ejercicio sedentario, y en particular con los de allende el mar, por lo que suplico a los señores de aquende disimulen todas aquellas especies que se podían omitir, por notorias, en el reino.⁶⁹

El sentido práctico del escrito, estará dedicado a los “cansados, sedientos y empolvados caminantes”, quienes recorren día a día los territorios que Carrió ha explorado desde Buenos Aires a Lima. Como señala Emilio Carilla -en nota al pie sobre las palabras destacadas en este párrafo-, los hombres de *hampa* o *cáscara amarga* son aquellos de ánimo resuelto y de carácter firme o guapos, es decir, hombres experimentados en las duras lides del territorio por el que el visitador viaja. Sujetos curtidos por el trabajo de las provincias, sean estos oficiales del gobierno (espadas, carabinas y pistolas), o bien, peones, (*bolas*, *guampar* y *lazo*), todos ellos dedicados al trabajo de mantener el orden y el trabajo de las comunidades visitadas⁷⁰. La conjugación verbal “hablo” nos surte de la idea de un discurso comprensivo y directo con los caminantes que padecen los trajines de sus negocios, para los cuales esta obra desea ser un corto descanso, en el que se diviertan con sus “anécdotas” y se informen de la situación de la provincia, noticia supuestamente necesaria para lograr con buen término sus

⁶⁹ Carrió (1973:99-100)

⁷⁰ Curiosamente, las bolas, el guampar (cuerno de vacuno) y el lazo, son una parte importante del atuendo característico que conformar la imagen del gaucho. No obstante -como ya veremos en el último apartado de este capítulo- cuando en *El Lazarillo* se hace referencia a ellos bajo el nombre de gauderios, los encontraremos absolutamente desprovistos de ellos, reemplazados por una simple “guitarrita”, símbolo del ocio con que serán retratados.

asuntos. Este sentido práctico, como vemos, está directamente relacionado con su labor de visitador de postas y correos, lugares por donde pasa el tráfico comercial del extenso virreinato⁷¹.

El sentido útil tendrá otro campo de recepción: el de los “poltrones de ejercicio sedentario” que viven aquende y allende el mar, en el virreinato peruano y en España. La diferencia que acá hemos deseado hacer entre sus sentidos práctico y útil, entre la recepción en el campo de los caminantes y el de los funcionarios españoles del virreinato y la Península, está dada por una elección que los receptores harán de la información que les provea la obra. O sea, la descripción de leguas entre cada provincia, tiene un fin más práctico para los “empolvados” caminantes que para sus lectores en España, y aun para los administradores de Lima. Este fin práctico intentará agilizar los mecanismos de transporte –aconsejando diversos “atajos” geográficos y comerciales a los caminantes- y con ello dinamizar el comercio alicaído de la región, profundizando extensamente en la importancia del tratamiento de mulas. Pero lo que describirá acerca del desaprovechamiento de recursos naturales y humanos, será de mayor beneficio para los funcionarios que no están acá o que dependan de los que están allá, a quienes buscará dejar en claro cómo estos recursos –los más importantes y no necesariamente los más notorios- pueden ser aprovechados por el Estado. Por ello, en este grupo de receptores de la obra, obviamente, también se integran los oficiales del virreinato que deben poner en práctica las resoluciones emanadas de la metrópoli. De este modo, la utilidad de la obra dependerá de las decisiones a que ella mueva en España y en los funcionarios borbónicos del virreinato, objetivo que será predominante a lo largo de su desarrollo. Esta finalidad arranca de aquello que se dice y que no tiene directa relación con el informe de postas. Son, nuevamente, los *excursus* de *El Lazarillo* el marco ideológico que sostiene la relación de hechos y sujetos que requieren ser reformados por el sistema metropolitano.

⁷¹ Ese sentido práctico del escrito, que volverá a ser subrayado en el capítulo primero de la obra. Dice Carrió (1973:127) sobre esto, con un tono humilde: “[...] mis observaciones sólo se han reducido a dar una idea a los caminantes bisoños del camino real, desde Buenos Aires a esta capital de Lima, con algunas advertencias que puedan ser útiles a los caminantes y de algún socorro y alivio a las personas provistas en empleos para este dilatado virreinato [...]”.

La obra, de esta forma, insistirá en un conocimiento amplio sobre las cosas que suceden en la región, el cual es asumido en estos dos objetivos que aquí hemos deslindado someramente. Sin embargo, creemos que su finalidad útil, la que informa sobre el estado de las cuestiones relativas a la administración, recursos y sociedad virreinal, junto con la crítica y proyecto que éste sentido porta, es largamente la de mayor trascendencia en la obra⁷². La preocupación de Carrió por informar sobre estos asuntos, le llevará a diseñar una obra que no pierde tiempo en criticar el estado caótico y desolador del virreinato del Perú. Este desgraciado estado tendrá también sus culpables, como dijimos varias páginas atrás: los indios y criollos. Existe un pasaje bastante decisivo que ilustra el estado de despreocupación de los criollos sobre lo que acontece en la región, específicamente en la provincia del Tucumán. Esta provincia será el punto principal de atención en la obra, dada la fertilidad y extensión que caracterizan este territorio, así como también la máxima desidia de los criollos que se cuentan entre sus habitantes. Hacia el final del prólogo, el relato se detiene en una anécdota ocurrida al visitador de paso por el Tucumán, la cual enfatizará esta ignorancia de los criollos sobre la realidad virreinal. La anécdota será, como lo veremos en este y otros pasajes, un soporte del *punto cero* en que se situará la crítica del funcionario Carrió:

Llegando cierta tarde a la casa rural de un caballero del Tucumán con el visitador y demás compañía, reparamos que se explicaba en un modo raro y que hacía preguntas extrañas. Sobre la mesa tenía cuatro libros muy usados y casi desencuadernados: el uno era el *Viaje que hizo Fernán Méndez Pinto a la China*; el otro era el *Teatro de los Dioses*; el tercero era la *Historieta de Carlomagno con sus Doce Pares de Francia*, y el cuarto, las *Guerras civiles de Granada*. El visitador, que fue el que hojeó estos libros y que los había leído en su *juventud* con gran delectación, le alabó la librería y le preguntó si había leído otros libros, a lo que el buen caballero respondió que aquéllos los sabía de memoria y porque no se le olvidasen los sucesos, los repasaba todos los días, porque no se debía leer más que en pocos libros y buenos. Observando el visitador la extravagancia del buen hombre, le preguntó si sabía en nombre del actual rey de España y de las Indias, a que respondió que se llamaba Carlos III, porque así lo había oído nombrar en el título del gobernador, y que tenía noticia

⁷² Probablemente, un estudio acerca de la circulación de este escrito en su siglo, nos daría mayores luces sobre este fin práctico que éste declara. De todas formas, algo ya sabemos gracias a la investigación de Vargas Ugarte (1929): su divulgación fue limitada y dentro del círculo de amistades de Carrió, salvo uno que otro ejemplar que efectivamente llegó a las manos de algunos funcionarios metropolitanos, incluso sabemos que uno alcanzó a Campomanes. Quizás este sentido práctico sea una suerte de cumplimiento discursivo con el informe sobre postas y correos que Carrió, como visitador, debía redactar.

de que era un buen caballero de capa y espada. ¿Y su padre de ese caballero?, replicó el visitador, ¿cómo se llamó? A que respondió sin perplejidad, que por razón natural lo podían saber todos. El visitador, teniendo presente lo que respondió otro erudito de la Francia, le apuró para que dijese su nombre, y sin titubear dijo que había sido el S. Carlos II. De su país no dio más noticia que de siete u ocho leguas en torno, y todas tan imperfectas y trastornadas, que parecían delirios o sueños de hombres despiertos.⁷³

El encuentro con este “quijote” criollo es bastante elocuente sobre la urgencia de extender el campo de conocimiento e información sobre los sucesos de la región. De allí se infiere la necesidad y utilidad de una obra como *El Lazarillo*, cuyas noticias esperan ilustrar a sujetos como este lector tucumano que lee -casi con metodologías escolásticas- las obras que el visitador gozaba en su “necia” *jumentud*. Es notoria la visión infantilizada que tiene el funcionario del criollo y de su ignorancia, enfatizada por lo ridículo de la respuesta que éste da acerca del padre de Carlos III. También se insinúa una cuestión que hacia el final de la obra alcanzará su punto más alto: el magisterio del ilustrado funcionario que aquí pone a prueba los conocimientos del criollo, y que más adelante adoctrinará a su ayudante “indio”, Concolorcorvo, sobre la historia americana. Estos “delirios o sueños de hombres despiertos” o supuesta alienación u oscurantismo criollo, es uno de los vicios que a lo largo de la obra se criticarán por este funcionario fiel al luminoso magisterio de la Solidina feijooniana.

En este segundo capítulo analizamos la política española que trata del “problema americano”, interrogante que puso sobre la mesa las ganancias y pérdidas concretas que conlleva éste, así como también las posibilidades de hacer más eficiente la explotación de los recursos que poseen sus territorios ultramarinos. Por esta razón, se llevará a cabo una inspección de aquello que ya se tiene y se malgasta, enviando desde la metrópoli a funcionarios con pautas preestablecidas de observación y encargados de tareas específicas según el ámbito, característica de su visita y el lugar de ella. Es así como llegará Alonso Carrió de la Vandra, el misterioso autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes*, en calidad de

⁷³ Carrió (1973:118-119)

visitador de Postas y Correos en la ruta que va de Buenos Aires a Lima. Sin embargo, la labor escrituraria de Carrió sobrepasará los límites del informe hacia cuestiones que no guardan una relación directa con su misión. Este *excursus*, ligado al eurocentrismo, será el *punto cero* de Carrió desde el cual se estructurará ideológicamente su relato y la finalidad de éste. Como pudimos apreciar, la escritura del funcionario Carrió está anclada predominantemente a una finalidad utilitarista, la que apelará con sus descripciones y/ o evaluaciones de la sociedad virreinal peruano una serie de propuestas para una eficiente explotación comercial de sus territorios. Es este sentido utilitarista el que, finalmente, clausurará el entramado de temas discursos que nosotros identificaremos al interior de la obra.

Ya diseñada teóricamente la estructura global de *El Lazarillo*, los próximos capítulos esperan profundizar en las tres vertientes discursivas que creemos son las centrales para la construcción del colonialismo ilustrado en la obra: 1. la crítica a la administración virreinal y a la abundancia perjudicial y riqueza malgastada de recursos; 2. un proyecto de recolonización interna en el Tucumán; y 3. la estrategia política en la invención de Concolorcorvo. Cada uno de estos discursos merece, en esta tesis, un capítulo aparte. Con la finalidad de abrir el camino para el análisis del colonialismo ilustrado que configura al texto, daremos a continuación el primer paso hacia la escenificación y construcción de la realidad virreinal que se propone en *El Lazarillo*. La crítica a la administración virreinal será un apunte preliminar al diseño ideológico de Carrió, el que afluirá al tópico de la abundancia perjudicial y riqueza malgastada que será un elemento transversal en la obra.

Capítulo 3

La crítica ilustrada y colonialista de la realidad: administración pública, abundancia perjudicial y riqueza malgastada en el Virreinato del Perú

a. Sobre la administración pública

El investigador Ángel Tuninetti sostiene que los viajeros españoles por América, al ser ésta una parte del imperio, no la verán con un ojo demasiado crítico, al contrario de lo que ocurriría con los otros viajantes europeos. Esta circunstancia poco crítica y conformista se debería, en palabras del estudioso, a que los españoles recorrieran una parte de su imperio “al menos en un sentido jurídico”, además de los condicionamientos políticos y religiosos que implicaban las misiones oficiales para las cuales habían sido enviados a nuestra región⁷⁴. Al contrario de lo que piensa Tuninetti, creemos que esta advertencia no será completamente válida para la obra de Carrió. Justamente, la acotación de Tuninetti al referirse a España y América como parte de un mismo imperio “al menos en un sentido jurídico”, es lo que llevará a *El Lazarillo* a criticar duramente el orden americano, con el objetivo de ampliar y hacer más

⁷⁴ Tuninetti (2001:24): “En primer lugar, hay que considerar que los españoles no viajaban –al menos en un sentido jurídico- a países extranjeros al llegar a América Latina, sino que se encontraban en una parte del imperio. ¿Cómo conciliar el hecho de que estas tierras lejanas a la metrópoli, pobladas por tipos raciales y culturales tan diferentes, fueran una provincia más del imperio español? A esto se suman los condicionamientos políticos o religiosos implicados en sus viajes, ya que habitualmente estos autores realizaban sus viajes en misiones oficiales, enviados por la Corona o por la Iglesia, lo que motiva una visión muchas veces más conformista y menos crítica de la realidad americana que la mostrada por los viajeros de otros países europeos.”

eficiente el dominio jurídico de la colonia que estaba, en una parte importante, manejado por un “corrupto” pacto económico y comercial entre criollos y españoles avecindados.

Un ejemplo del sentido crítico que tendrá Carrió acerca del aparato administrativo del virreinato peruano, lo encontramos en la estadía del visitador y su amanuense Concolorcorvo en Oruro. A través del camino de las postas, a su llegada a Oruro descubrirá un arrendador del oficio de correos que mandaba, desde hacía un largo tiempo, a cuatro mitayos a robar las mulas de los arrieros que guían el comercio de la provincia. Además de esto, mantenía sin pago a los mismos mitayos que, como corregidor, tenía por derecho. En el relato de este suceso, el visitador Carrió, lo depone y da su puesto a un vecino probadamente honrado. Este hecho no será del agrado de los demás corregidores miembros del Cabildo. Por esta razón, el visitador (quien también es corregidor) se lanzará contra ellos, relatándonos una emboscada de acontecimientos que dejan de manifiesto la rebeldía de algunos “corregidorcillos”, como él les llama⁷⁵. Generalmente, los culpables de los vicios administrativos para Carrió, siempre serán identificados con las capas bajas del poder, es decir, con aquellos que de la noche a la mañana se ven en cargos de mediana y poca importancia. Este poder adquirido por algunos funcionarios menores y la corrupción con que operan, le dará pábulo para algunas conclusiones propias. Hacia el final de este pasaje acusatorio, se dará tiempo para enunciar, en conversación con su secretario, la existencia de dos tipos de corregidores:

No quiero poner otros ejemplares, sino que Vms. reflexionen la gravedad de estos excesos, y a que otros mayores estarán expuestos los particulares que no gozan de privilegios, y mucho más la gente inferior, y, en conclusión, lo que puedo asegurar a Vms. es que a excepción de un corto número de racionales corregidores, que comuniqué por más de veinte años en todas estas provincias, todos los demás me han parecido unos locos, por lo que creo cualquier extravagancia que se refiera a ellos.⁷⁶

⁷⁵ Cfr. Carrió (1973:301-302)

⁷⁶ Carrió (1973:302-303)

Entre sus preocupaciones sobre el bienestar social al que atentan estos excesos de los “corregidorcillos”, aparecen las figuras de otros corregidores “rationales” que él conoce y ha tratado con empatía. Las críticas de la administración metropolitana sobre la institución del corregidor, por ser considerados un obstáculo para la imposición de un sistema central, son contenidas de soslayo por el visitador, al dividir el espectro del oficio en dos claros bandos: los malos “corregidorcillos”, que son muchos, y los “rationales” corregidores, que son pocos y buenos. Como primer asunto, debemos establecer desde ya que, a la luz de este fragmento, los vicios de una parte del sistema administrativo, quedan delimitados de manera clara en los estratos menores del poder o, por lo menos, en aquel segmento que queda bajo el poder del visitador. En este pasaje de su estadía en Oruro, Carrió se realza en el relato como un funcionario activo y eficiente para subsanar las injusticias y descriterios que abundan en esta clase de corregidores, de los cuales él y su propia red comercial se desmarcan, al clasificar y precisar estos dos tipos de funcionarios. A lo largo de todo el relato, Carrió se comportará como un servidor del Estado y un defensor del bien público por sobre cualquier interés particular de grupo⁷⁷.

En esta misma línea, hallaremos otros pasajes que pondrán a prueba la eficiencia del visitador. A su llegada a la última posta antes de entrar a Cuzco, en el poblado de Zurite, describe un tambo llamado Urcos, en el que se cometen un sinnúmero de fechorías y latrocinios, debido al contrabando y “libertinaje” propio de los lugares fronterizos a las grandes ciudades. Luego de evaluar la situación perjudicial de este enclave, tomará la decisión de suprimirlo⁷⁸. Dentro de esta misma labor fiscalizadora y censora, en Potosí le

⁷⁷ En este mismo sentido, Capra (1992:323) señala en su esbozo de la figura del burócrata europeo y su ideología del bien público: “En cualquier caso, no hay duda de que el siglo de las Luces representa una etapa significativa en este largo y tortuoso camino [el de la legitimación del poder]; no tanto por el crecimiento de los aparatos estatales, que fue, sin embargo, notable en bastantes casos, cuanto por el nacimiento de una ideología del bien público que indujo incluso a algunos “déspotas ilustrados” a proclamarse “los primeros servidores del Estado””.

⁷⁸ Cfr. Carrió (1973:324-325). Así como este tambo, encontraremos un sinnúmero de lugares en que la práctica del contrabando de especies de todo tipo, así como también de esclavos. Sin embargo, Carrió no hará grandes referencias a este tipo de tráfico, pudiendo reseñarlas dada su revisión de las postas, centros neurálgicos del comercio virreinal, a través de un territorio que se caracteriza por este tipo de intercambio ilegal. Un texto que nos brinda un inmejorable mirador para el mundo interno del contrabando, es el de Miguel de Learte Ladrón y Zegama *Fracasos de la Fortuna* (1788). Learte nos contará los mecanismos y operaciones del comercio y contrabando, a través de su viaje desde Montevideo a Perú, especialmente en la región del Tucumán. Además de

molestarán sobremanera los innumerables rayados o escritos obscenos que descubre en los muros de mansiones y tambos de esta famosa ciudad. La fijación que tiene Carrió con estos inarmónicos conjuntos de grafemas, no deja de sorprender, dedicándole una relativa extensión a este asunto. Con su alegato, apelará a las buenas costumbres y decencia que se deben resguardar en las mansiones públicas de postas, no sólo con el fin de prevenirlas de la ruina por esta práctica, sino también por lo que esta práctica misma connotará:

En la Quebrada Honda hay un tambo que regularmente es el más proveído de toda esta carrera. Tiene una buena sala, con dos dormitorios y cuatro catres muy buenos, pero esta pieza sólo se franquea a la gente de real o aparente distinción, porque los hombres ordinarios y comunes usan comúnmente de unas groserías que ofenden los oídos y vista de cualquier sujeto noble de vida relajada, y por esta razón el dueño prohíbe esta habitación a los hombres de baja esfera, o que la manifiesten por sus modales. Además de las deshonestidades que con carbones imprimen en las paredes, no hay mesa ni banca en que no esté esculpido el apellido y nombre a golpe de fierro de estos necios [...] En las mansiones públicas de postas se debía prohibir este abuso con una pena pecuniaria [...] Los corregidores y alcaldes deben velar sobre una policía tan útil en lo moral como en lo político, y formar unos aranceles para su observancia, bajo de unas penas correspondientes, y que se lleven a debido efecto en cada pueblo, o mansión situada en paraje desierto, no dando mulas a los contraventores, u ocultándose las suyas, hasta la satisfacción de la pena impuesta por juez competente.⁷⁹

¿Por qué le preocupan tanto al visitador estos *graffiti*, al punto de pedir un castigo pecuniario para los infractores, pena que reclama exclusivamente para este asunto? El desorden y “suciedad”, el anonimato propio de los “hombres de baja esfera” (a pesar del nombre escrito) y el acto de macular un espacio público (ofender al bien público), son la huella de existencia y aviso a otros caminantes, sobre la ruta seguida por estos nombres en el comercio de la región. La toma de una herramienta escrituraria y su utilización sobre un soporte extraoficial a la escritura (muros, mesas y bancas), son hechos que exacerbaban el elitismo del visitador. Según Ángel Rama, este hecho de cultura popular es una fragmentaria

coincidir con Carrió en el territorio recorrido, narrará acontecimientos ocurridos por los mismos años que el visitador Carrió pasará revista a las postas virreinales. Vid. Learte (1926).

⁷⁹ Carrió (1973:284-285)

muestra del “afán de existir que sus autores testimoniaban”, quienes eran parte “de una cultura oral, enteramente ajena a los circuitos letrados”⁸⁰. La cultura de la “ciudad letrada”, para utilizar el famoso concepto del mismo Rama, aparece violentamente en la desmedida reacción del visitador. Junto a estos fugaces avisos de la existencia de un mundo social popular, con dinámicas propias y que necesita de expresiones públicas fuera del plano de la oficialidad, las tensiones teóricas entre orden colonial y sistema metropolitano adquieren otra coordenada. En la postura de Carrió sobre esta vulgarización del “secreto” escriturario, manifestada en los garabatos que “ensucian” los tambos, se articula una preeminencia clara de la cultura letrada de la elite por sobre la popular, ya que esta última ejerce una herramienta que, ancestralmente, no le pertenece.

Tenemos así, a partir de este pasaje, el cuidado o preocupación de Carrió por la limpieza de los lugares que deben atraer el alto comercio de las personas “distinguidas” y la sanción para quienes irrumpen el orden ideal de tales recintos. La higiene del espacio se relacionará, para Carrió, con el aprovechamiento comercial a escala mayor que deben albergar estos recintos de descanso y reposición, lo que irá en directo beneficio del plan trazado desde la metrópoli y para el cual él ha sido enviado. De esta forma, la colonialidad comercial y las ideas ilustradas sobre el bien público, constituirán una marca importante en la mirada del visitador durante su trayecto. Así como las capas bajas de la administración colonial son las culpables del vicio institucional, el vulgo es el responsable directo del perjuicio y malogro de los recintos públicos dedicados al comercio.

Manteniéndonos dentro de este mismo mundo, los factores económicos en que repercute la negligencia en la que caen algunos comerciantes y administradores de mulas, los encontramos en uno de los pasajes que el visitador vive en Salta.⁸¹ Este animal es

⁸⁰ Rama (2004:83)

⁸¹ En Salta se ubica uno de los centros neurálgicos para el comercio regional, dominada por una aristocracia dedicada al tráfico de mulas. Susana Bleil de Souza (1996:110), leyendo a *El Lazarillo*, afirma lo siguiente: “A cidade de Salta era dominada por uma aristocracia proprietária de terras e senhora do comércio saltenho. A cidade era conhecida por sua feira de mulas e seus “potreiros circunvizinhos, onde as mulas fazem suas últimas internadas” (Concolorcorvo, 1942, p.110). Concolorcorvo, descrevendo o principal comércio desta cidade, afirmava que “a grande feira que se abre pelo mês de fevereiro dura até todo o março, e é a maior assembléia de mulas que há em todo o mundo...” (Concolorcorvo, 1942, p. 112)”.

indispensable para las labores del comercio que forma parte sustancial de las actividades e intereses de las postas y correos que el visitador inspecciona. Aquella ciudad será el lugar propicio donde el visitador se explayará sobre el buen del ganado mular, así como también de sus aranceles, costas y gastos varios que pueden traer anexadas⁸². La importancia de este medio de transporte es máxima, puesto que ellas son las encargadas de agilizar el comercio a través de las postas. Del buen uso de este medio dependen las postas y correos, por donde viaja la mercancía de un pueblo a otro y de una a otra provincia. Por lo mismo, Carrió demuestra su sapiencia en esta materia, explicando el motivo de algunas enfermedades de éstas, los mitos e ignorancia sobre sus males y el cómo remediarlos. Haciendo gala de su conocimiento y cumpliendo uno de los objetivos prácticos de su obra para con los caminantes, ensayará una reformulación del tratamiento de mulas, con el fin de hacer más eficiente la vida útil que ellas tienen: recomendará no utilizar mulas de tierras bajas en altas, ni de tierras secas en húmedas, además de darles una dieta de pastos adecuados para no “aperrearlas”⁸³.

Pero, por sobre todo, para Carrió un hecho marcará una de las mayores necesidades por las que se malgastan estos nobles animales: el “amansaje” o amansamiento. Este proceso de domesticación de las mulas, le parece al visitador absolutamente lejana al entendimiento racional, tanto por el maltrato innecesario al animal como por la pérdida de ellas que acarrea la mayoría de las veces: “grosero, bárbaro e inhumano modo de amansar, no puede ser de la aprobación de hombre racional alguno”⁸⁴, dirá. En este punto, Carrió hablará como corregidor, repara que ellos, los corregidores, deben velar por tal procedimiento (como principales compradores), para no sufrir las consecuentes pérdidas de animales por la brutalidad de los tucumanos. Luego de narrar el rudo procedimiento de los arrieros tucumanos, propondrá un modelo de domesticación europeo, eficiente y sin cuitas para las bestias. Este modelo, precisará, “es muy conforme a la razón y uso que se observa en la sabia Europa”⁸⁵. La imitación de modelos europeos es la única solución para hacer más eficientes los recursos de mulas, según el visitador. En el próximo capítulo veremos que el modelo

⁸² Cfr. Carrió (1973:204)

⁸³ Cfr. Carrió (1973:202-205)

⁸⁴ Carrió (1973:230)

⁸⁵ Cfr. Carrió (1973:231)

europeo para el amansamiento de mulas no será el único modelo europeo que intentará validar. También diseñará un plan de “domesticación” de los díscolos sujetos que pueblan esta provincia de Tucumán, basado en el aporte demográfico y cultural de la “sabia Europa”.

En esta provincia del Tucumán, otros sucesos de la administración pública merecen la atención de Carrió. Uno de ellos será la carencia de soldados rasos en Córdoba, lo que hace imposible el resguardo de las postas por las villas de San Antonio y San Pedro. En el lugar sólo hay maestros de campo, sargentos mayores y capitanes, todos ellos pretextados de hacer tales servicios de guardia⁸⁶. Por este problema, el visitador decide cambiar el recorrido de la posta que venía desde Sinsacate hacia estos dos pueblos, haciéndola pasar por el poblado de La Dormida. No muchas veces aparece en las páginas de *El Lazarillo* el mundo militar, lo que despierta alguna suspicacia acerca de su presencia en el resguardo del orden virreinal, si consideramos que, pocos años más tarde, los levantamientos indígenas más trascendentes del siglo XVIII estarán a algunos pasos de la frontera tucumana⁸⁷. El visitador pondrá sus ojos sobre el paupérrimo estado en que se encuentra este cuerpo policial, ofrendando al lector estas condiciones con una imagen caricaturesca:

Los militares, según he observado, tienen particular gracia y persuasión para inducir al servicio del Rey, causándome una alegre compasión ver a un hombre de honor reducido a vivir en la estrechez de un carretón: en él tenía, con bastante aseo, su cama; le servía de mesa un corto baúl, a donde tenía su papel, tintero y algunos libritos y un asiento correspondiente. Comió con el visitador aquel día, que se detuvo allí, con gran marcialidad, y con la misma mostró su palacio, dando por excusa de no haberle alojado en él su concisión.⁸⁸

⁸⁶ Cfr. Carrió (973:171)

⁸⁷ Cfr. Charles F. Walker (2005:15-33 y ss.)

⁸⁸ Carrió (1973:159)

Las reformas del aparato militar imperial, como asegura Gálvez⁸⁹, también están dentro de las preocupaciones metropolitanas. No obstante, parece que en la provincia de Tucumán la confianza es más fuerte que la precaución, a pesar del esfuerzo por profesionalizar el cuerpo militar que, en esos años, cumple el papel de guardia limítrofe ante las amenazas intermitentes de algunos grupos de indios chaqueños. El visitador siente alegría de ver el gran servicio y perseverancia que demuestra el soldado retratado en la escena, al mismo tiempo compasión, al verificar las malas condiciones para cumplir con su importante labor de guardia. Sin duda, este emotivo cuadro es en sí mismo un argumento que denunciará las irregularidades que afectan a un cuerpo militar que está lejos de profesionalizarse.

Otra de las cuestiones que preocupan a Carrió, es la relacionada con la salud pública⁹⁰ por el uso indiscriminado de las aguas del virreinato, lo que acarrea enfermedades que, según él, podrían evitarse. La sanidad de las aguas es un elemento básico para la subsistencia y buena salud de las personas, pero si están contaminadas, se convierten en un excelente vehículo de contagio de enfermedades entre los habitantes de una misma provincia. No sólo pueden provocar una merma en la población humana, que ya es escasa en esta provincia según el visitador, sino también en el ganado bovino y mular, lo cual tiene una incidencia directa en la economía regional. Higiene pública y economía están directamente relacionadas en el discurso de Carrió. El escándalo que provoca en el visitador la desidia con que los negros aguadores recogían el vital elemento (en el mismo lugar donde se lavaban las ropas de la provincia de Buenos Aires), lo obliga a precaverse de beberla sólo desde el aljibe que un amigo suyo tiene en casa⁹¹. Algo similar sucede con su visita a Tambo Bartolo, en unos baños termales en las afueras de Potosí. La negligencia de su administrador permite la libre infección de las personas enfermas a las sanas, dado que se bañan todos juntos sin

⁸⁹ Gálvez (1999:258)

⁹⁰ En su libro dedicado a *El Lazarillo*, Mariselle Meléndez (1999:210) nos da un marco acerca de la importancia del tema de la higiene en para el siglo XVIII: “Otro aspecto que sobresale en el siglo XVIII hispanoamericano es la cantidad de textos relacionados con la higiene. Los escritos de Santa Cruz y Espejo (“Reflexiones médicas sobre la higiene en Quito” 1785), los periódicos el *Mercurio peruano*, el *Mercurio volante* (1772), la *Gaceta de México* (1771), y los tratados de Alvarado *Receta contra epidemias* (1794) y el de Venegas, *Tratado de medicina* (1788), constituyeron varias de las fuentes que diseminaron consejos y medidas sobre cómo mejorar la higiene y conservar la salud. En Hispanoamérica, al igual que en otros países de Europa, se comenzó a concebir la enfermedad como un problema político y económico que necesitaba ser controlado”.

⁹¹ Cfr. Carrió (1973:148)

mayores precauciones sanitarias. Además, y esto es gravísimo para Carrió, se da una promiscuidad absoluta entre hombres y mujeres que comparten indiscriminadamente las mismas aguas, de lo que “resultan desórdenes extraordinarios, hasta entre personas que no se han comunicado”⁹². Tal como sucedió con los muros rayados en las mansiones ubicadas en la misma ciudad de Potosí, la población parece ensayar una serie de salidas de la represión social y sexual a la cual están sometidos⁹³.

Como señala Meléndez, estas medidas de higiene y limpieza que Carrió crítica en el espacio virreinal son parte instrumental del control social⁹⁴. Los actos promiscuos que denuncia en Tambo Bartolo son parte de esa idea de control social, tal como también lo será su iracundo comentario sobre los muros rayados a la entrada de Cuzco. Así, la ausencia de moralidad e higiene, que redundan en la economía, la población, la mano de obra, y los animales de trato útiles para el comercio, son “una excusa para justificar la presencia de una autoridad colonial que establezca el orden”, reafirma Meléndez⁹⁵. A este aspecto de la higiene, podríamos agregar la descripción de la fragilidad del aparato militar, cuerpo encargado de regular ese orden comercial y su defensa de frontera. Las ideas ilustradas y el deseo de reforzar el poder colonial en el virreinato del Perú, confluyen en un sentimiento de cuño económico y utilitarista, en la búsqueda por hacer más eficiente la explotación de los recursos por la administración colonial.

El último paso que daremos sobre los asuntos públicos en *El Lazarillo*, estará enfocado al tema de las iglesias. Si bien el mundo eclesiástico no tiene que ver de manera directa o formal con el administrativo, aquél es parte del proceso económico y de disciplinamiento colonial. Las iglesias reflejan el esplendor y prosperidad de la ciudad,

⁹² Cfr. Carrió (1973:282-283)

⁹³ En esta villa de Potosí y lugares aledaños, como la ciudad de La Plata, suceden otros hechos que remece la moral de Carrió (1973:295-296), como el extraño carácter de sus habitantes varones que tiende a la constante pendencia entre ellos y a los lances amorosos con prostitutas. Unas de las descripciones más nefastas de la sociedad virreinal que *El Lazarillo* lleva a cabo, son las relativas a esta provincia, unas de las más ricas de la región. Como iremos visualizando desde nuestro análisis, abundancia o riqueza y corrupción irán enlazadas en un matrimonio bastante firme que el visitador querrá divorciar con algunas medidas.

⁹⁴ Meléndez (1999:207): “En *El Lazarillo de ciegos caminantes*, la “poética de la limpieza” se convierte en una “poética de disciplina social” (McClintock 226), en la cual la higiene representa un instrumento que intenta controlar el espacio colectivo”.

⁹⁵ Meléndez (1999:213)

además de servir su entorno como plaza de transacciones comerciales. Por este motivo, para Carrió las iglesias también son un punto de observación en su itinerario: “Es digno de reparo que una provincia tan dilatada y en que se comercian todos los años más de seiscientos mil pesos en mulas y vacas, con gran utilidad de tratantes y dueños de potreros, estén las iglesias tan indecentes que causa irreverencia entrar en ellas”⁹⁶. El visitador se extrañará mucho de que en Córdoba, ciudad en que reside el obispo de la provincia de Tucumán, las iglesias estén en esas condiciones, tan diferentes a las cuzqueñas en las que, como señala, “causa complacencia ver el esfuerzo que hacen unos miserables para engrandecer al Señor con actos exteriores, que excitan mucho a la contemplación y dan materia a los españoles para que le den gracias y se congratulen de la feliz conquista que han hecho sus antepasados.”⁹⁷ Esta imagen de las iglesias tucumanas, contrapuestas a la grandeza de las cuzqueñas es, más bien, un reclamo a la poca sujeción que pareciera tener el obispado sobre sus habitantes que son obligadamente sus fieles. El comentario del visitador apunta a la idea de disciplinamiento que la iglesia debe poner en práctica, convirtiéndose en una suerte de aliada subalterna del Estado colonial, en los términos que éste precisa.

Para ejemplificar y ahondar en esta idea de disciplinamiento, quisiéramos referirnos a un pasaje sobre la catedral de La Plata. El ácido comentario de Carrió, fija su atención sobre los adornos del culto religioso exterior, es decir, sobre las lámparas, arañas, candelabros y las figuras de santos y ángeles que componen el interior del recinto. A partir de su atenta y crítica evaluación del recinto, lanza esta categórica observación:

Una iluminación tan extravagante esparcida en todo el templo sólo ofrece humo en lugar de incienso. La multitud de figuras de ángeles y de santos ricamente adornados no hacen más que ocupar la mitad del templo y distraer al pueblo para que no aplique a lo que debe y le conviene, atrayéndole solamente por medio de la curiosidad, que consiste en el artificio, música de teatro o tripudio pastoril.⁹⁸

⁹⁶ Carrió (1973:166)

⁹⁷ Carrió (1973:166)

⁹⁸ Carrió (1973:292)

La mirada regalista del visitador⁹⁹, que se entromete en los asuntos propios de los ministros de la fe, apunta con sus dardos a una de las cualidades efectistas del catolicismo, como lo es el culto exterior que recae en las imágenes, figuras y fausto. La ironía acerca de la iluminación de las grandes lámparas que en lugar de honrar a Dios echa humo, pone de manifiesto su visión acerca de la extravagancia de los templos fastuosos, dejándonos apreciar su mentalidad pragmática frente a tales excesos. Si bien anteriormente se había sorprendido de la pobreza de las iglesias tucumanas, este exceso le parece absolutamente nocivo para el verdadero culto a Dios que el pueblo debe rendirle, en lugar de distraerse de él.

Claramente, lo que a Carrió le importa es el grado de conciencia y racionalidad del culto interior en los habitantes de La Plata, más que las piezas teatrales, música o autos que distraen a la población. Lo que verdaderamente importa es esta racionalidad del culto, ese cristianismo interior, alejada del exceso barroco¹⁰⁰, concentrado de manera directa sobre los fieles y no con tantas laberínticas y “mestizas” demostraciones de la grandeza divina. La fe cristiana tiene que aplicar a los súbditos imperiales a “lo que debe y le conviene”, tiene que ser un vehículo activo para la mantención del sistema colonial, sin desviarse de esta misión. Tiene que administrar sus recursos de fe adecuadamente, hacerlo eficientemente para las masas, ser eficaz en la doctrina y el orden moral, sin derrochar sus esfuerzos en aparatosos adornos. Para Carrió, la iglesia como recinto y su culto exterior, directamente relacionado con sus fieles, tiene que formar parte del mismo sistema administrativo público en que se insertan las postas con sus tambos y mansiones que albergan a los comerciantes. El “comercio de almas”, debe traer a la población a la disciplina, enseñándole a la masa “lo que debe y le conviene” y transparentando las renovadas ideas del poder colonial borbónico.

⁹⁹ Gálvez (1999:249) sostiene esta postura estatista sobre la iglesia –que exhibe Carrió–, pretende un mayor control por parte del Estado de las autoridades y bienes que ella posee: “La relación entre el Estado y la Iglesia constituyó un punto importante en la política borbónica. Se introdujo la teoría del estatismo o regalismo, que pretendió ampliar el control estatal hacia las autoridades y bienes eclesiásticos y con ello la aplicación de una serie de mediadas que permitiesen afianzar dicho control”. Además cfr. Magnus Mörner (1966:157)

¹⁰⁰ O, como lo llama Teresa Gisbert, del “barroco mestizo”. Cfr. Gisbert (2001:255)

b. Abundancia perjudicial y riqueza malgastada

Con el tema del derroche en las iglesias, en la visión del visitador, entramos al segundo eje analítico de este primer punto. El tópico de la abundancia americana, cuyo nacimiento lo datamos desde las primeras cartas colombinas, alcanza un lugar fundamental en la escritura de *El Lazarillo*. Sin embargo, lo que para los iniciales momentos de exploración, invasión y conquista era un seguro aval para el proceso de explotación de riquezas y usufructo metropolitano, en el texto de Carrió (como para la mayoría de los ilustrados borbónicos) se convertirá en un importante obstáculo para las reformas. Para ser más exactos, no será el hecho de la amplitud de recursos el “enemigo”, sino los sujetos que no saben o “no quieren saber” explotarlos racionalmente. Esta mirada sobre el derroche de la riqueza americana, es un prelude a la dura crítica contra estos sujetos que habitan las regiones más ricas del virreinato peruano.¹⁰¹

En líneas generales, la abundancia de recursos naturales que el visitador percibe en su recorrido por el virreinato del Perú, tiene sus puntos más altos entre las provincias de Buenos Aires y Tucumán. A pesar de ello, en estas dilatadas regiones, según la visión de Carrió, reina un abandono que posee dos vertientes causales: por un lado, la administración central del virreinato, con asiento en la lejana Lima, es incapaz de gobernarla adecuadamente¹⁰²; por otro, la desidia natural de sus habitantes impide que ésta adquiera el

¹⁰¹ Sobre esta crítica a estos sujetos, específicamente los gauderios, tratará el siguiente capítulo.

¹⁰² A pesar de la gran extensión de este virreinato, no hemos identificado en el texto una petición o una propuesta que intente planificar una nueva división estratégica para su correcta administración. Es decir, a Carrió no se le

dinamismo comercial que merece. Aunque sus postulados tengan un carácter incierto, fragmentario, poco concreto y falto de una resolución global verdaderamente práctica, las páginas de *El Lazarillo* harán marchar, con un paso apresurado, la urgente necesidad de intervenir, por parte de la administración metropolitana, en las cuestiones relativas a este derroche de alimentos y la poca visión de futuro que tienen sus habitantes para las posibles explotaciones de viejas y nuevas fuentes de riqueza. Si en el apartado anterior señalamos que, para Carrió, las falencias administrativas recaían en las capas bajas del poder administrativo o en aquello que debe ser cooptado por la burocracia, esta vez la mayor responsabilidad de los problemas pesará sobre los simples habitantes de la región.

La “desidia natural”, con que Carrió caracteriza a los habitantes de estas dos provincias, es naturalizada por esta abundancia y derroche irracionales y sin control alguno. Este tópico es fruto de la perversión de una lógica colonialista y cientificista, en la que la tierra influiría directamente sobre el carácter de los hombres, predeterminándolos naturalmente a esta pereza criolla. Asimismo, la racionalización de estos recursos, el control del aparato público sobre ellos, serían los únicos capaces de revertir tal situación. Éste control debe ser el principal acto que protagonice la administración borbónica, que tiene que guiar, como un lazarillo, a estas mujeres y hombres ciegos que no saben o no ven su perjuicio. La desidia natural con que Carrió caracteriza a este mundo criollo, es el correspondiente del lector tucumano que revisamos en el capítulo anterior: los “delirios de hombres despiertos”, se enclavan en los sueños o fantasías de la abundancia infinita que no atiende a la realidad del derroche innecesario y dañino.

ocurrirá plantear la creación de un nuevo virreinato, tal como acontecerá casi dos años más tarde de la impresión de su libro. La creación del Virreinato del Río de la Plata (1776) y su división en intendencias, cuyas regulaciones las hará más o menos autónomas y con un gobierno más directo, asumirá el desgaste administrativo y el poco control que hasta ese momento existía. Creemos que tal decisión no podría haber contado con el mayor de los beneplácitos por parte del funcionario gijonés, en tanto él tenía su asiento y plaza –como funcionario, corregidor y comerciante- dentro de la jurisdicción del virreinato peruano al que, con esta medida divisoria, se le había extirpado el pulmón y el riñón más fuertes, por no decir el corazón que representaba, a esa altura del siglo, el puerto de Buenos Aires ante el arruinado Callao. Carrió pensaba que se debían tomar las medidas del caso para administrar mejor los recursos que ofrecían los extensos territorios del futuro virreinato rioplatense, pero sus propuestas no pasarán de ser locales y casi anecdóticas, si las comparamos con el “terremoto” administrativo que se estaba viniendo encima.

Un primer ejemplo que visibiliza esta crítica presente en *El Lazarillo*, lo encontramos en su recorrido por la provincia de Buenos Aires. A través de una mirada anecdótica e hiperbólica, el visitador pretenderá describir una escena de la jauja rioplatense, en la que el derroche, la mediocridad comercial y el escaso sentido de la superación personal de sus habitantes, quedan de manifiesto:

No he conocido hacendado grueso, sino a dos Francisco de Alzáibar, que tiene infinito ganado de la otra banda del río, repartido en varias estancias; con todo, mucho tiempo ha que en su casa no se ven cuatro mil pesos juntos. No he sabido que haya mayorazgo alguno ni que los vecinos piensen más que en sus comercios, contentándose con una buena casa y una quinta, que sólo sirve de recreación. La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerle, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses, más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero. Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco, en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos.¹⁰³

El visitador Carrió advierte que la carencia de circulante en la región (o acumulación de éste), es un síntoma más de la ausencia de un comercio moderno y vigoroso que vaya más allá del abastecimiento propio de la provincia, o aun, del área en que se sitúan estas haciendas¹⁰⁴. Carrió no menciona las verdaderas razones por las que esto ocurre, las cuales fluyen directamente del monopolio comercial peninsular y la economía de “corso” con sus colonias, obligándolas a una desigual transacción mercantil y prohibiendo la exportación directa de sus productos a la Europa extrapeninsular. Para el visitador, la escasa acumulación de dinero obedece a la mediocridad innata de los comerciantes de Buenos Aires. Según sus

¹⁰³ Carrió (1973:147-148)

¹⁰⁴ Cfr. TePaske (2000:293), acerca de la crisis de la fiscalidad colonial y el alza de impuestos en el virreinato peruano, así como el comercio ilegal rioplatense.

palabras, estos se contentan con poseer una casa de recreo con terrenos para cultivar lo justo, viviendo en medio de algunas comodidades. Además, existe otro motivo de esta escuálida acumulación: no hay control sobre el mercado de alimentos, especialmente de la abundante carne. Parece ser que la descontrolada abundancia es la madre de los vicios de estos habitantes. Así como las mulas eran torpemente tratadas y malogradas por los criollos tucumanos, el alimento es dispendiado absurdamente por los liberalísimos y holgazanes bonaerenses.

La carne y su dilapidación es un asunto que merece buena atención, debido a que es uno de los productos más importantes de la provincia. La exagerada anécdota del carretero y el mendigo, referida de paso, recalca la idea de absoluta pereza en que viven los habitantes rioplatenses, desde la perspectiva de Carrió. Si por un lado están los comerciantes conformistas, por el otro las capas populares derrochan los recursos por su “natural” holgazanería. A ello, se une otro elemento perjudicial para el comercio: la utilización de los cueros. El interés por ellos nos dice bastante sobre su uso para el contrabando, que Carrió acusa como práctica habitual en los criollos. Algunos pasajes de *El Lazarillo*, denuncian que en Montevideo y Buenos Aires hay una abundancia de polizones y desertores de mar y tierra que “ponen pulperías con muy poco dinero, para encubrir su poltronería y algunos contrabandos”¹⁰⁵. Estos cueros son moneda de cambio en las transacciones con los contrabandistas, puesto que estos luego serán comercializados en Europa a buen valor, ya que eran la materia con que se fabricaban muebles, monturas, botas, odres, entre otras¹⁰⁶. En estas imputaciones de Carrió, descubrimos los mecanismos criollos para intentar salvar la valla de los impuestos oficiales y del monopolio económico peninsular¹⁰⁷, resistiendo al diseño centralizado del borbonismo con prácticas fuera del marco legal establecido por la metrópoli. Una vez más, presenciamos la tensión entre el orden colonial, lo que efectivamente sucedía *in situ*, y el sistema regulador ideado por la Corona. El generalizado contrabando, deja entrever el influjo cada vez mayor de las naciones europeas que sobrepasan largamente el poderío

¹⁰⁵ Carrió (1973:131)

¹⁰⁶ Esta práctica también era muy habitual en el Caribe desde finales del siglo XVI, sobre todo en las islas que ya no tenían reservas de oro para negociar. En los años de escritura de *El Lazarillo*, el Río de la Plata sólo representaba una suerte de esclusa entre las mercancías potosinas y tucumanas y los puertos peninsulares.

¹⁰⁷ Cfr. TePaske (2000:291)

español. Las amenazas al imperialismo peninsular están, de esta forma, dentro y fuera de los límites coloniales.¹⁰⁸

Las líneas finales del fragmento que citamos, enfatizan y agravan la superabundancia y malversación de recursos alimenticios. La imagen fantástica de este despilfarro, en el que incluso los mendigos practican tal disipación de alimentos, está absolutamente potenciada con la obesidad de los perros y la confianza de los ratones¹⁰⁹. Hombres perezosos, perros gordos y ruinosos roedores, se confunden como una sola masa dentro del mundo irracional y bárbaro que Carrió denuncia en la ciudad de Buenos Aires. La construcción de la anécdota jocosa, ataca indirectamente la desorganización del orden virreinal de los sujetos criollos, tal como en el capítulo anterior vimos ocurría con el lector tucumano. Con este recurso humorístico, unido a sus descripciones intencionadas y acusatorias sobre los habitantes de las provincias, la escritura del visitador construirá pieza por pieza el caos asistemático en que se encuentra sumida una buena parte del virreinato. De esta manera, utilizando recursos retóricos, Carrió escenificará en *El Lazarillo* una realidad que se acomoda a sus fines reformativos de la colonialidad peruana.

Junto con las imágenes de la abundancia y el derroche, también están aquellos recursos que no han sido explotados y que pueden traer beneficios considerables si se aprovechan adecuadamente. Es el caso de las arañas de seda y la miel. En San Miguel de Tucumán, el visitador dará curso a sus asombradas descripciones acerca del firme y poco usual tejido de unas arañas que habitan la provincia¹¹⁰. Es, probablemente, uno de los pocos casos en que su observación y curiosidad científica se pondrán en alerta ante una futura fuente comercial que no tenga que ver con mulas. Si bien el visitador no es ni Celestino Mutis ni

¹⁰⁸ A pesar de que en algunos pasajes las amenazas extranjera (ingleses, franceses y holandeses) se explicita en *El Lazarillo*, ésta no será el eje principal de sus preocupaciones. La que más desvelará a Carrió será la amenaza interna de la forma de vida que llevan los habitantes de las regiones visitadas. Según nuestra perspectiva, el visitador creará que, modificando el “espíritu” holgazán de estos sujetos, el “cuerpo” o frontera imperial estará más segura.

¹⁰⁹ En páginas anteriores de *El Lazarillo*, ya se había hecho referencia a lo pródigo del alimento y de cómo los ratones mantenían amenazadas las casas y que, para mayor disfrute de su paladar, “fastidiados del pescado y carne, se comen los huevos y aniquilan los pollos” en Carrió (1973:133). Como parte de la estrategia narrativa del texto, pensamos que la imagen insalubre de perros obesos y ratones transitando libremente por las calles, pretende generar un total rechazo en los burócratas lectores, fin receptivo del sentido útil de la obra.

¹¹⁰ Carrió (1973:181)

José de Caldas, esbozará una descripción metodológica de la forma en que viven, crecen y producen sus telas que son utilizadas por los criollos de la zona en cordones para los sombreros. Para ser más exactos, el visitador no enunciará explícitamente su deseo de explotar este nuevo recurso, pero dedicará varios pliegos en acotar su objeto de observación y las utilidades posibles y que él ha visto. Este intento de Carrió por acercarse científicamente a lo observado, responde a lo que señalamos en el capítulo anterior sobre el funcionario imperial y la influencia de las ideas ilustradas en él¹¹¹. Desde los márgenes de la intelectualidad iluminista, se esforzará por brindar con su misión una información útil para la explotación de nuevos recursos. Sin moverse de esta provincia, se encontrará con otro elemento del que se podría evitar el derroche y sacar ventajas: la miel. Carrió dirá lo siguiente:

Hay algunas abejas que fabrican sus casas bajo la tierra, y algunas veces inmediato a las casas, de cuyo fruto se aprovechan los muchachos y criados de los pasajeros, y hemos visto que las abejas no defienden la miel y cera con el rigor que en la Europa, ni usan de artificio alguno para conservar una especie tan útil, ni tampoco hemos visto colmenas ni prevención alguna para hacerlas caseras y domesticarlas, proviniendo este abandono y desidia de la escasez de poblaciones grandes para consumir estas especies y otras infinitas, como la grana y añil, y la seda de gusano y araña, con otras infinitas producciones, y así el corto número de colonos se contentan con vivir rústicamente, manteniéndose de un trozo de vaca y bebiendo sus alojas, que hacen muchas veces dentro de los montes, a la sombra de los coposos árboles que producen la algarroba.

Como apreciamos, la imagen de las abejas que nos entrega el visitador, es una nueva puesta en escena de lo que hasta acá hemos detectado como el mundo de la desidia, el relajo, la estulticia y holgazanería en que viven los habitantes de esta provincia descrita por el visitador. Las abejas fabrican sus hogares bajo la tierra y aún junto a las casas, las cuales parecen mansamente entregadas a una posible domesticación. A pesar de esta ventaja, son aprovechadas casual o azarosamente por los pasajeros que trajinan por el lugar. Y no sólo son

¹¹¹ Vid. Capítulo 3, págs. 36-38.

desaprovechados estos recursos por el bajo número de colonos, sino porque estos no poseen ninguna aspiración comercial y llevan, según el visitador, una vida rústica y conformista, muy similar a la de los habitantes de Buenos Aires. Sin embargo, este pasaje tucumano es todavía más desolador. Al recurrente factor de las prácticas cotidianas, que imposibilita a los colonos para llevar a cabo esta empresa productiva, se une el peso de los factores demográficos que sobrepasan las fuerzas del aparato burocrático¹¹². Para Carrió, este último elemento caracterizará inquietantemente al Tucumán, con lo cual la región se convertirá en una de sus constantes preocupaciones y el espacio sobre el que proyectará la mayoría de sus ideas más radicales en el plano administrativo.

Finalmente, como una articulación mayor, estos dos factores desembocan en el Tucumán en un tipo de colono distinto, que no sólo no permanece en las ciudades con el fin de mal aprovechar sus recursos, sino que emigra hacia los agrestes y bucólicos parajes fronterizos. En el monte, ese tradicional refugio de los hombres marginados, el colono tucumano busca la sombra de los árboles, come lo que desea y bebe tranquilamente. La jauja rioplatense de Buenos Aires con su abundancia perjudicial, parece transformarse e incrementar su nocividad a medida que el funcionario se adentra en el territorio que le toca visitar. La campiña tucumana será el escenario de una suerte de *locus infernalis* para Carrió, un lugar en el cual él percibirá la mayor tensión entre sus deseos de racionalización de los recursos y la indiferente realidad de estos particulares colonos. Sin duda, no serán los colonos los capacitados de revertir esta situación. Los servidores del bien público o funcionarios imperiales deben ser, para Carrió, los actores de esta reforma: la “domesticación” de los colonos a las leyes, tal como las abejas a una producción normada.

En este capítulo hemos abordado la visión de Carrió acerca de los errores o falencias en la administración pública, junto con dos elementos que él percibe como graves y

¹¹² Como veremos en el siguiente capítulo, el visitador propondrá un tipo de solución ante la despoblación y la desidia criolla: traer mano de obra europea y “encerrar” territorialmente a los sujetos inútiles para el Estado colonial. En la visión de Carrió, ésta será la única opción que tendrá una burocrática impotente ante este urgente tema.

contraproducentes para el virreinato y su correcta explotación metropolitana: la abundancia perjudicial y la riqueza malgastada. Estos dos elementos inseparables, forman un tópico transversal a la obra, el cual se convertirá en uno de sus argumentos más recurrentes para criticar el estado de la situación virreinal. Para nosotros, tanto la visión sobre la administración virreinal así como este último tópico, son la base estructural desde la cual se concatenarán una serie de ideas reformatorias de la colonialidad del territorio visitado. Es la primera puesta en marcha de las ideas ilustradas en refuerzo de la ideología colonialista. Estas ideas, como acabamos de ver, son decisivas en su mirada sobre la provincia del Tucumán. Allí reafirmará sus postulados acerca del derroche que cometen los habitantes de la región y la poca atención que prestan a las nuevas fuentes de recursos que existen en el territorio. Este problema se ve acentuado por la escasa población y el tipo de colono que abunda en esta región. Pero, ¿quiénes son esos colonos que pasan su existencia impasiblemente bajo los árboles, derrochando los recursos del virreinato? Son los gauderios¹¹³ o gauchos, hombres trashumantes, regidos por sus propias leyes de convivencia. Los gauderios, así como los indios, serán los sujetos sobre los que Carrió se ocupará la mayor parte de su escrito. El visitador desplegará su mirada inquisidora y eurocéntrica sobre la cultura de estos mestizos nómades¹¹⁴, posicionándolos como trascendentales “objetos” de su colonialismo ilustrado. En el próximo capítulo analizaremos este segundo paso, al cual agregaremos un primer apunte a la visión del mundo indígena en *El Lazarillo*.

¹¹³ Del latín *gaudere*, regocijarse y holgar.

¹¹⁴ Weber (2005:251) subraya el carácter mestizo de los gauchos, especialmente por sus indumentarias, bebidas y vocablos, así como en otros sujetos que comparten sus características en distintas regiones americanas: “Gauchos, rootless poor rural Spaniards who killed cattle on the pampa and marketed their hides without a license, also fit his description. Gauchos hunted cattle with an Indian weapon (*boleadoras* or *bolas*), drank Indian tea (yerba maté) to the point of addiction, used Indians to assist them in hunting, traded with Indians for hides, and adopted Indian words into their vocabularios. Other frontiers of the empire had counterparts to the gauchos, men who also adopted some of the clothing, diet, and strategies of their Indian neighbors: *llaneros* in what is today Colombia and Venezuela, *huasos* in Chile, and *vaqueros* in México”. El cronista Antonio Vázquez de Espinosa recorrerá, a principios y mediados del siglo XVII, el mismo camino que el visitador Carrió, con la única diferencia que lo hará en sentido inverso. Junto con hacer varias referencias a los productos de la provincia del Tucumán, como la miel, describirá a un grupo de indios (los guaycurus) que poseen varios rasgos similares a los gauderios: “De la otra parte del río enfrente de la ciudad está [la] nación de los *Guaycurus*, gente ruin y haragana, andan desnudos, no siembran ni cultivan; sustentanse de caza y pesca; son grandes tiradores de flechas [...] porque esta bárbara nación, además de ser tan haragana, no tienen población, más que unas esteras, que las mudan cuando quieren a otra parte [...]” (Vázquez de Espinosa 1969:448). Como veremos en el próximo capítulo, los gauderios estarán mucho más cerca de los indios que de españoles, en la visión de Carrió.

Capítulo 4

Discursos de recolonización: las anécdotas contra los gauderios

a. Las malas costumbres de los gauderios: la productivización de la anécdota

La crítica a la forma de vida de los gauderios, culpables, según Carrió, del malgasto y despilfarro de recursos de la región, será una constante que define los objetivos reformativos políticos y culturales de *El Lazarillo*. Entre las ideas “civilizadas” del visitador y el choque contra la “barbarie” del mundo que visita, camina a paso firme su urgencia por modificar la caótica vida de éstos y su inutilidad para el bien público. La atracción del visitador por describir productivamente¹¹⁵ las costumbres de los gauderios, connota un reconocimiento de estas prácticas como una cultura distinta a la europea y la indígena. Con los gauderios, Carrió cree enfrentarse a un nomadismo y resistencia superior a la de los indios del virreinato, a una posición mestiza que no deja ser fácilmente encuadrada en una casta cultural específica. En este punto, la *conciencia occidental soberana*, como llamaba Said a la subsumisión de oriente por el pensamiento europeo¹¹⁶, va a enfrentarse a un problema mayor

¹¹⁵ Este concepto de productividad en la descripción lo tomamos de Said (2006:37), para quien escritores e intelectuales no sólo reciben el influjo de la política imperialista, sino que también la *producen* (y no sólo reproducen) en sus obras: “[...] creer que la política, en forma de imperialismo, tiene un efecto en la producción literaria, en la erudición, en las teorías sociales y en la escritura de la historia no equivale, en modo alguno, a afirmar que, por tanto, la cultura es algo degradado o denigrado; muy al contrario, toda mi tesis consiste en que podremos comprender mejor la persistencia y la durabilidad de un sistema hegemónico, como la propia cultura, cuando reconozcamos que las coacciones internas que estos imponen en los escritores y pensadores son *productivas* y no unilateralmente inhibitoras”.

¹¹⁶ Said (2006:28)

en el discurso del visitador. Los gauderios romperán el modelo del sometimiento político, cultural y territorial del virreinato, lo que será, de alguna forma, una suerte de providencial fracaso del eurocentrismo imperial. Por esta razón, exclusivamente con los gauderios del Tucumán, Carrió intentará adentrarse en su cotidianeidad y enterarse de aquellas prácticas que los convierten en sujetos profundamente inestables para el sistema. La trascendental construcción de la imagen del gauderio, con el objetivo de perpetuar la superioridad racional europea, es lo que pretendemos analizar en este primer apartado¹¹⁷.

Poco después de llegar a Montevideo y tomar posesión efectiva de su cargo, tendrá su primer encuentro con “muchos holgazanes criollos”¹¹⁸, dedicados al vagabundeo, ante la inmutabilidad de los demás habitantes. Estos hombres salvajes son, para el visitador, fruto de la “abundancia perjudicialísima”, al igual que los perros obesos y los desafiantes ratones que deambulan por las calles de Buenos Aires. En el corazón de la ciudad de Montevideo y sus alrededores, Carrió se encontrará con los débiles límites entre la civilización y la barbarie de las ciudades fronterizas del virreinato peruano. Así, en esa cultura semi-bárbara, entrará en escena la figura del gauderio:

De esta propia abundancia, como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quienes con tanta propiedad llaman

Gauderios

¹¹⁷ Así como llevará a cabo la construcción de los gauderios, Carrió hará lo mismo con los otros grandes grupos étnicos. En el segundo apartado de este capítulo, esbozaremos un primer acercamiento a la imagen de los indios, la que se desarrollará con mayor profundidad en el capítulo quinto. Por los objetivos de esta tesis, no estudiaremos la visión del grupo de los negros, el nivel más bajo de la sociedad americana colonial diseñada en el imaginario de Carrió. A ellos, dedicará breves y esporádicos pasajes, en los que se puede leer lo siguiente acerca de sus diversiones y fiestas: “Los negros civilizados en sus reinos son infinitamente más groseros que los indios [...] Las diversiones de los negros bozales son las más bárbaras y groseras que se pueden imaginar. Su canto es un *aúllo*. De ver sólo los instrumentos de su música se inferirá lo desagradable de su sonido” (383-384).

¹¹⁸ Carrió (1973:131). Según Hernán Vidal (1985:195), las características básicas con que Carrió rubricará la descripción de estos sujetos serán las de “bestias apenas domesticadas: son sucios, vagan por los despoblados, no tienen rutina, comen cuando se les antoja [...]”. Todas estas características están marcadas por el cruce entre la visión despreciativa sobre el criollo americano y la crítica ilustrada sobre su irracionalidad que testificarían su poca higiene y su desobediencia a la rutina del trabajo. A esta visión de *El Lazarillo*, Vidal (1985:194-195) llamará “antropología materialista”, cuya finalidad será justificar las diversas formas de sujeción y violencia de los pueblos americanos, puesto que estos no entenderían la implicancia de la inmensa riqueza natural que el funcionario percibe a lo largo de su viaje virreinal, que va de Buenos Aires a Lima.

Éstos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su arbitrio por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o le toman de la campaña, enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman *rosario*. También cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que forran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este perjuicio en nada, así ellos como los dueños.¹¹⁹

Con la voz *gauderio*, se encierra sin más la significativa caracterización de estos personajes vagabundos y holgazanes¹²⁰. En el fragmento, la rusticidad de su vestimenta denota la de su espíritu indolente y marginal, así como sus prácticas de casería y el derroche de la carne. La imagen del gauderio es, para Carrió, una estampa de la violencia contra el mundo civilizado. Violencia que se desenfunda metonímicamente con la presencia de su arsenal de caza y defensa, las bolas o boleadoras, pero también con un instrumento particular: la “guitarrita”. La destemplada guitarrita, que tocan mal, reemplazará a las herramientas de trabajo y estropeará la herencia poética de la popular copla española, violentando con ello la cultura hegemónica a la cual pertenece el visitador. Pero esta violencia contra el “legado” colonial, tiene sus cómplices. La comunidad de colonos serán vistos por el visitador como los responsables o cómplices de tal desborde: no sólo les dan comida a estos gauderios, sino también los caballos que necesitan para vagabundear libres (o absueltos) por la campiña¹²¹.

¹¹⁹ Carrió (1973:133-135)

¹²⁰ Más allá de los laberintos etimológicos que desencadenarán finalmente la voz “gaucho” -extendida desde el siglo XIX hasta nuestros días- cabe destacar que este nombre con que se define a esa “multitud de holgazanes”, anida su raíz un supuesto estado de vida en permanente juerga, sin límites, en una existencia perdida en el vicio y el exceso. Vid. *gaudeamus* (RAE, 2002)

¹²¹ La única vez que los gauderios parecieran hacer uso de algún instrumento, es para enlazar estos caballos. Sin embargo, tal herramienta tiene, al parecer, otra función principal para la cual está hecha. Amarran en los extremos del cabestro bolas usadas para el juego del truco, el antepasado directo del billar. Es decir, la única vez que utilizan un instrumento para “trabajar”, es con un elemento básico que fabrican para sus divertimentos. Según esto, los gauderios no poseen herramientas específicas de trabajo. La ecuación entre instrumento de diversión e instrumento de perjuicio queda plasmada en este párrafo, ayudada por la complicidad insana y nefasta de los colonos criollos.

Unas líneas más adelante, la descripción sobre la vida licenciosa de los gauderios ahondará, nuevamente, sobre el factor del derroche de recursos. La dieta alimenticia de estos particulares sujetos está basada exclusivamente en la carne de res, siendo nuevamente sus rústicos instrumentos (provenientes de las culturas indígenas) los encargados de saquear la campiña con absoluto desparpajo y nula conciencia de racionalización. La búsqueda de la comida por parte de los gauderios es uno más de sus divertimentos y funestos goces que acostumbran realizar en la provincia, según el visitador:

Muchas veces se juntan de éstos cuatro o cinco y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o novillo; le lanzan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, cuasi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo por comer el matambre, que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en el rescoldo [...] Venga ahora a espantarnos el gacetero de Londres con los trozos de vaca que se ponen en aquella capital en las mesas de estado. Si allí el mayor es de a 200 libras, de que comen doscientos milords, aquí se pone de a 500 sólo para siete u ocho gauderios, que una u otra vez convidan al dueño de la vaca o novillo, y se da por bien servido.¹²²

Este salvajismo en las costumbres alimenticias de los gauderios, es vista por Carrió como una especie de cadena de barbarie en la que desfilan la búsqueda del alimento por diversión, el carneo y el consumo a destajo. La descripción de la forma de matar el animal, tiene un parecido con los métodos de los tucumanos para amansar mulas. La mortandad excesiva de ganado que provocan los gauderios, así como el maltrato de las mulas salteñas, no tiene para el visitador ninguna explicación racional. Esta hiperbólica escena se repite una y otra vez cuando en *El Lazarillo* se cruzan la desidia de estos hombres y su incuantificable daño. Este maridaje entre la abundancia perjudicial y la riqueza malgastada con los sujetos

¹²² Carrió (1973:136-137)

que pueblan los parajes de esta región, transforma a este edén americano de la abundancia en un *locus infernalis*. En la escritura del visitador, son estos hombres, los gauderios, quienes consumen salvajemente el tesoro y erario natural de recursos que debe ser aparejado idealmente para el beneficio de la Corona¹²³.

Esta relación entre gauderios y abundancia de recursos es, para Mariselle Meléndez, una muestra de la configuración identitaria de este grupo en relación con los factores económicos e intereses colonialistas de *El Lazarillo*¹²⁴. Esta idea, que nosotros compartimos cabalmente, no quedaría del todo completa si no la unimos a la búsqueda de una re-territorialización del virreinato, tanto geográfica como social. Los factores económicos colonialistas guardan relación con los espacios geográficos del comercio, cuya misión está encargada a Carrió por el camino de las postas, así como socialmente son parte del proceso de sistematización del orden colonial interno. La tierra y todo lo que contiene (hombres, animales y plantas), están bajo la sombra de la mirada adánica del funcionario, quien tendrá que reconocer, reidentificar y volver a rotular las especies que ese espacio contiene, al modo de la historia natural y el discurso exploratorio que Pratt analiza¹²⁵. No obstante este afán taxonómico de la historia natural europea sobre América, efecto directo de las búsquedas comerciales trasatlánticas, toma parte en el discurso de Carrió con algunos matices. Los intereses colonialistas de *El Lazarillo* no sólo fomentan la apropiación del territorio potencialmente explotable, sino también de la sociedad y los grupos que la componen. De esto resulta un innegable proceso de rotulación, pero también uno de indistinción o difusa correspondencia entre la caracterización y clasificación propia de los componentes humanos y los recursos naturales. Ambos, gauderios y abundantes recursos, son parte de la misma construcción del desorden virreinal y exigen la disciplina racionalizadora que estreche

¹²³ Nuevamente, la responsabilidad de los males americanos recae sobre la sociedad criolla que protege a los gauderios, quienes comen mucho más que doscientos “milords”, como el visitador llama irónica y patrioteramente a los lores ingleses. Con esta comparación, aprovecha la oportunidad de subrayar el potencial superior que tienen estas regiones de posesión española con respecto de las potencias europeas.

¹²⁴ Cfr. Meléndez (1999:108-109)

¹²⁵ Pratt (1997:62): “La historia natural no releva el delgado trazo de una ruta, ni las líneas donde la tierra y el agua se juntan, sino los “contenidos” interiores de aquellas masas de tierra y agua cuya expansión construyó la superficie del planeta. Estos vastos contenidos no habrían de ser conocidos a través de las delgadas líneas trazadas sobre la página en blanco, sino a través de las representaciones verbales resumidas en las nomenclaturas, o a través de grillas rotuladas, dentro de las cuales se colocarían las entidades”.

eficientemente el cerco sobre estos “objetos” de colonialidad. Por ello, existe la necesidad en *El Lazarillo* de que esa tierra por donde transitan impunemente los gauderios sea finita y delimitada claramente, para facilitar o hacer posible una efectiva penetración social y comercial de la racionalización colonial por la que aboga Carrió. Es quizás por este motivo que el visitador no se hará cargo del detalle exhaustivo sobre la naturaleza animal o vegetal (a modo de los naturalistas), a diferencia de su preocupación acerca de los hombres que habitan la tierra, cuestión que iremos desarrollando en el curso de este capítulo.

El grupo de los gauderios, a partir de esta relación con los recursos, tendrán una descripción bastante más detallada en la provincia del Tucumán, una de las regiones más ricas del virreinato peruano. A Carrió no le bastará con haberlos descrito en Montevideo, también seguirá sus pasos por estas provincias interiores, demostrando con ello la extensión del reinado de la holgazanería que carcome la administración. Este grupo social se emplaza en las regiones más distantes a Lima y que, desde 1776, se establecerá entre los puntos diametrales que marcarán los límites del futuro Virreinato del Río de la Plata; por esta razón, se torna urgente poner atención sobre ellos y su “bárbara” forma de vida. Así, dada la extensión territorial y, por consiguiente, perjudicial de los gauderios, no resulta extraña la obsesiva fijación que Carrió tendrá en su estilo de vida particular. Este interés irá cerrando el cerco discursivo sobre estos “objetos”, cuya utilidad será una clave político-económica del reformismo para el conjunto de burócratas lectores de “aquende y allende el mar”.

La estadía del visitador en el Tucumán, será una gran oportunidad para adentrarse en la vida cotidiana de los gauderios y describirlos con mayor detalle, como ya hemos anunciado. Preliminarmente, podríamos señalar que su acercamiento etnográfico a este grupo, es una estrategia que busca otorgarle a su descripción un tono experiencial y empírico que, en última instancia, logre un estatuto de verdad aquello que él informa. No obstante la persistencia de este modelo experiencial de acercamiento, como eje metodológico de sus observaciones a lo largo de su viaje, Carrió pondrá en circulación su táctica de la anécdota como otra articulación metodológica. En el marco de sus *excursus*, esta anécdota tucumana irá

más allá del relato de un hecho simple y ejemplificador de su postura crítica¹²⁶, hacia la configuración de un escenario narrativamente complejo sobre el cual situará parte de su ataque contra los gauderios. En ese marco, relatará desde la pluma de su secretario Concolorcorvo¹²⁷, su encuentro con estos sujetos en un monte cercano a Jujuy. Allí llegará la cuadrilla del visitador, recibida de buena voluntad por estos colonos. El funcionario pedirá licencia para compartir unos instantes con ellos y conocer sus costumbres de manera más directa. Ningún elemento faltará que no corrobore lo que antes había dicho sobre los gauderios que habitaban Montevideo, antes agregará otros: a la “guitarrita”, cueros, alojas, lazos, bolas, cuchillos y abundante carne, se les sumará una transcripción censurada de un par de esas estropeadas coplas y la presencia de algunas masculinas mujeres que no harán otra cosa que aumentar la macarrónica escena de ese mundo salvaje¹²⁸. El visitador pedirá al jefe del grupo, un viejo de ciento cuatro años llamado Gorgonio, que le canten unas coplas de esas que acostumbran a improvisar:

[...] señor Gorgonio, sírvase Vm. mandar a las muchachas y mancebos que canten algunas coplas de gusto, al son de sus acordados instrumentos. Sea enhorabuena, dijo el honrado viejo, y salga en primer lugar a cantar Zenobia y Saturnina, con Espiridión y Horno de Babilonia. Se presentaron muy gallardos y preguntaron al buen viejo si repetirían las coplas que habían cantado en el día o cantarían otras de su cabeza. Aquí el visitador dijo: Estas [sic] últimas son las que me gustan, que desde luego serán muy saladas. Cantaron hasta veinte horrosas coplas, como las llamaba el buen viejo, y habiendo entrado en el instante la madre Nazaria con sus hijas Capracia y Clotilde, recibieron mucho gusto Pantaleón y Torcuato, que corrían con la chamuscada carne.¹²⁹

¹²⁶ Marina Gálvez (1990:51) llama a estas anécdotas “adivinanzas de tipo moralizante o didáctico”. Para nosotros, estas anécdotas no son en estricto sentido “adivinanzas”, ya que ellas mismas contienen un peso ideológico que no es necesario adivinar, puesto que el mismo Carrió comenta sus alcances políticos.

¹²⁷ Esta estrategia en la narración de *El Lazarillo*, en la cual alternan el visitador y su secretario Concolorcorvo, será analizada en profundidad en el primer aparatado del capítulo siguiente.

¹²⁸ Luego del canto de estas agresivas y violentas coplas, según el visitador, la cuadrilla oficial decidirá retirarse del lugar, por miedo a los “bolazos” con que acometen cuando hay riña provocada por estos lances contrapuntísticos. Las coplas completan, de esta forma, la imagen del “salvaje” gauderio. Dentro de este marco narrativo, algunas de éstas serán apuntadas por el amanuense Concolorcorvo y, más tarde, censuradas por el visitador, por hacer explícitas referencias a las “vergüenzas” y otros asuntos vulgares.

¹²⁹ Carrió (1973:249)

Con este acercamiento a la vida de los gauderios, la *hybris del punto cero* del visitador, esa soberbia ilustrada que mira “objetivamente” desde el panóptico a la sociedad de los gauderios¹³⁰, juzgará una serie de sucesos que comenzarán con estas referencias humorísticas. La ironía del visitador en este pasaje, explícita en su mandato de cantar coplas “al son de sus acordados instrumentos” las que, en realidad, le parecen “horrorosas”, pone en movimiento una particular forma de diversión. Esta diversión corre, más que por la temática de las coplas, por las mujeres y hombres de este mundo burdo y rústico, a lo ojos de Carrió, que servirá de espectáculo para él y su cuadrilla. Esta misma espectacularización jocosa y ridiculizadora de los gauderios, la apreciaremos en sus observaciones sobre los nombres. De aquellos nombres (Gorgonio, Zenobia, Saturnina, Espiridión, entre otros) el visitador sacará cierta ventaja argumentativa, con el fin de enfatizar su descripción del estado bárbaro e ignorante de estos sujetos:

También extrañamos mucho los extravagantes nombres de los hombres y mujeres, pero el buen viejo nos dijo que eran de santos nuevos que había introducido el doctor don Cosme Bueno en su Calendario, y que por lo regular los santos nuevos hacían más milagros que los antiguos, que ya estaban cansados de pedir a Dios por hombres y mujeres, de cuya extravagancia nos reímos todos y no quisimos desengañarlos, porque el visitador hizo una cruz perfecta de su boca, atravesándola con su índice.¹³¹

Los nombres extraños tienen aquí su explicación burlesca. Aquellos excéntricos nombres están sacados de un número del extensísimo almanaque de Cosme Bueno, un famoso polígrafo avecindado en Lima¹³². La referencia a Bueno, de la que saca partido el visitador,

¹³⁰ Cfr. Castro-Gómez (2005:18-19)

¹³¹ Carrió (1973:252)

¹³² Cosme Bueno (1711-1798), fue cosmógrafo del virreinato peruano y un conocido sabio de origen aragonés, contemporáneo y muy respetado por Carrió. Carrió (1973:117) también se refiere a él en el “Prólogo” de la siguiente manera: “El cosmógrafo mayor del reino, doctor don Cosme Bueno, al fin de sus Pronósticos anuales, tiene una idea general del reino, procediendo por obispados. Obra verdaderamente muy útil y necesaria para formar una completa historia de este vasto virreinato”. Según D. W. Mcpheeters (1955:485), *El Lazarillo* se

profundiza aún más la burla sobre los nombres de los gauderios: estos seres iletrados serían ni más ni menos lectores de uno de los mayores ilustrados de Lima, quienes, por su ignorancia, fusionan sus propios y supersticiosos razonamientos con la cultura letrada que mal interpretan. Esta errada interpretación de la cultura letrada, como vemos, no actúa sola. Es auxiliada por las supersticiones y el débil sostén lógico, propio del retrato que el visitador hará de las capas populares. De esta forma, los gauderios son dueños de una doble ignorancia: la de la cultura letrada virreinal y la de las cosas relativas al culto cristiano. La supuesta lógica falaz y absurda del viejo Gorgonio, causará risa entre la comparsa del visitador quien, muy templado, cauto y astuto frente a aquellos “salvajes”, ordena el silencio no por respeto, sino por miedo a una barbárica reacción. Esta señal de la cruz en la boca del visitador, figura tanto el llamado a la prudencia o medida ante el peligro, como el exorcismo ante la “herejía” ilustrada de los iletrados gauderios.

Como hemos expresado con anterioridad, esta otra metodología, la de la anécdota como crítica, cruzará el discurso empírico con el ficcional, a partir de una mixtura entre su construcción taxonómica sobre un grupo social específico y el encuadre narrativo de las anécdotas. A partir de esta metodología de la anécdota en usos descriptivos e informativos, Carrió pretenderá llevar a cabo una composición de lugar sobre las cosas de su viaje por el virreinato. La estadía entre los gauderios y este pasaje en Jujuy, del cual hemos citado dos fragmentos, será utilizada por el visitador para introducirnos en cuestiones que van más lejos del mero sentido humorístico e intertextual con otras obras de la tradición española que lo influyen estilísticamente¹³³. A través de las anécdotas tucumanas, *El Lazarillo* pretende escribir una breve historia de los gauderios, su vida y sus costumbres probadamente

entre de muchas informaciones que Bueno recopila en una de sus tantas enciclopedias, como las *Descripciones de provincias* (1767-1793) que serán una parte fundamental de los estudios sobre la región realizados por los ilustrados peruanos. Según Mcpheeters (1955:490), estos santos que el visitador dice que aparecen en el Calendario, efectivamente provienen del renovado santoral que incluirá el sabio limeño en un tomo de su almanaque, denominado *El conocimiento de los tiempos*, publicado alrededor de 1770.

¹³³ Sin pretender adentrarnos en este ámbito, podemos apreciar la cercanía entre este relato de Carrió y el pasaje del Quijote y los cabreros, en la novela de Cervantes. No sólo este breve hecho familiariza intertextualmente a *El Lazarillo* con algunas obras del género literario, también lo hace posible la existencia de dos personajes protagonistas del relato: el visitador y Concolorcorvo se relacionan de una manera particularmente cercana a don Quijote y Sancho Panza. Esta hibridación de registros discursivos es, probablemente, parte de esa sociabilización literaria del siglo XVIII. Para otro tipo de intertextos presentes en *El Lazarillo*, vid. Richard A. Mazzara (1963:323-327).

“salvajes” o extra-legales¹³⁴, penetrando este mundo desde su visión en el *punto cero*. La estructuración anecdótica del relato de *El Lazarillo* no es, por consiguiente, un hecho ni formal ni lúdico, como gran parte de la crítica lo juzgó de la obra¹³⁵. Haciendo uso de la anécdota como herramienta para describir a este grupo social, Carrió escribirá *contra* las prácticas cotidianas de los sujetos que habitan los parajes tucumanos, la jauja de la abundancia y el derroche del virreinato peruano. Con la metodología de la anécdota, la ficcionalidad del relato en *El Lazarillo*, como diría Said¹³⁶, *productivizará* la ideología colonializante del eurocentrismo que presenta la obra. Desde este punto, podemos develar las estrategias que construyen ideológicamente sus descripciones y los “tipos” de sujetos.

b. Recolonización interna: un proyecto para el Tucumán

Por debajo de estas jocosas anécdotas, Carrió buscará empatizar sus ideas con un ilustrado lector, introduciéndolo con ellas al verdadero objetivo en este nivel discursivo: la penetración o recolonización de los extensos territorios habitados por los gauderios. La metodología de la anécdota es, en este sentido, una primera penetración discursiva al territorio que debe ser recolonizado. Habiendo establecido, a partir de esta anecdótica mirada, la imagen de los gauderios, Carrió se atreverá a depurar sus ideas en un plan mayor. Como hemos visto, los primeros pasos ya han sido dados: enumerar y describir las cuitas administrativas, la abundancia de recursos malgastados y quiénes son los que cometen

¹³⁴ Cfr. Madaline W. Nichols (1941:417)

¹³⁵ Vid. Carilla (1973, 1975, 1976), Delgado (2002: 93-105), Mazzara (1963:323-327), Gómez Tabanera (1983:179-220), entre otros.

¹³⁶ Cfr. Said (2006:37).

semejante derroche. El segundo paso a seguir será el siguiente: diseñar qué se podría hacer con algunos de estos recursos materiales y humanos que están ahí, esperando una mano ordenadora y racionalizadora. A través de su observación de enormes despoblados y un bajísimo número de habitantes en las provincias visitadas, Carrió comenzará con sus propuestas para remediar la ruina que amenaza al Tucumán:

Esta gente [los gauderios], que compone la mayor parte del Tucumán, fuera la más feliz del mundo si sus costumbres se arreglaran a los preceptos evangélicos, porque el país es delicioso por su temperamento, y así la tierra produce cuantos frutos la siembran, a costa de poco trabajo. Es tan abundante de madera para fabricar viviendas cómodas, que pudieran alojarse en ellas los dos mayores reinos de la Europa, con tierras útiles para su subsistencia. Solamente les falta piedra para fuertes edificios, mares y puertos para sus comercios, en distancias proporcionadas, para costear la conducción de sus efectos; pero la falta mayor es la de colonos, porque una provincia tan dilatada y fértil apenas tiene cien mil habitantes, según el cómputo de los que más entienden [...] Cien mil habitantes en tierras fértiles componen veinte mil vecinos de a cinco personas, de que se podían formar 200 pueblos numerosos de a cien vecinos, con 500 almas cada uno, y en pocos años se podrían formar multitud de pueblos cercanos a los caudalosos ríos que hay desde el Carcañal hasta Jujuy.¹³⁷

Varios de los elementos que contiene este párrafo nos resultan familiares en el pensamiento de Carrió, como por ejemplo la extrapolación de los preceptos cristianos hacia los niveles de la disciplina social. A esto se suma otro elemento: los escasos colonos, así como la abundancia de frutos y recursos sin explotar en la región, reaparecen aquí con el objetivo de enmarcar un proyecto de repoblamiento en el que cabrían “los dos mayores reinos de la Europa”. En este plan, los colonos del Tucumán que, en su gran mayoría, son gauderios, no forman parte del verdadero propósito de Carrió. Como a continuación veremos, esta expresión acerca de la amplitud de la provincia tucumana, no es sólo una comparación hiperbólica de las capacidades comerciales del Tucumán. Junto con su deseo de ordenación racional y simétrica del insuficiente número de colonos, siguiendo las pautas sistémicas del borbonismo, el visitador profundizará en otros términos la comparación que acabamos de

¹³⁷ Carrió (1973:253)

referir. Ésta servirá para proponer la llegada de nuevos colonos, tanto españoles como extra-peninsulares, quienes tendrán por finalidad extraer el usufructo que los criollos no son capaces producir¹³⁸. Desde esta idea de repoblamiento, Carrió esbozará el siguiente plan:

Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia, tuvieran perfecto conocimiento de este país, abandonarían el suyo y se trasladarían a él: el cántabro español, de buena gana; el lusitano, en *boahora*, y el francés *très volontiers*, con tal que el Gran Carlos, nuestro monarca, les costeara el viaje con los instrumentos de la labor del campo y se les diera por cuenta de su real erario una ayuda de costas, que sería muy corta, para comprar cada familia dos yuntas de bueyes, un par de vacas y dos jumentos, señalándoles tierras para la labranza y pastos de ganados bajo de unos límites estrechos y proporcionados a su familia, para que trabajasen bien, y no como actualmente sucede, que un solo hacendado tiene doce leguas de circunferencia, no pudiendo trabajar con su familia dos, de que resulta, como lo he visto prácticamente, que alojándose en los términos de su hacienda, una o dos familias cortas se acomodan en unos estrechos ranchos, que fabrican de la mañana a la noche, y una corta ramada para defenderse de los rigores del sol, y preguntándoles que por qué no hacían casas más cómodas y desahogadas, respecto de tener abundantes maderas, respondieron que porque no los echasen del sitio o hiciesen pagar un crecido arrendamiento cada año, de cuatro a seis pesos; para esta gente, inasequible, pues aunque vendan algunos pollos, huevos o corderos a algún pasajero, no les alcanza su valor para proveerse de aquel vestuario que no fabrican sus mujeres, y para zapatos y alguna yerba del Paraguay, que beben en agua hirviendo, sin azúcar, por gran regalo.¹³⁹

Este fragmento puede ser dividido en dos partes. Por un lado, tenemos la configuración utópica de lo que para Carrió es necesario hacer con el territorio tucumano. En esta utopía, españoles, portugueses y franceses ocupan la principal plaza de su planificación recolonizadora. Las medidas de subvención de esta ocupación, piensa el funcionario, deben provenir del Estado metropolitano de Carlos III, el que armará y ubicará las piezas humanas que explotarán los recursos de la tierra. En la otra parte del fragmento, tenemos un presente

¹³⁸ A diferencia del Tucumán, según Jean Piel (1989:301 y ss.), las provincias como Buenos Aires ya poseían, hacia finales del siglo XVIII, una importante población de inmigrantes europeos, ya sea españoles o de otras naciones. Por este motivo, el Tucumán, Salta y Jujuy –el “Norte”– serán vistos por Carrió como lugares marginales, los cuales necesitarían la inmigración “productiva” europea.

¹³⁹ Carrió (1973:254-255)

anómalo y de perjudiciales falencias, el cual constituye aquello que merece una reforma. En ese arruinado presente están los colonos y gauderios tucumanos, quienes no poseen la propiedad de una tierra que parece pertenecer exclusivamente a los hacendados criollos¹⁴⁰. No obstante, esta cruda evaluación de Carrió sobre el presente tucumano no forma parte de una solución. Es decir, el visitador no replanifica el desorden que existe en su presente, sino que sobrepone su utopía recolonizadora para la provincia. El distópico Tucumán debe transformarse en una especie de Sinapia europea, que desconocerá (aunque no totalmente) la capacidad de “redención” de los antiguos colonos. Puesto que, como señala el funcionario sobre los criollos, “estos así están contentos, pero inútiles al Estado, porque no se aumentan por medio de los casamientos ni tienen otro pie fijo y determinado para formar poblaciones capaces de resistir cualquier invasión de los indios bárbaros”¹⁴¹, estaría absolutamente argumentada la llegada de una mano de obra europea, ordenadora del extenso territorio. Por ello, el verdadero proyecto o plan mayor de Carrió no será el de redistribuir y reordenar a los gauderios como a los colonos europeos, sino el de comenzar a encajonar, con esta renovadora colonización, el libre tránsito de aquellos “perjudiciales” sujetos.

Esta idea de estrechamiento territorial de los gauderios será, para el visitador, la condición necesaria que permitirá cumplir su proyecto para el Tucumán¹⁴². El proceso de la configuración anecdótica de los gauderios, la evaluación de su barbarie y su marginalización del proyecto de recolonización interna, llegan a un último punto de resolución. A la pregunta sobre qué se debe hacer con estos hombres inútiles al Estado, que sólo tienen por satisfacción

¹⁴⁰ Jovellanos también criticará en su *Ley Agraria* (1792) las extensas haciendas que poseen los terratenientes no dan pie alguno para equilibrar el desbalance entre estos y los pobres colonos que el visitador entrevista. Para Jovellanos no bastarán los caminos que Carlos III mandó construir por lo lugares más inaccesibles de la península, si los campesinos no son dueños de la tierra que labran. Para Carrió (1973:287) tampoco estas obras viales serán significativas en el virreinato peruano, como lo afirma cuando presencia el puente de Chuquisaca, al iniciar la primera parte de su itinerario: “La idea de este puente fue buena, pero no se pudo perfeccionar en un reino y provincia abundante de plata, pero escasa de colonos y frutos”. Sin embargo, Chuquisaca no es un pueblo castellano, allí hay abundantísimo oro y, por lo tanto, una inevitable población flotante. Ni Chuquisaca es el dilatado Tucumán: aquí hay frutos y, por consiguiente, posibilidades de situar una población fija que, por el momento, no ha sido posible sujetar por su errabunda forma de vivir.

¹⁴¹ Carrió (1973:257)

¹⁴² Según estudia Pratt (1997:70-71), el cercado de la propiedad agrícola y la racionalización de la producción en nuevas escalas, será una de las intervenciones más notables del siglo, tanto en América como en Europa.

comer carne a destajo, beber sus alojas y yerba mate, jugar el “truco”¹⁴³, cantar sus “horrorosas” coplas y vagabundear libremente por la campiña, el visitador tendrá una respuesta certera y planificada. Para él, está claro que seguirá allí el espacio de los montes y las grandes pampas¹⁴⁴ por donde los gauderios pueden proseguir con su *gaudeamus*, al igual que el peligro fronterizo que amenaza a cualquier proyecto de reordenación. Este peligro tras los montes, es la presencia de los indios salvajes que, constantemente, merodean por la provincia. La contención del avance de los indios chaqueños, será el proyecto de Carrió para los gauderios, con el fin de que sirvan a la defensa de su europeizada Sinapia tucumana. De este modo, no sólo se estrechará el espacio territorial de los indios, sino que también se hará posible la sujeción de estos criollos:

A éstos [los indios del Chaco] jamás se conquistarán con campañas anuales, porque un ejército volante de dos a tres mil hombres no hará más que retirar a los indios de un corto espacio del Chaco, y si dejan algunos destacamentos, que precisamente serán cortos, los exponen a ser víctimas de la multitud de indios, que se opondrán a lo menos cincuenta contra uno. Para la reducción de éstos no hay otro arbitrio que el de que se multipliquen nuestras poblaciones por medio de los casamientos, sujetando a los vagantes a territorios estrechos y sólo capaces de mantenerlos con abundancia, con los correspondientes ganados, obligando a los hacendados de dilatado territorio a que admitan colonos perpetuos hasta cierto número, con una corta pensión los primeros diez años, y que en lo sucesivo paguen alguna cosa más, con proporción a los intereses que reportaren de la calidad de las tierras y más o menos industria, aunque creo sería más acertado como sucede en algunas provincias de la Europa, el que estos colonos pagasen sus censos en las especies que cogiesen de la misma tierra, como trigo, ganado, en vacas o novillos, carneros, gallinas, etc., para que unos y otros

¹⁴³ El “truco” es un juego practicado por los gauderios o gauchos, con bastantes similitudes con el del billar. Se juega en una mesa con tablillas (barandas), troneras (buchacas) y otros implementos. Consiste, en una de sus variantes (truco bajo), en echar con la bola propia la del contrario por sobre la baranda.

¹⁴⁴ Vázquez de Espinosa (1969:426) describe de la siguiente manera el espacio pampino de Tucumán: “Hay en esta tierra grandes llanadas, que llaman pampas, que se pierden de vista y hacen horizontes redondos como en la mar, y a los montes llaman islas, los cuales tienen por guías por no perderse en tan grandes llanadas [...]”. Estas pampas como mares y estos montes como islas, son la metáfora de la “perdición” de la pampa tucumana, habitada por estos “perdidos” gauderios que el visitador construye. A estas imágenes de la pampa, Vázquez de Espinosa (1969:446) también planteará la idea de penetración y sujeción de los habitantes indígenas del Tucumán, para extraer las riquezas de su tierra: “La ciudad de Salta o Lerma, está entre Xuxuy y Esteco, la cual es de pocos vecinos, aunque rica en tierras fértiles y hermosos valles, abundantes de aguas en cuya comarca está también el valle de Calchaquí, pueblos de Casabindo, Sococha, Cochınca, Moreta y la nación de los Apamatás y otras grandes provincias de gentiles, que si los pocos españoles tuvieran posible para conquistarlas y reducir las, con que se aseguraba el paso de los que van del Piru a aquel reino, fuera de grande importancia, y aun se había de poner calor en ello, y encargar más aquella población, haciendo mercedes a los que fuesen a ella con que se reducirían aquellas naciones a la fe, y sería la tierra muy rica”.

procurasen aumentar estas especies y alimentarse mejor, y sacar de sus sobrantes para pagar el vestido.¹⁴⁵

El deseo de que estos vagantes colonos se arreglasen a los “preceptos evangélicos” tendrá como fin el casamiento, la sujeción a una unidad familiar que servirá de escudo humano o freno contra las arremetidas de los indios chaqueños. Esta solución para los gauderios no es del todo integradora. Sólo apuesta por una “conversión” de la barbarie en civilización en la medida que tal conversión sea funcional a la explotación por parte del Estado. Tampoco volverá a insistir en la división de la tierra de los grandes hacendados, sino en situar en ellas un número a definir de inquilinos que pagarán su tributo después de diez años, como en algunos lugares de Europa. Casamientos e inquilinaje¹⁴⁶ parecen ser las soluciones más prácticas y rápidas para asentar y amarrar a los gauderios, formando una milicia civil en auxilio del débil contingente militar, así como un sistema agrario forzado que tendrá gran éxito para las oligarquías de los futuros siglos XIX y XX.

Lo que antes era una idea no muy detallada, acerca de la mano de obra europea, ahora se torna una estructura de formas más precisas, calculadas y depuradas. Esos sujetos parasitarios que “no tienen otra providencia que la de un trozo grande de carne bajo de su ramada”¹⁴⁷, serán las piezas que el visitador deseará mover hacia un nuevo proceso de colonialidad. Para este itinerante de profesión, los itinerantes de oficio deberán ser descritos, primero, y luego proscritos a los límites de la provincia. Sólo así, el primer cuadro de castas estará íntegramente completo, delineado, dispuesto para ser reconocido y ubicado en el lugar que corresponde a los de su condición: el resguardo del límite de la hacienda real y particular, la defensa de la Sinapia europea en el Tucumán rediseñado por Carrió. Una utopía que

¹⁴⁵ Carrió (1973:257-258)

¹⁴⁶ Incluso en su anterior estadía en Salta, Carrió (1973:214) ya había realizado una preliminar propuesta acerca del pago del peonaje y cómo habría que sujetarlos para que no desaprovecharan su sueldo en diversiones ilícitas: “[...] señalarles una tienda, a donde concurren con sus mujeres y familia, y cada uno saca lo que necesita en lienzo, lana o seda, entregándoles en plata una corta parte para pagar el sastre y correr algún gallo, como ellos dicen y que se reduce a comer, bailar y cantar al son de sus destempladas liras”.

¹⁴⁷ Carrió (1973:258)

poseerá una demarcación precisa, habitantes claramente identificables y vagabundos reformados para la milicia que enfrentará a sus enemigos, los indios chaqueños.

Si los gauderios tienen alguna posibilidad de “redención” y relativa inclusión dentro de una sociedad fronteriza como la tucumana, es porque la derrota y exterminio de los indios chaqueños deben ser el trofeo que corone el proyecto de Carrió. Por este motivo, la idea de Jerónimo Matorras, gobernador del Tucumán, acerca de utilizar en el repoblamiento de algunas ciudades un importante número de indios chaqueños sometidos o “civilizados”, no será del agrado de Carrió¹⁴⁸. Ni los indios del Chaco, ni otros indios, participarán como agentes de su modelo recolonizador. Dentro de este proyecto del visitador, los indios poseerán una escasa o nula posibilidad de ser posicionados activamente en el tablero social, convirtiéndose en los “objetos” de tal proceso. Sin embargo, los indios no parecen del todo derrotados en este juego: los gauderios, como peones que han de ser en esta estrategia, no van hacia adelante engullendo ordenadamente las cuadrículas o palmos de la tierra tucumana. Por ello, para que la recolonización o reaprovechamiento metropolitanos de estos espacios económicos y sociales sea efectiva, los indios tienen que ser -si se nos permite la metáfora con el juego gauchesco del “truco”¹⁴⁹- la bola despedida fuera de la barandilla, del límite, a fin de no estorbar aquellos procesos que el visitador ya ha diseñado para el Tucumán.

Tal como lo hemos analizado, los gauderios necesitan imperiosamente ser reformado en sus costumbres y forma de vida, según el visitador. Sólo así, las propuestas tucumanas del funcionario de postas y correos, pueden hacer posible su idea de recolonización y explotación de recursos para la metrópoli española. Desde su configuración anecdótica como holgazanes, licenciosos, bebedores y principales culpables del derroche de recursos en la provincia, este grupo de mujeres y hombres que deambulan sin rumbo fijo por las pampas y montes

¹⁴⁸ La idea de Jerónimo Matorras para la recolonización de algunos pueblos del Tucumán, es apoyada por visitador, aunque no así los agentes de tal procedimiento. Para él, los europeos católicos son los únicos candidatos posibles: “Extraordinario servicio [la idea de Matorras] si pudiera conducir colonos de la Flandes y cantones católicos” (Carrió 1974:176).

¹⁴⁹ Vid. nota al pie 143.

tucumanos, son parte de un proyecto que busca “crear un hombre” distinto al salvaje¹⁵⁰, con una funcionalidad apropiada a los intereses del Estado. Sin embargo, esta utilización del gauderio no es otra cosa que un medio para conseguir su marginalización de la sociedad virreinal, para la cual el visitador desea una nueva dinámica recolonizadora proveniente de Europa. El aprovechamiento metropolitano de los gauderios y, como veremos, también de los indios, deberán sostener los bastidores imperiales como un recurso más, dentro de los tantos que se malgastan en el Virreinato del Perú.

Con este conjunto de sujetos fronterizos, caracterizados a partir de las numerosas anécdotas en lo absoluto ingenuas, paulatinamente el visitador se abrirá paso hacia otro grupo clave. La mirada crítica de Carrió sobre el mundo indígena desnudará, en otro plano discursivo, el cruce ideológico entre ilustración y colonialismo. En este plano distinto, los indios poseerán, a diferencia de los gauderios, el peso de una historia que ha sido intencionadamente mal interpretada por las plumas europeas extra-peninsulares. Carrió dedicará varios capítulos de *El Lazarillo* a la discusión contra la “leyenda negra” de la conquista y colonización española. Con este objetivo, intentará redelinear la memoria indígena a través de su “anécdota” más importante y que cruza toda la obra: la invención de un autor que extraerá sus memorias del itinerario, el “indio” Concolorcorvo. Este supuesto autor y extractor natural del Cuzco, también integrará su voz dentro de la narración, complejizando el relato del itinerario y asumiendo un papel subordinado y laudatorio del discurso político del visitador contra los indígenas. Con esta invención, Carrió pretenderá, finalmente, publicar la derrota asumida por los indios y el reconocimiento de la legítima supremacía política y cultural española sobre sus colonizados. De este modo, el funcionario no sólo se situará en el *punto cero* del panóptico crítico ilustrado, sino que además buscará que su propio objeto de colonialidad, en este caso Concolorcorvo, lo señale como una coordenada objetiva y superior. Por este motivo, el siguiente y último capítulo de nuestra tesis, el cual analizará la postura ideológica de Carrió frente al mundo de los indios del virreinato peruano, requiere comenzar

¹⁵⁰David J. Weber (2005:91 y ss.) llama a este objetivo la “ciencia de crear a un hombre”, la que tiene como principal misión la recomposición de los indios en el sistema religioso español, llevada a cabo en el siglo XVIII por los misioneros de las distintas órdenes, especialmente la jesuita y franciscana.

con un estudio sobre la estratégica invención de Concolorcorvo y su papel en el discurso relegitimador de la colonialidad.

Capítulo 5

La invención de Concolorcorvo y el “Diálogo” del Cuzco

a. La invención de Concolorcorvo: un etnocidio textual

La invención de Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, es probablemente una de las grandes problemáticas que plantea la obra¹⁵¹. La figura del amanuense del visitador, estará situada en la rompiente misma del embate discursivo colonialista e ilustrado de Carrió, donde servirá como cohorte y testafarro ideológico de la legitimación de la acción colonizadora que establece *El Lazarillo*. Concolorcorvo será configurado por Carrió como un narrador “fantasmal”, en la medida que su voz se irá

¹⁵¹ La pregunta acerca de quién sería su autor real, mantuvo ocupados la mayor parte del tiempo a sus primeros estudiosos, pertenecientes a la disciplina filológica. ¿Por qué este encubrimiento autorial de Carrió?, se preguntarán ellos. Diversos estudios tratarán de explicar el origen de esta compleja “chanza”, compendiados en los trabajos de José J. Real Díaz (1959) y de Emilio Carilla (1973, 1976). Por ejemplo, Real Díaz hurgará en la correspondencia entre el Carrió y sus amistades. Allí encontraremos explicaciones del mismo visitador, extremadamente simples, como probables motivos de esta mascarada (Real Díaz 1959:271). Ni Carilla ni Real Díaz crearán en esta explicación dada por Carrió, como tampoco Marcel Bataillon (1960:8). Sin embargo, el principal motivo que estos críticos descubrirán estará relacionado con las críticas de Carrió a otro funcionario de correos, por entrar “ciegamente en el Reyno de Santa Fe” sin conocer los territorios, como señala abiertamente en la carta. Este funcionario será José de Pando, administrador de correos del Virreinato del Perú y autoridad directa del visitador. Esta pelea entre funcionarios queda bastante documentada en el artículo introductorio de Real Díaz (1959), transformándose en la solución del conflicto que provocaría tal encubrimiento, según los filólogos mencionados. Si bien esto podría ser perfectamente cierto, no es excluyente de otras “verdades” que podemos encontrar al indagar sobre el porqué de la invención de Concolorcorvo, un indio de carne y hueso y “natural del Cuzco”. Desde nuestro punto de vista, como se verá en el desarrollo de este capítulo, la existencia como extractor/ autor y narrador protagonista de Concolorcorvo iría más allá de lo simplemente curioso. Sobrepasará el alegato personal de Carrió contra ciertos funcionarios, puesto que su aparición será una estrategia para relegitimar la situación colonial americana a partir de los diálogos entre el colonizador (el visitador) y el colonizado (Concolorcorvo).

confundiendo, gradualmente, con la voz y las ideas hegemónicas del funcionario. Mediante este proceso de “confusión de voces”, como indica Susana Zanetti¹⁵², podremos apreciar su testimonio narrativo como el testimonio de la pérdida de la memoria sobre el mundo indígena. Con ello, Carrió llegará al punto máximo de su proyecto de renovación de la colonialidad andina: la colonización del discurso y memoria del indio, a través de esta invención autorial.

El problema de esta “confusión de voces”, ha devenido en un desafío para la lectura crítica del texto. Este desafío se plantea en el título mismo: *El Lazarillo* sería un extracto de las memorias que dejó Alonso Carrió de la Vandra de su viaje realizado desde Buenos Aires a Lima, escrito por Concolorcorvo. Esta calidad de “extracto” que caracteriza al texto, le otorga un rasgo de hibridez que imposibilitaría saber a quién pertenece la “voz” enunciativa, o bien, cuáles son los límites escriturales entre el autor de las memorias y el extractor de ellas. No sabemos, dentro de este marco ficcional, cuando este extractor elige ciertos pasajes, copia idénticamente otros o simplemente comenta lo ya escrito en esas memorias. En algunos casos puntuales veremos que ambas voces se hacen distinguibles una de la otra, aunque en la mayor parte esta “confusión” se ampara en un reiterativo uso impersonal de la narración, o bien, en el cambio de narrador sin previo aviso. Lo que a simple vista parece un casi imposible desafío narratológico, para nosotros será, como veremos, una prueba crucial del curso ideológico que sigue la escritura del texto.

De esta forma, la invención de la figura del amanuense Concolorcorvo, como extractor de las memorias y autor material del texto, generará una “tensión enunciativa”¹⁵³, en la cual aparentemente dos manos, correspondientes al visitador y Concolorcorvo, se encargarían de levantar la compleja textualidad que representa esta obra. El enlace entre las voces que encontramos en esta narración estructuralmente heterogénea, convergerá hacia un tipo de discurso colonialista que se mezclará con el racionalismo ilustrado europeo y los intereses borbónicos, tal como lo hemos comprobado en el curso de los capítulos anteriores y esperamos profundizar aún más en éste. A partir de esta ideología colonialista e ilustrada, la voz narrativa a cargo de Concolorcorvo, será utilizada para comprobar empíricamente, a

¹⁵² Cfr. Zanetti (1999).

¹⁵³ Zanetti (1999:255).

través de un “indio” (que a veces declara ser “cholo”), los beneficios de la colonización española en América y el Perú, defendiéndola de las acusaciones que contra ella se lanzan desde Europa. Con estos antecedentes, el texto no sólo portará una ambigüedad en el tratamiento de su narración, sino también desde las perspectivas ideológicas e identitarias que lo componen y que alcanzan su cenit con la configuración del sujeto Concolorcorvo. Meléndez explica esta tensión identitaria de Concolorcorvo de la siguiente manera:

En el contexto de *El Lazarillo de ciegos caminantes* Concolorcorvo simboliza contradictoriamente estabilidad, diversidad e inestabilidad. Estabilidad en las ocasiones en que su voz es manipulada por el autor para de ese modo juzgar a los grupos subalternos y crear consciencia que éstos no encajan dentro de los parámetros del orden colonial. Su postura sobre el Inca Garcilaso, los indios serranos y la práctica de la sodomía, entre otros, ilustran claramente este aspecto. Sin embargo, en términos étnicos y raciales el narrador indígena sufre una transformación que se desprende desde la página titular y culmina en los capítulos finales de la obra. En la página titular se presenta como “Inca, natural del Cuzco”, luego alude a sí mismo como “cholo”, pasa a llamarse “indio neto” e inmediatamente “mestizo”. Su acompañante luego lo asocia con un “moro”, lo llama “pigmeo” y al final alude a sus “manos de carbonero”. La progresión que se percibe va de un color de piel más claro a uno más oscuro lo que subraya la manera en que va descendiendo en escala social. Esta transformación genera duda en el lector quien se ve forzado/a a preguntarse ¿quién es Concolorcorvo? ¿A qué apunta esta metamorfosis de tipo racial y étnica?¹⁵⁴

Ciertamente, como escribe Meléndez, Concolorcorvo se declarará “cholo” y “descendiente de sangre real, por línea tan recta como la del arco iris”¹⁵⁵, del mismo modo que antes había especificado ser “indio neto”¹⁵⁶. Meléndez propone un acercamiento fundamental a la figura de Concolorcorvo que simbolizaría contradictoriamente estabilidad, diversidad y inestabilidad, según los distintos momentos y perspectivas críticas del relato. La

¹⁵⁴ Meléndez (1999:79-80)

¹⁵⁵ Carrió (1973:100)

¹⁵⁶ La reseña en la construcción identitaria de Concolorcorvo al mestizo, que exhibe sus prendas reales indígenas y la autoironía con respecto a ellas, tienen como una referencia a las numerosas probanzas de linaje que algunos cronistas mestizos señalan en los prólogos a sus obras. Uno de los casos más emblemáticos será el del Inca Garcilaso de la Vega en la *Segunda parte de sus Comentarios Reales de los Incas* o en los *Diálogos de amor de León Hebreo*, quien enfatizará su descendencia noble por lado paterno y materno, cuestión que Meléndez refiere acá y profundizará en otro artículo. Vid. Meléndez (1994:209-219).

estabilidad, en nuestro caso, ya la hemos analizado en el capítulo anterior cuando el texto practica una suerte de etnografía sobre los gauderios. En él, las voces del visitador y el amanuense se hacen indistinguibles, uniformes y totalistas, sin dar pasos en falsos ni opiniones contradictorias. La diversidad, inevitablemente, será el antecedente seguro de la inestabilidad: Concolorcorvo es, textualmente hablando, un sujeto multi-étnico y, por consiguiente, “difuso” o inestable, lo cual será tomado con desconfianza por el visitador en un pasaje postrero de la obra:

Iba a insertar, o como dicen los vulgares españoles, a ensartar, en compendio, todo lo sustancial sobre la conquista de los españoles en las Américas, pero el visitador, que ya tenía conocido mi genio difuso, me atajó más de setecientos pliegos que había escrito en defensa de los españoles y honor de los indios cozqueños, por parecerle asunto impertinente a un diarista, y asimismo me previno no me excediese en los elogios de mi patria, por hallarme incapaz de desempeñarlo con todo el aire y energía que merece un lugar que fue corte principal de los Incas, mis antepasados, y el más estimado de los españoles conquistadores y principales pobladores.¹⁵⁷

Al contrario de lo que ocurría con los cuadros de castas y mestizajes¹⁵⁸, las definiciones identitarias de Concolorcorvo serán como las desordenadas pinceladas de un autorretrato étnico “difuso”, el que influirá directamente en su producción como escritor, a pesar de ser un apologista de la dominación española. La diversidad e inestabilidad identitaria del secretario será controlada por el visitador, quien inspecciona desconfiadamente y señala los límites de su escritura de simple “diarista”, puesto que esta defensa de la conquista tiene que tener una base racional y lógica para la cual ni un “cholo”, “indio”, “pigmeo” o “mestizo” estará preparado por su “genio difuso”. Asimismo, hacia el final del texto, Concolorcorvo y el visitador ayudarán a dibujar el retrato del primero por antonomasia al de un español amigo y colega del visitador. En él veremos el proceso de “negritud” por el que el secretario pasará a ser descrito físicamente y que profundizan aún más su inestabilidad étnica e identitaria:

¹⁵⁷ Carrió (1973:334)

¹⁵⁸ Garavaglia-Marchena (2005:36)

El señor don Ignacio Fernández de la Ceval es, puntos más o menos, tan alto como yo, que mido tres varas, a saber: vara y media por delante y otro tanto por detrás. Confieso que su pelo es más fino que el mío, pero no tan poblado. En el color somos opuestos, porque el mío es de cuervo y el suyo es de cisne. Sus ojos algo dormidos son diferentes de los míos, que se parecen a los del gavilán [...] Su boca es rasgada de oreja a oreja, y la mía, aunque no es tan dilatada, se adorna en ambos labios de una jeta tan buena, que puede competir con la del rey de Monicongo. Su talento no se puede comparar con el mío, porque no tengo alguno, y don Ignacio es muy *clarivoyante* [...].¹⁵⁹

La ironía sobre la baja estatura de Concolorcorvo, el pelo grueso, el color de piel oscuro frente a la albura de cisne del amigo del funcionario, sus ojos de ave de rapiña, su boca de negro, se resumirá en su ser sin “talento alguno”. Todos estos adjetivos puestos aquí y de esa manera en la voz del amanuense, destilan un racismo en su propia configuración, sobrepujado por los constantes comentarios del visitador sobre su persona. De indio o cholo, ha pasado a ser pariente cercano de los negros que el visitador tanto aborrece¹⁶⁰. Esta metamorfosis constante sufrida por Concolorcorvo en el texto, muestra el aprendizaje que éste ha realizado de sí a partir del canon dado por su maestro. Pero este aprendizaje es el de la confusión total de su ser, de su imposibilidad de convertirse en un ser íntegro, orgánico, completo: puede emular el discurso del visitador, pero jamás llegar a ser como él. Sin embargo, estas tensiones identitarias que descalibran una segura definición, será resuelta finalmente, como era de esperarse, por el mismo visitador. El fragmento que a continuación citaré es, probablemente, el más paradigmático sobre el confuso mapa identitario del “cholo”, “inca” o “indio neto” Concolorcorvo y la violencia de Carrió en la configuración final de esta inestabilidad. Aquí, éste se definirá a partir de lo que el visitador le responde acerca de cómo son los indios y el origen de su nombre:

¹⁵⁹ Carrió (1973:396)

¹⁶⁰ Vid. Capítulo 4, pág. 71, nota al pie 117.

¿Con que nación, le dije, compara Vm. a los indios, así por la configuración de su rostro, color y costumbres? Consigo mismos, respondió el visitador. Casi toda la Nueva España anduve y todo este reino del Perú, y no hallé otra diferencia que la que se encuentra entre los huevos de las gallinas. El que vio un indio se puede hacer juicio que los vio todos, y sólo reparé en las pinturas de sus antepasados los Incas, y aun en Vm. y otros que dicen descender de casa real, más deformidad, y que sus rostros se acercan a los de los moros en narices y boca, aunque aquéllos tienen el color ceniciento y Vms. de ala de cuervo. Por esto mismo, acaso, se me puso el renombre de Concolorcorvo. Sí, señor, me dijo. Pues juro por la batalla de Almansa y por la paz de Nimega, que he de perpetuar en mi casa este apellido, como lo hicieron mis antepasados con el de Carlos, que no es tan sonoro y significativo: ¡*Concolorcorvo!*, es un término retumbante y capaz de atronar un ejército numeroso y de competir con el de Manco-Cápac, que siempre me chocó tanto como el de Miramamolín de Marruecos.¹⁶¹

El bautismo de Concolorcorvo con un sobrenombre dado por Carrió, porta una idea de refundación de lo que serían las identidades indígenas según el visitador. Concolorcorvo es igual que todos los indios, es la sinécdoque de cada uno de ellos: “El que vio un indio se puede hacer juicio que los vio todos”, y por ello se le rebautizará como Concolorcorvo, ya que “vuestras mercedes” tienen el color “de ala de cuervo”. De esta suerte, se convierte en un sujeto estable dentro el grupo de los indios, ya que todos serían igualmente difusos, parecidos a los moros¹⁶². Ese renombre o nuevo bautismo es una estación preliminar del proyecto de Carrió, el cual se esforzará por borrar en Concolorcorvo una memoria del pasado e invisibilizar el presente de la explotación indígena en manos de los colonizadores.

¹⁶¹ Carrió (1973:364-365)

¹⁶² Paradójicamente, si recordamos su nombre original (Calixto Bustamante Carlos Inca), veremos que tampoco sus antepasados indios le darán un significativo asidero étnico indio a su nombre, que sólo en el final recuerda su abolengo como supuesto descendiente inca. Incluso esto será puesto en duda por el visitador, quien refiere que, como Concolorcorvo, también hay otros que dicen descender de casa real, los cuales son aún más deformes y parcialmente parecidos a los moros. A esto agreguemos que uno de sus nombres de pila con el que sus antepasados indios lo bautizan (Carlos) es nombre cristiano, ni más ni menos como el del emperador Carlos I y el de su actual monarca, Carlos III. Además, los juramentos y comparaciones que emite Concolorcorvo, propios de un conocimiento histórico-literario europeo, enfatizan y refuerzan su situación de colonialidad, al imitar expresiones propias del repertorio español ante su maestro, el visitador. Como dato secundario, en la *Historia del Nuevo Mundo* de Bernabé Cobo encontramos que Carlos Inca es hijo del linaje de Cristóbal Paullu-Tupa, hermano menor de Manco Inca –huido a Vilcabamba– y uno de los varios incas encargados de entregar información a los españoles. Éste, como dice Cobo, “tuvo dos hijos legítimos, llamados don Carlos *Inca* y Don Felipe *Manco-Tupa*” (Tomo II, libro duodécimo, 103). Concolorcorvo de esta forma pertenecería, por lo menos ficcionalmente, a una estirpe de traidores.

Comenzará, de este modo, a ser reeducado bajo la sombra del visitador y con su absoluta y sumisa aceptación. La idea de tener un nombre rimbombante le seduce profundamente, sobre todo si alcanza en fuerza a los de Manco-Cápac y Miramamolín de Marruecos, dos nombres míticos del mundo incaico y del musulmán, esos “otros” del visitador. Concolorcorvo se deja llevar ingenuamente por las superficies, por el ruido y efectismo de su apodo. O, como diría Albert Memmi, aceptando ser nombrado por el colonizador para tener la esperanza de existir como un émulo de él, asimilando su cultura para sobrevivir bilingüemente, tensionado por los diferentes sectores que componen su sociedad¹⁶³. El amanuense ha sido convertido en un sonido, tan estruendoso como racista, junto con ser infantilizado por las enseñanzas colonialistas del visitador, que lo llevarán a desear la perpetuación de esta nueva identidad que no respeta su origen étnico.

A través de este proceso identitario, Concolorcorvo transita de ser un narrador a ser narrado por las lecciones del visitador. El discurso de Carrió le entregará un nuevo relato de su memoria, un nuevo presente y un nombre, elementos aceptados por él. En este sentido, su labor como narrador está enmarcada, previamente, por el cerco de esta narración de la cual es objeto, transformándose en una entidad subalterna de ella. Esta narración superior, a cargo del discurso magisterial del visitador, estará imbuida de un paternalismo que encerrará a la figura de Concolorcorvo y, por consiguiente, a la narración que él mismo nos entrega junto con el visitador. Esta invención de una voz “otra”, será solidaria de la narración mayor del colonialismo ilustrado que construye *El Lazarillo*, de sus categorizaciones étnicas y culturales marcadas por el eurocentrismo, las cuales intentarán sellar (para estos sujetos blanco de sus críticas) las fronteras culturales, sociales e históricas del virreinato. El testimonio de Concolorcorvo se convierte en la proyección del deseo del funcionario Alonso Carrió de la Vandera y una propuesta de reforma o destrucción de la identidad étnica tradicional. O, dicho de otro modo, una suerte de *etnocidio textual* cometido por la narración mayor del visitador.

Con la llegada al Cuzco, el visitador y Concolorcorvo construirán lo que será la cumbre más alta del funcionario como ilustrado y apologista del colonialismo español. Si

¹⁶³ Cfr. Memmi (1969:111 y 115)

Tucumán fue el sitio donde anidó, por sobre todo, su discurso sobre los vicios de los habitantes, Cuzco será principalmente el lugar en el que defenderá punto por punto la magnánima tarea colonialista del imperio español, justificándola y defendiéndola “racionalmente” de las críticas que algunos españoles u otros europeos han lanzado en sus publicaciones. La llegada a Cuzco de estos dos caminantes, será el primer gran hito que permitirá al visitador disciplinar la conciencia de Concolorcorvo y manipular su visión acerca de las políticas coloniales españolas. En el fragmento que citamos a continuación, Carrió le mostrará la ciudad a su subalterno, quien no la recuerda por haber salido de ella siendo muy niño:

Luego que llegamos a divisar los techos y torres de la mayor ciudad que en los principios y medios tuvo el gran imperio peruano, se detuvo el visitador y me dijo: “Ahí está la capital de sus antepasados, señor Concolorcorvo, muy mejorada por los españoles”; pero como yo había salido de ella muy niño, no tenía idea fija de sus edificios, entradas y salidas, y solamente me acordé que mi padre vivía en unos cuartos bajos bien estrechos y con un dilatado corralón. Al instante se aparecieron varios amigos del comisionado, y con recíproca alegría y parabienes nos introdujeron en el lugar de mi nacimiento; la nombrada ciudad del Cuzco.¹⁶⁴

El visitador señala un Cuzco que Concolorcorvo conoce o recuerda vagamente. Anunciamos que la invención de Concolorcorvo lo es también de su memoria, por ello el visitador superpone a la visión de una ciudad inca una “muy mejorada por los españoles”; es decir, un Cuzco que ha progresado con la conquista, un Cuzco mejor que el construido y gobernado por los incas, en aquellos años anteriores al desembarco de Tumbes. De su progreso nada puede decir Concolorcorvo: de la ciudad había salido muy niño, poco menos de lo que es ahora para el visitador. Vuelve a un lugar de nacimiento que no recuerda, sin “idea fija” de sus edificaciones, tal vez tan poco fija por su genio “difuso”. Concolorcorvo, como iremos precisando, volverá a nacer a partir de esta llegada: será reeducado nuevamente por las

¹⁶⁴ Carrió (1973:326)

lecciones de quien se convertirá en su maestro, el visitador. En una oportunidad, el visitador en labores de maestro, le exigirá a su alumno que “hable Vm. como español, y olvide el escepticismo general de los indios”¹⁶⁵. La exigencia de Carrió a Concolorcorvo, a que imite su modelo discursivo europeo y olvide las aprensiones supuestamente propias de su etnia, no es otra cosa que un mandato a que borre su memoria o identidad indígena y acepte la del colonizador. Las lecciones del visitador construirán la perspectiva que su amanuense tendrá sobre el mundo de los indios y mestizos, matando al “indio” que le pueda aún sobrevivir. Esto es lo que no nosotros definimos como el *etnocidio textual* del discurso magisterial del visitador.

Estas estrategias discursivas aleccionadoras de Carrió, obligarán a Concolorcorvo a tomar una perspectiva “extranjera” frente a Cuzco, convirtiéndose en un portavoz oficial de la desvalorización del mundo indígena y mestizo serrano del cual proviene, lo que queda en evidencia en aseveraciones como ésta y muchas otras: “Los serranos, hablo de los mestizos, son más hábiles en picardías y ruindades que los de la costa”¹⁶⁶. Esta separación étnica de Concolorcorvo, es el resultado del discurso de Carrió que lo configura como un sujeto racialmente inestable, incierto, pero que logrará cierta estabilidad en la medida que emule al visitador. Exactamente, la estabilidad por la emulación es la que permitirá a Concolorcorvo llevar a cabo el papel o misión para la cual Carrió lo ha inventado: la *suplantación* del indio y mestizo y la legitimación, por esa vía, del discurso colonialista ilustrado. ¿No es acaso ésta una estrategia de legitimación de lo que se dice y dirá sobre los indios, poner a Concolorcorvo como un extractor y narrador subalterno de la obra y simpatizante absoluto de los comentarios del visitador? No hay mayor garantía para el discurso de Carrió que su secretario (a veces “indio” o “cholo”, según convenga) desmitifique y desvalore junto con él ese mundo en el que nació, por más lejano que esté, culturalmente, de su lugar de origen: sigue y seguirá siendo un indio, un cholo o un mestizo el que hable *como* tal y acepte la opinión del visitador¹⁶⁷.

¹⁶⁵ Carrió (1973:362)

¹⁶⁶ Carrió (1973:115)

¹⁶⁷ Sobre este tema (y sin afán de descontextualizar el análisis de la obra), Van Dijk ha evaluado este fenómeno de *suplantación* étnica en algunos intelectuales inmigrantes, que se han convertido en íconos para la derecha estadounidense. Si bien Concolorcorvo no es inmigrante es, de todas formas, un extranjero en los territorios cuzqueños. El siguiente fragmento de Van Dijk (1999:350) sintetiza perfectamente nuestra idea sobre la

Por este motivo, la utilización de Concolorcorvo como pivote ideológico del visitador, también buscará, por otra parte, alejar de responsabilidades a Carrió sobre la totalidad de la materia escrita en *El Lazarillo. Los excursus*, y con ellos las anécdotas, serán declaradas por el amanuense como parte de su ingenio personal, los cuales no guardan una directa relación con el diálogo entre él y el funcionario virreinal. Así, dejará establecido su papel “real” dentro de la confección del texto, todo ello con el fin de obtener mayor credibilidad de que es él, Concolorcorvo, quien también tendrá una opinión desfavorable sobre los caóticos asuntos del virreinato, como el de los gauderios y, más tarde, el de los indios:

Yo me hallo en ánimo de pretender la plaza de perrero de la catedral del Cuzco, para gozar inmunidad eclesiástica y para lo que me servirá de mucho mérito el haber escrito este itinerario, que, aunque en Dios y en conciencia lo formé con ayuda de vecinos, que a ratos ociosos me soplaban a la oreja, y cierto fraile de San Juan de Dios, que me encajó la introducción y latines, tengo a lo menos mucha parte en haber perifrasedado lo que me decía el visitador en pocas palabras. Imitando el estilo de éste, mezclé algunas jocosidades para entretenimiento de los caminantes para quienes particularmente escribí. Me hago cargo de que lo sustancial de mi itinerario se podía reducir a cien hojas en octavo. En menos de la cuarta parte le extractó el visitador, como se puede ver de mi letra en el borrador, que para en su poder, pero este género de relaciones sucintas no instruyen al público, que no ha visto aquellos dilatados países, en que es preciso darse por entendido de lo que en sí contienen, sin faltar a la verdad.¹⁶⁸

construcción de Concolorcorvo: “[...] como sucede con muchos inmigrantes conservadores, se identifican completamente con la civilización occidental y la mayoría blanca dominante, la que, obviamente, no podría tener un portavoz más persuasivo cuando se trata de atacar el multiculturalismo y la acción afirmativa: ¿quién resulta más creíble cuando se ataca a otros que uno de ellos? Tal como puede esperarse, los negros conservadores y otras personas de color en los Estados Unidos son ampliamente ensalzados y promocionados y tienen pleno acceso a los medios y otras instituciones ideológicas, particularmente cuando sirven como “idiotas útiles” y apoyan el consenso dominante de las elites blancas”.

¹⁶⁸ Carrió (1973:116-117)

Concolorcorvo, junto con pretender irónicamente un puesto dentro de la administración colonial, dominada por españoles y criollos, busca sentar su verdadera participación en la obra, aludiendo a la existencia de un borrador en el que se podría verificar su letra. La marca autógrafa es una huella identitaria para el amanuense, la que pareciera ser más estable que su posición étnica. De esta forma, nuevamente nos encontramos frente a un proceso de emulación al colonizador: la búsqueda de una posición dentro del sistema colonial, ridiculizada por su gran parentesco con las peticiones de cargo en las obras picarescas, y la verificación de su identidad a través del aprendizaje colonial de la escritura. Dentro de este juego especular, Carrió intenta dejar claramente establecida la responsabilidad de Concolorcorvo en los “excesos” de la obra. El perifrasedo de éste en torno a los diálogos que ha tenido con aquél, es una modalización de tal emulación. Recordando las concisas palabras de su maestro, ha ampliado sus enseñanzas con el fin de instruir útilmente a sus lectores, acerca del territorio que completa su itinerario. En otras palabras, dentro del marco ficcional, Concolorcorvo actúa como el autor material o jurídico de la casi totalidad textual, lo que lo convierte hipotéticamente en el responsable de que la descripción del itinerario sea mucho más amplia y desborde el canon de un informe de postas. Con ello, Carrió pretende historizar la figura de su amanuense, otorgándole lo que Michel Foucault, y más tarde Roger Chartier, llaman una *función-autor*¹⁶⁹. No obstante, la *función-autor* de Concolorcorvo será, como veremos en el segundo apartado, deconstruida por los “diálogos” que éste sostendrá con el visitador, quien se revelará a través de ellos como el autor intelectual y el artífice de la voz narrativa de su subalterno. Lo que a simple vista desdibujaría las responsabilidades que puedan recaer sobre el visitador, a partir de su intento por historizar a Concolorcorvo, con la

¹⁶⁹ Esta “función-autor” es, según Chartier (1994:62), el resultado de “operaciones específicas y complejas que refieren la inscripción histórica, la unidad y la coherencia de una obra o de un conjunto de obras a la identidad de un sujeto construido”. La conjugación de la multiplicidad de “egos” que, para Foucault (1995:239), distinguirá la escritura literaria de la científica y precisará el campo de acción de dicha “función-autor” en la literatura dieciochesca, también lo apreciamos claramente en *El Lazarillo*, a través de la creación de Concolorcorvo y el visitador, siendo éste último quien encarnará directamente la voz de Carrió y manipulará al personaje del amanuense. Sin embargo, creemos que lo que más interesará a Foucault como a Chartier será la apertura sociológica del campo literario en el siglo de las Luces francés, a través del autor como sujeto jurídico, y no la también compleja red ideológico-discursiva que une la “función-autor” con los mecanismos narratológicos de la obra. Este último punto es el que nos interesa de esta “función-autor”, el que relaciona nuestro enfoque con la propuesta sociocrítica de Edmond Cros (1994:221): “Asimismo, mientras que el enfoque sociológico se interesa en el *fuera de texto* o en el *ante-texto*, la sociocrítica, sin desdeñar lo que existe antes y después de la escritura, considera que este *antes* o *fuera* se desconstruye en el texto según modalidades específicas que revelan –y en esto la sociocrítica supera los límites de la semiótica inmanente- condiciones sociohistóricas determinadas”.

llegada a Cuzco quedarán al desnudo las estrategias del funcionario para manipular el discurso de su secretario.

Así comienza para nosotros este “diálogo” del Cuzco. A diferencia del primer “diálogo” de la historia colonial, que tiene como protagonistas a Atahualpa, Pizarro y el cura Valverde en Cajamarca, éste tiene dos interlocutores validados por un código perfectamente inteligible entre ambos, por el cual se entenderán solidariamente. Uno, el visitador, cumplirá la función de maestro y, el otro, de alumno o escriba de sus enseñanzas: será, si se prefiere, una nueva versión colonialista e ilustrada de la vieja mayéutica socrática. En este escenario, ¿habrá, entonces, un *verdadero* diálogo? Creemos que esta pregunta ha sido parcialmente respondida en este capítulo, desde uno de sus ángulos fundamentales, como lo es la invención de Concolorcorvo. No obstante, convendrá precisar los momentos en que el visitador adoctrina a su discípulo, con su visión apologética de los hechos coloniales de los españoles en la historia americana. A este proceso de adoctrinamiento, lo hemos denominado como el “diálogo” del Cuzco.

b. El “Diálogo” del Cuzco y sus consensos

Como ya hemos precisado, este estratégico proceso discursivo que construye a la figura de Concolorcorvo, se convertirá en el soporte fundamental desde el cual visitador y amanuense “dialogarán” acerca de los sucesos que han observado y reflexionado a lo largo de su viaje. Una ciudad en especial se convertirá en el principal escenario de ese “diálogo” y el punto de partida para la recolonización o dominación del discurso y la memoria de

Concolorcorvo. Los momentos que componen este “diálogo” de relegitimación colonial entre el visitador y su subalterno, los hemos ordenado en tres puntos relevantes: 1. Contra la “leyenda negra”: defensa de repartimientos y obrajes, 2. Contra la lengua de los indios y 3. La confesión de Concolorcorvo. A partir del arribo a Cuzco, analizaremos uno a uno estos diversos ámbitos de relegitimación de la colonialidad a que el “diálogo” dará curso.

1. Contra la “leyenda negra”: defensa de repartimientos y obrajes

Cuzco¹⁷⁰, la ciudad “mejorada por los españoles”, será la estación en que se practique de manera más radical y explícita el “diálogo” monológico del visitador. Éste será asumido por su secretario, a tal punto que es el mismo Concolorcorvo quien iniciará la revisión de la historia americana desde Colón en adelante. Si antes era la voz narrativa un tanto confusa, en estos momentos se compartimentalizará de manera clara y precisa su uso entre visitador y amanuense. Este fenómeno no resulta extraño, si sabemos que tales objetivos “dialógicos” buscan exhibir el aprendizaje de Concolorcorvo de las lecciones dadas por el maestro. Así como le enseñó la supuesta historia de la corrupción del vocablo maíz, cuyos culpables serían

¹⁷⁰ Una muestra más de la “ignorancia” de Concolorcorvo y el magisterio que el visitador tiene sobre él, puede apreciarse en este fragmento: “Los criollos naturales decimos Cozco. Ignoro si la corruptela será nuestra o de los españoles. El visitador me dijo que los indios habían cooperado mucho a la corrupción de sus voces, y para esto me sacó el ejemplo del maíz, que pidiendo unos soldados de Cortés forraje para sus caballos, y viendo los indios que aquellos prodigiosos animales apetecían la yerba verde, recogieron cantidad de puntas de las plantas que hoy llamamos maíz, y otros, trigo de la tierra, y al tiempo de entregar sus hacecillos dijeron: *Mahi, señor*, que significa: “toma, señor”, de que infirieron los españoles que nombraban aquella planta y su fruto maíz [...]”. Las marcas discursivas que podrían ser identitarias como “nuestra”, tiene para nosotros un valor referencial de la pretendida verosimilitud del relato de Concolorcorvo, sobre los hechos que narrará como verdaderos.

los mismos indios¹⁷¹, también le enseñará (desde su perspectiva) la carta escrita por Colón a Luis de Santángel (1493). A través de una particular lectura, el visitador y Concolorcorvo iniciarán una defensa de los conquistadores españoles. El punto de partida exacto, como se puede apreciar, será el comentario sobre el pasaje que describe la destrucción del fuerte de Navidad, a cargo de los indios caribes:

Colón no hizo otra cosa en aquellas islas que establecer un comercio y buena amistad con los príncipes y vasallos de ellas. Se hicieron varios cambios de unos efectos por otros, sin tiranía alguna, porque al indio le era inútil el oro y le pareció que engañaba al español dándole una libra de este precioso metal por cien libras de fierro en palas, picos y azadones, y otros instrumentos para labrar los campos. Formó Colón un fuertecillo de madera y dejó en él un puñado de hombres para que cultivasen la amistad con los caciques más inmediatos, dejándoles algunos bastimentos y otros efectos para rescatar algunos del país para su cómoda subsistencia hasta su vuelta. Los inmensos trabajos que pasó Colón con todo su equipaje, hasta llegar a España, constan de las historias propias y extrañas. A la vuelta no halló hombre de los que había dejado, porque los indios los sacrificaron a sus manos [...] Los españoles reconocieron la inhumanidad de los indios y desde entonces dio principio la desconfianza que tuvieron de ellos y los trataron como a unos hombres que era preciso contenerlos con alguna especie de rigor y atemorizarlos con algún castigo, aun en faltas leves, para no ser confundidos y arruinados de la multitud. A los piadosos eclesiásticos que destinó el gran Carlos I, Rey de España, les pareció que este trato era inhumano, y por lo mismo escribieron a la corte con *plumas ensangrentadas*, de cuyo contenido se aprovecharon los extranjeros para llenar sus historias de dicterios contra los españoles y primeros conquistadores.¹⁷²

El fragmento que aquí citamos, nos otorga un excelente mirador para analizar en *El Lazarillo* el proceso de “blanqueamiento” de la leyenda negra de la conquista y colonización española en América, así como también un intento por construir una genealogía de la idea de progreso y trabajo entre los españoles. Concolorcorvo aceptará la “inhumanidad” indígena que arranca, según el extracto, de un hecho concreto: la primera y verdadera traición que estos cometieron con los españoles, al asesinar a los embajadores de Navidad. Por otra parte, la traición es inexplicable para Concolorcorvo, puesto que los españoles venían aparentemente a

¹⁷¹ Vid. nota al pie 170.

¹⁷² Carrió (1973:329-330)

comerciar con los indios. En la mirada de ambos personajes sobre este histórico pasaje que inaugura la conquista americana, los españoles juegan un rol de benefactores de los indios, con quienes desean comerciar y, por consiguiente, brindarles progreso y bienestar económico. Por esta razón, a cambio del oro los “astutos” indios recibirían, según Concolorcorvo, herramientas de trabajo para labrar sus tierras. El amanuense, de esta forma, invierte la situación: son los indios quienes creen engañar y dan su oro maliciosamente, en una sorprendente muestra de su rápido aprendizaje económico sobre el valor de cambio; allí donde habían trastos inútiles, como relata Colón¹⁷³, el alumno del visitador coloca palas, picos y azadones, instrumentos útiles para la explotación agrícola no conocida por esos indios. Con una sola suplantación, Concolorcorvo comete tres “falsificaciones” que contradicen las historias de varios humanistas, como Bartolomé de Las Casas¹⁷⁴: indios avaros, españoles bienintencionados y con un alto sentido de la dignidad del trabajo. La intervención o suplantación textual de esta escena es flagrante: las escudillas rotas, cascabeles, bonetes, agujetas y otros objetos inservibles para los españoles, son reemplazadas, en esta visión ilustrada, por las simbólicas indumentarias del trabajo agrario, como palas, picos y azadones.

Como apreciamos, esta intervención textual de la carta a Santángel, hace posible el montaje que reconocerá y acusará a los indios de traidores e inhumanos, por no valorar el esfuerzo civilizatorio español. Por esta razón, es legitimada la sujeción de los indígenas “con

¹⁷³ A continuación transcribimos el pasaje colombino original al que hace referencia e interviene Concolorcorvo: “Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes, convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cosica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos. Yo defendí que no se les diesen cosas tan civiles como pedazos de escudillas rotas, y pedazos de vidrio roto, y cabos de agujetas aunque, cuando ellos esto podían llegar, les parecía haber la mejor joya del mundo [...]Hasta los pedazos de los arcos rotos, de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias”. En: Francisco Morales Padrón (2002)

¹⁷⁴ Cuando Concolorcorvo señala que “piadosos eclesiásticos” escribieron críticamente sobre el actuar de los conquistadores, lo cual fue aprovechado por los extranjeros, explicita su referencia a los textos lascasianos y de sus seguidores europeos del siglo XVIII, en cuales Carrió cree ver la comunión entre la “traición” a España y la “envidia” extranjera: “Estos grandes hombres [los conquistadores españoles] fueron injustamente, y lo son, perseguidos de propios y extraños. A los primeros no quiero llamarlos envidiosos, sino imprudentes, en haber declamado tanto contra unas tiranías que, en realidad, eran imaginarias, dando lugar a los envidiosos extranjeros para que todo el mundo se horrorice de su crueldad”, Carrió (1973:330-331). Esta “envidia” extranjera que acusará Carrió, queda manifiesta en un breve extracto del prefacio de la obra del ilustrado francés Jean-François Marmontel *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou* (1778) : “Jamais l' histoire n' a rien tracé de plus touchant, de plus terrible, que les malheurs du nouveau monde, dans le livre de Las-Casas. Cet apôtre de l' Inde, ce vertueux prélat, ce témoin qu' a rendu célèbre sa sincérité courageuse, compare les indiens à des agneaux, et les espagnols à des tigres, à des loups dévorants, à des lions pressés d' une longue faim [...]”, Marmontel (1895:3).

alguna especie de rigor” y “con algún castigo”. Concolorcorvo utiliza estratégicamente los vocablos “alguna” y “algún”, con el objetivo de atenuar con su imprecisión el concepto de castigo y, con ello, criticar las exageraciones que a su parecer cometieron los curas como de la Rentería y Las Casas, principales difusores de la “leyenda negra” en los inicios del proceso de conquista. Sostiene el amanuense que estos castigos sólo habrían sido efectuados por una cuestión de sobrevivencia y orden, cuyo beneficio iba en directo provecho de españoles e indios. En esta misma línea, si seguimos la lógica de Concolorcorvo y el visitador sobre este tema, la implantación de un sistema colonial, ¿no sería la búsqueda de redención para estos hombres salvajes e irracionales? Sin duda, la lucha de ambos contra la “leyenda negra” se ampara en un argumento redentorista, en el cual los españoles habrían llegado a América para salvar de la infamia a los indios, al enseñar (tal como el visitador a Concolorcorvo) los mecanismos necesarios para la civilización.

Este argumento redentorista, como ya hemos señalado, requiere del montaje inscrito en el fragmento que citamos, es decir, la suplantación textual no sólo de unos objetos por otros, sino de una historia por otra. La apología ilustrada del colonialismo, que instala en lugar de artefactos poco útiles herramientas de trabajo, apuntan a la reescritura de una historia distinta, muy diferente de la que conocemos, con una doble intención: la de des-historizar el proceso original de conquista americana y la de re-historizarlo desde la ideología ilustrada. Con la presencia de esta doble intención, que habita en la frontera de la historia que visitador y amanuense intervienen, parece necesario plantearse brevemente algunas preguntas: ¿Qué arquetipo histórico construirán el visitador y Concolorcorvo? ¿Un sistema lógico, lineal, progresivo, evolutivo, moderno e ilustrado que no dará espacio para la crisis metodológica y epistemológica que portaría cualquier sistema referencial? ¿O una suerte de singularización fenomenológica, al proponer una imagen paradigmática del indio (como antes la del gauderio) como una entidad derrotada que debe caer a los pies de la cultura y sistema de progreso, compleja y dubitativamente planificado por la España borbónica?¹⁷⁵ Pensamos que realizarán

¹⁷⁵ Estas preguntas nacen a partir de las reflexiones de Paul Ricœur sobre pensamiento filosófico e historia. Para Ricœur el discurso filosófico, como sistema de pensamiento, quiebra a la historia en dos modelos de inteligibilidad (estructural y circunstancial) que harán desaparecer la historicidad. Estas son las palabras de Ricœur (1961): “El sistema es el fin de la historia en la medida en que ella se anula en la lógica; también la singularidad es el fin de la historia en tanto toda la historia se niega en ella. Se llega a este resultado,

ambas cosas. La relectura y la posterior intervención de la historia americana desde la colonización temprana, se enfocará a la extinción de *una* historia americana, difundida ampliamente por el horizonte europeo y criticada por otros ilustrados, caracterizada como la “leyenda negra” de la conquista americana. Para ello no sólo bastaría con traer a presencia lo visto en el viaje o relatar lo que han vivenciado en ese mundo presente devastado por criollos, gauderios e indios, sino también construir o inventar a Concolorcorvo (portador de una nueva indianidad), como eje principal de la des-historización de la “leyenda negra”. De esta manera, el amanuense se convierte en el testimonio vivo del fin de *una* historia y la aparición triunfal de un presente que vuelve sobre esa historia para recrearla o re-historizarla bajo otros códigos, los del colonialismo ilustrado.

No obstante, esta historia *escrita a dos manos pero con una sola pluma*, no termina aquí. La idea de que los indios han progresado o han salido de las tinieblas gracias a las conquistas españolas y su alto sentido de la dignificación del trabajo, continuará en otros pasajes del texto de manera más explícita. Repartimientos y obrajes serán defendidos desde esta óptica, en tanto son modelos de trabajo forzoso que permitirán a los indios salir de la miseria. Esta miseria, según el visitador, no es producto de la colonialidad indígena, sino de la subyugación de los indios ante sus monarcas incaicos. Con esta aclaración, iniciará su defensa de estos dos modelos y realzará el beneficio para los indios de este tipo de trabajo. En los siguientes fragmentos, relatará cómo los indios estarían en el presente en mejores condiciones de vida que cuando eran gobernados por los incas:

[...] pero me advirtió [el visitador] que tiempos de sus monarcas y caciques estaban en peor condición los indios, porque aquellos príncipes y señores los tenían reducidos a una servidumbre de mucha fatiga, porque labraban la tierra para su escaso alimento a fuerza de sus brazos y no conocían otras carnes que las de las llamas, vicuñas y alpacas, de cuya lana tejían su vestido. Los españoles sólo quitaron a estos miserables, o a lo menos disminuyeron, sus abominaciones, e introdujeron el útil uso del vacuno, caballar y mular, de las ovejas, herramientas para la labor de los campos y minas, con redes y anzuelos para aprovecharse de

absolutamente paradójico, que está siempre en la frontera de la historia, del fin de la historia, y se comprenden los rasgos generales de la historicidad”, en: Le Goff (1991:22-23).

la producción y regalo de los ríos y playas de mar, con otra infinidad de artificios e instrumentos para trabajar con menos molestias.¹⁷⁶

Y más adelante agregará:

Confesamos que los españoles ocupan un trozo de territorio, el más fecundo para cañaverales y alfalfares, que no necesitaban los indios, pero la mayor parte de este terreno inculto lo han hecho fructífero los españoles, formando acequias y conduciendo aguas de dilatadas distancias, en que se han interesado e interesan mucho los indios jornaleros, de modo que en el beneficio de estas tierras, en quebradas hondas y valles de arena, más ganaron que perdieron los indios.¹⁷⁷

Para el visitador, quien relata “indiscutibles” hechos históricos a Concolorcorvo, los indios han mejorado su condición de miseria, a pesar de desidia naturalizada por el gobierno despótico de los incas. El visitador explicita su idea ilustrada de progreso material, que no es sino una parte substancial del proceso colonial. Según el visitador, a los indios le son entregados animales que no sólo enriquecerán su dieta y mejorarán su salud, también facilitarán su trabajo. Las herramientas para labrar esos campos eriazos, para barretear minas no descubiertas e incrementar la producción pesquera, optimizarán su nivel de vida y la “civilizarán”, dejando atrás una existencia de sufrimiento y explotación bajo sus antiguos monarcas. Todas estas herramientas, sin duda, facilitarán la extracción de una diversidad de recursos, pero ¿para quiénes está destinada la inmensa mayoría de éstos? El sistema de reciprocidad andino ya no existe, por lo menos en la economía colonial oficial, sino un sistema distributivo, del que se encargan los dueños de repartimientos. Estos sujetos serán el principal foco defensivo del visitador. Al describir los progresos técnicos que brindarían “bienestar” a los indios explotados, despojará de su contexto social y productivo el trabajo indígena y ocultará a los directos (o únicos) beneficiarios de esta fuerza de trabajo. Este grupo de sujetos favorecidos por los repartimientos de indios, no hacen otra cosa, para ambos caminantes, que hacer de los territorios yermos “que no necesitaban los indios” espacios

¹⁷⁶ Carrió (1973:363)

¹⁷⁷ Carrió (1973:392-393)

utilizables para el cultivo. Desde esta perspectiva, los españoles no habrían cometido falta alguna, al contrario, han sido los grandes protectores de los jornaleros indígenas.

Esta estrategia ideológica discursiva, que descontextualiza los procesos históricos de explotación y producción, legitimará absolutamente el trabajo forzado como una medida necesaria para el orden público del virreinato. Los corregidores serán descritos como unos sujetos esforzados, que han puesto de pie el comercio entre indios y peninsulares “con el nombre de *repartimiento*, para costearse con las utilidades, y que los indios y otras personas sin caudal ni crédito se habilitasen de lo necesario para la labor de los campos y minas, y vestuario de su persona y familia [...]”¹⁷⁸. El tema de los repartimientos será uno de los temas que el visitador directamente se propondrá defender de la ignominiosa “leyenda negra”. Para éste, los repartimientos son la “primera acusación o imaginada tiranía”, infamia cometida desde Europa por franceses, ingleses e italianos, además de una buena parte de engañados españoles. Estos corregidores serán, según él, un pilar fundamental para mantener el sistema colonial y el orden entre los indios, dado que las deudas con ellos que tenían los últimos les obligaba a trabajar y a no derrochar el dinero en sus “naturales bellaquerías”¹⁷⁹. Así lo expresa el visitador en su diálogo con Concolorcorvo:

Finalmente, señor inca, me atrevo a asegurar que los *repartimientos* con arreglo a arancel son los que mantienen a los indios en sus tierras y hogares. También me atrevo a afirmar que si absolutamente se prohibiera fiar a los indios el vestido, la mula y el fierro para los instrumentos de la labranza, se arruinarían dentro de diez años y se dejarían comer de los piojos, por su genio desidioso e inclinado solamente a la embriaguez. Estoy cansado de oír a algunos sujetos ponderar una provincia y llamarla descansada porque ha pagado el *repartimiento* a los tres años. Esto ha sucedido muchas veces con los indios serranos; pero quisiera preguntar yo: ¿Qué es lo que adelantan estos pueblos en los dos años siguientes? Pensarán acaso que los indios ahorran algún dinero o aumentan algunas yuntas de bueyes o herramientas. Si así lo piensan, están muy engañados, porque en lugar de lograr este beneficio, que resultó de haber doblado el trabajo en los tres años antecedentes, por la actividad del corregidor y sus cobradores, no tienen otro objeto que el de la embriaguez, y para mantenerla venden la mula o vaca, y muchas veces los instrumentos de la labor del

¹⁷⁸ Carrió (1973:346)

¹⁷⁹ Carlos Contreras (2001:93) explica el beneficio final que tendrá este sistema de repartimientos que comienza en el siglo XVII: “Inicialmente, ellos consistieron en el monopolio concedido a estas autoridades [corregidores] para comercializar mercaderías en las provincias a su cargo, pero terminaron confundiendo con un régimen de compras forzadas y a precios mayores a los del mercado, impuestas a la población indígena”.

campo, contentándose solamente con sembrar un poco de maíz y algunas papas, que les sirve de comida y bebida, y asegurar el tributo para que los caciques y gobernadores no los molesten ni pongan en los obrajes, que aborrecen únicamente por el encierro. Al contrario sucede, señor inca, cuando los indios deben al corregidor. Entonces parece cada pueblo un enjambre de abejas, y hasta las mujeres y muchachos pasan a las iglesias hilando la lana y el algodón, para que sus maridos tejan las telas. Todos están en movimiento, y así se percibe la abundancia. El labrador grueso encuentra operarios y el obrajero, el cardón y la chamiza a moderado precio, y así todo lo demás. Los indios son de la calidad de los *mulos*, a quienes aniquilan el sumo trabajo y entorpece y casi imposibilita el demasiado descanso. Para que el indio se conserve con algunos bienes es preciso tenerle en un continuo movimiento, proporcionado a sus fuerzas [...]¹⁸⁰

El repartimiento obliga al trabajo indígena, como señala el visitador, a su progreso y aprendizaje. Los indios no tendrían voluntad alguna ni poseen espíritu de ahorro, son capaces de vender sus animales de trabajo con tal de mantener su ancestral costumbre de emborracharse, y sólo siembran lo justo para que no los pongan en los obrajes, institución que también el visitador defenderá. En el capítulo tercero de esta tesis, habíamos hecho una referencia a la atención que el visitador había puesto sobre algunos recursos no explotados en el Tucumán; uno de los ejemplos era el de las abejas, las cuales eran desperdiciadas por la despreocupación y negligencia de gauderios y colonos¹⁸¹. Por el contrario a lo que ocurre en aquella región, el repartimiento y la deuda de los indios transforma sus pueblos en un “enjambre de abejas”, los aplica al trabajo, los disciplina y ordena. Esto traería notorios beneficios para los agricultores poderosos, quienes encontrarán abaratada la mano de obra, y para los dueños de obrajes, que hallarán sus materias primas a buenos precios. Y todo esto por el endeudamiento de los indios que “son del carácter de los mulos”, según la peyorativa analogía del visitador, por lo que habría que mantenerlos a la rueda de la deuda: si en Tucumán las mulas mantienen el comercio, en el Cuzco y otros pueblos de mayoría indígena contarán con sus “mulos” que soportarán la economía colonial de esta región andina.

Entonces, ¿por qué habría que acabar con los repartimientos en el virreinato? ¿También habría que acabar con las mulas del Tucumán? Como apreciamos claramente, el

¹⁸⁰ Carrió (1973:360-361)

¹⁸¹ Vid. Capítulo 3, pág. 66.

pensamiento colonialista e ilustrado del visitador tiene como objetivo la preservación del repartimiento, a través del endeudamiento que posibilita la sujeción y ordenación, tanto social como comercial, del mundo indígena. El camino que recorre *El Lazarillo* contra la “leyenda negra” del repartimiento, necesariamente deberá tomar la ruta que defenderá a los obrajes. En este siglo XVIII que Manuel Miño Grijalva llama “el siglo de la deuda”¹⁸², los establecimientos de obrajes, en el que se confeccionaban paños y otros textiles, también se amparaban bajo el mismo recurso del débito. Al igual que los repartimientos para el visitador, el obraje poseerá un fin práctico que también beneficiaría a los indios. Sin embargo, serán estos mismos obrajes, cuya forma de trabajo y uso de tecnologías eran absolutamente desconocidas para los indios, los principales culpables del descenso demográfico algunos años más tarde¹⁸³. Para el visitador, la caída de la población no se deberá a los obrajes mismos o a la mita, sino al libertinaje propio de los indios que trabajan en ellos¹⁸⁴ y a la poca fecundidad de las mujeres¹⁸⁵. Paradójicamente, el repartimiento y el obraje serían los únicos remedios para atarlos social y económicamente y evitar con ello sus naturales desbandes.

Para el visitador, así como para Concolorcorvo, la acusación que por años recae en los obrajes como sitios de escondida esclavitud, será la inculpación más “horrorosa” e injusta que puede hacerse a los españoles. Así se propondrá describirlos casi como recintos de trabajo placentero:

¹⁸² Miño Grijalva (2000:176)

¹⁸³ Miño Grijalva apunta la introducción de una tecnología y una forma de trabajo que los indios desconocían totalmente, en que los trabajadores indios tenían que desplazarse a otros recintos, procedimiento absolutamente extraño a ellos. Los obrajes serían “una respuesta directa a la caída vertiginosa de la población indígena. Cfr. Miño Grijalva (2000:176)

¹⁸⁴ Las grandes concentraciones de estos trabajadores obrajeros (de doscientas a seiscientas personas en un mismo recinto) tendrían su fundamento en la desconfianza de la entrega de su trabajo a los dueños del obraje, dado el momento de descenso demográfico de la población indígena. Como ya dijimos, este descenso demográfico, según las palabras del visitador, no se debe directamente a la mita o el trabajo forzado en los mismos obrajes, sino a la poca fecundidad de las mujeres o a los desórdenes propios de la vida del indio fuera de sus lugares de trabajo: “No negamos que las mitas consumen número considerable de indios, pero esto no procede del trabajo que tienen en las minas de plata y de azogue, sino del libertinaje en que viven, pernociaciones voluntarias y otros excesos, que absolutamente se pueden remediar”. En: Carrió (1973:390)

¹⁸⁵ Cfr. Carrió (1973:388-389)

Nuestros obrajes están regularmente fundados en los países mejores de la circunferencia del Cuzco y provincias inmediatas, de agradable temperamento. Son unas casas de mucha extensión y desahogo. Sus patios y traspatios son como unas plazuelas rodeadas de corredores, para que el sol ni la lluvia aflijan a los que trabajan fuera de las oficinas. Éstas son muy proporcionadas, y entre telar y telar hay una competente distancia para poner un fogoncillo para asar o cocer la carne, que se les da de ración, y respectivamente son cómodas todas las demás oficinas de hilanderas, cardadores, tintoreros, etc. Todos los que trabajan en estas casas tienen igual ración de comida, cuyo precio está reglado equitativamente.¹⁸⁶

Como podemos apreciar, la estrategia descriptiva con los obrajes los convierte en lugares amenos para el trabajo de los indios. Son recintos con patios, traspatios y corredores, en que existe además buena ración de carne, a los que sólo pareciera faltarles la pila y las respectivas estatuas para ser una casa patronal habitada por indios. Esto contrasta visiblemente con la descripción de la rústica choza de los indios “libres” (como la casa paterna de Concolorcorvo), sus papas y su escaso maíz: el obraje se percibe como una suerte de inmerecido premio para los “salvajes” indios¹⁸⁷. Ni siquiera, según él, hay una gran utilidad en estos recintos, como dicen algunos opositores, puesto que el obrajero está obligado a darles a los indios su competente ración de comida, vestirlo con las mismas telas que trabaja, curarle las enfermedades, los derechos eclesiásticos e incluso costear el funeral y entierro: “con que, aunque se gane con esta gente perdida, que solamente este nombre merece, es una utilidad que se queda en los libros, y por consiguiente es un caudal fantástico”¹⁸⁸.

Estas instituciones de supuesta caridad, en el sentido que las describe el visitador, no traerían mayores beneficios a sus dueños, sino sólo acusaciones e injusticias que él se propondrá enmendar. ¿Por qué, si son tan poco útiles, los obrajes serán tan defendidos y nada

¹⁸⁶ Carrió (1973:352). Después de esta descripción, el visitador se lanzará en emboscada contra el colonialismo de esos que tanto critican a los españoles, encarándoles el maltrato y escaso alimento con que someten a sus vasallos: “Quisiera preguntar a los señores europeos, asiáticos y africanos, qué alimento dan a sus forzados, que trabajan triplicadamente que éstos”.

¹⁸⁷ Según Carrió (1973:354) el obraje espera a dos clases de indios: los indios delincuentes y los deudores. Los primeros, por no tenerlos en la inseguridad y esterilidad de las cárceles, son situados junto a los segundos, quienes tienen que pagar con trabajo forzado sus deudas con el repartimiento. Los castigos que se cometen sólo serían, según el visitador, contra los “indios flojos”, siempre cuando sean muchachos, siendo ésta “toda la tiranía tan ponderada de los obrajes y obrajeros”.

¹⁸⁸ Carrió (1973:355)

criticados por un funcionario que busca ante todo la utilidad y la eficiente explotación de los recursos? Si creemos lo que *El Lazarillo* informa acerca de la poca utilidad económica de los obrajes, así como de los repartimientos, estas prácticas compondrían exclusivamente una parte fundamental de la labor disciplinadora del mundo indígena y, con ello, una apuesta social que buscará mantener inalterable la mecánica de la explotación colonial a como dé lugar. Nuevamente, el visitador oculta las causas comerciales en pos de enfatizar los fines morales de la empresa colonialista española.

Así entendido, en *El Lazarillo* el relato de la colonización americana es un corolario verificador del fin de *una* historia que ha victimizado a los indios, y que en el *ahora* que se propone, los indios serán posicionados como los verdaderos victimarios del progreso americano. De esta manera, la vieja “leyenda negra” sería producto de aquellos “imprudentes” cronistas y envidiosos extranjeros cómplices de los indios. Este presente, desde la óptica de Carrió celebrada por Concolorcorvo, sería el pasado y el futuro de lo que realmente aconteció, la fundación de una nueva genealogía de la colonialidad americana. Por esto, la obra se detendrá e dará inicio a un particular “diálogo” en el Cuzco: es el lugar histórico en que se tensionan esas dos memorias, es el enclave estratégico donde se puede ganar esa partida definitiva, a través de la confesión del “enemigo” de aquella calumnia que ha oscurecido casi tres siglos de colonialismo español. Para eso Concolorcorvo es, por decirlo lúdicamente, su “mesticillo de Indias”, el informante que no informa *su* saber de indio, puesto que éste ya no existiría o no sería válido, sino este nuevo saber de colonizado que constituirá su renovada indianidad y su llegada y renacimiento en un consensuado Cuzco.

2. Contra la lengua de los indios:

Otro de los asuntos a que el visitador dedicará buena parte de su reflexión sobre el disciplinamiento de los indios, lo encontraremos en el problema de la lengua usada ampliamente por ellos. Tal como, según el funcionario, había que acorralar a los indios con la deuda en el obraje y encadenarlos a las prácticas del repartimiento, también habrá, según él, que reprimir aquella lengua con la que traman supuestas “fechorías” y “perniciosas idolatrías”. Esta búsqueda del “diálogo” obligado entre indios y españoles se remonta desde las primeras crónicas andinas del siglo XVI, como nos documenta la *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534) de Francisco de Xerez, pasando por la represión del quechua por el virrey Francisco de Toledo, entre otras, hasta *El Lazarillo*, que orientará algunas de sus ideas en este mismo sentido.

El crítico peruano Antonio Cornejo Polar señalará las problemáticas que surgirán con la búsqueda de la implantación de la lengua castellana y la extirpación de las habladas por los indios de la región andina, desde los inicios de la conquista del Perú. Sobre ese momento preliminar, marcado por el primer “diálogo” entre indios y españoles en Cajamarca, Cornejo Polar enfatizará las tensiones entre oralidad indígena y escritura europea¹⁸⁹. Sin embargo, más que el tema de la escritura que Cornejo plantea sobre este encuentro como un hecho de dominación, el problema de la lengua castellana y su poco uso oral entre los indios es el que nos interesa (como hecho equivalente), a la luz de las críticas y propuestas que explicitará el

¹⁸⁹ Cornejo Polar (2003:32): “[...] la escritura en los Andes no es sólo un asunto cultural, es además, y tal vez sobre todo, un hecho de conquista y dominio. Este debe ser el contexto que enmarque todas las reflexiones sobre el tema. De cierta manera, hecha la advertencia anterior, cabría imaginar una incitante manera de leer este episodio en sentido (casi) inverso al desarrollado hasta aquí; más concretamente, no como la historia del fracaso incaico frente al libro sino, más bien, como la historia del fracaso del propio libro. Irónicamente esta interpretación no es del todo distinta a la de los españoles: en esta circunstancia, ellos tampoco podían esperar realmente que el libro funcionara como texto, sino como recurso mágico-religioso, frente al cual el Inca debía quedar rendido: “maravillado” por las “letras” [...] el libro aparece en Cajamarca no como instrumento de comunicación sino como objeto sagrado y –por eso mismo- digno de acatamiento y capaz de producir revelaciones y milagros fulgurantes”.

visitador. Como apologista del colonialismo y portador de ideas ilustradas, a él no le interesará mayormente que los indios sepan escribir, habiendo, como dice, tantos letrados “blancos” en Lima¹⁹⁰ y teniendo un amanuense que lo haga en defensa de sus ideas, aunque a veces torpemente o con “pluma de ganso”¹⁹¹. Sin duda, el fracaso del aurático libro de Cajamarca marcará los itinerarios del visitador: es más práctico que en lugar de escribir, los indios hablen la lengua castellana y se olviden de la propia, para entender adecuadamente las órdenes precisas de los corregidores.

Lo que en un principio de la conquista tenía un fin más o menos supersticioso, en el sentido que la presencia del libro ayudaría a convertir y subyugar con la palabra de Dios a los “idólatras”, para el visitador el aprendizaje total del castellano –es decir, el olvido de la lengua quechua y otras- tiene un fin práctico que no se reducirá sólo a la dinámica de las órdenes emanadas de la superioridad colonial. También prestará sus servicios para evitar revueltas o sediciones y, en una instancia más profunda, colonizar espacios simbólicos y cotidianos que todavía no han sido lo suficientemente penetrados por la visión de mundo del colonizador. En este nuevo contexto, el uso de la lengua castellana no buscará provocar el milagro de la conversión, a través del contacto con su inscripción “ininteligible” (como la Biblia presentada por Valverde a Atahualpa en Cajamarca), sino la seguridad y transparencia políticas sobre el mundo mayoritariamente oral de los indios, en tiempos de sobresaltos e inestabilidades económicas, territoriales y políticas del imperio español. Por ello, en Cuzco la importancia de la lengua hablada sobrepasará esta vez con su poder de dominación a la escrita, convirtiéndose en un instrumento que los españoles forzarán en pos de un consenso *contra* los indios y, por consiguiente, pensado como un arma de delación.

Como asegura Juan Carlos Godenzzi, la preocupación por la castellanización en el primer siglo ilustrado será un hecho bastante generalizado desde las prácticas del poder colonial¹⁹², aunque como afirma César Itier, leyendo *El Lazarillo*, el quechua persista en los

¹⁹⁰ Cfr. Carrió (1973:446-447)

¹⁹¹ Cfr. Carrió (1973:442-443)

¹⁹² Godenzzi (1995:59): “En el siglo XVIII, el lenguaje en los Andes se resuelve en una diversidad de actos discursivos plurilingües y de acuerdo a una clara pauta diglósica: la marginación y desprecio creciente de las lenguas indígenas y el encumbramiento progresivo del castellano como lengua oficial y como expresión de la

círculos cotidianos¹⁹³. La visión del visitador puntualizará, en este aspecto, las responsabilidades de la activa mantención de las lenguas indígenas. Para él, la gran responsabilidad de que los indios tengan libertad y “abuso” de su lengua, han sido los curas. Estos o bien se han servido de ignorantes intérpretes “que solamente se ordenaron con títulos de lenguaraces”¹⁹⁴, quienes ayudan a explicar mal el evangelio a los indios, o bien, han estimulado la conservación de sus lenguas, como sucede con el caso de los jesuitas que serán duramente criticados en el texto. Así explicará el visitador a Concolorcorvo el perjuicio que acarrearía la pervivencia de la lengua propia entre los indios:

El perjuicio que se sigue en lo político, es de mucha consideración, porque por medio de los cantares y cuentos conservan muchas idolatrías y fantásticas grandezas de sus antepasados, de que resulta aborrecer a los españoles, mirándolos como a unos tiranos y única causa de sus miserias, por lo que no hacen escrúpulo de robarles cuanto puedan [...] Por estas razones, y otras muchas que omito, dijo el visitador, se debía poner el mayor conato para que olvidasen enteramente su idioma natural. Esta hazaña solamente los señores curas la pueden ejecutar con gran facilidad, solamente con mandar se enseñase la doctrina a los jóvenes de ambos sexos en castellano, que la aprenderían sin repugnancia, por serles indiferente el idioma.¹⁹⁵

nueva sensibilidad moderna, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. El conjunto de estos actos discursivos jerarquizados teje los hilos de esa agitada época”. El intento sistemático por la asunción del castellano como lengua efectivamente única en el virreinato peruano, también se llevará a cabo en el de Nueva España y en otros territorios. Sobre esto, Guillermo Zermeño (2006:78) señala lo siguiente: “Hacia 1764 Nueva España, Perú y el Reino de Nueva Granada son provincias americanas de la Monarquía española. Existe el interés explícito de simplificar la complejidad cultural del vasto territorio al favorecer el castellano. El Consejo de Indias ha recomendado publicar leyes para favorecer el «castellano» para instruir a los indios en «los dogmas de nuestra Religión», «y se les enseñe a leer y escribir en este idioma que se debe entender, y hazer único y universal en los mismos dominios por ser el propio de los Monarcas, y conquistadores para facilitar la administración, y pasto espiritual a los naturales, y que estos puedan ser entendidos de los superiores, tomen amor a la nación conquistadora, destierren la idolatría, se civilizen para el trato, y comercio, y con mucha diversidad de lenguas no se confundan los hombres como en la Torre de Babel,...» Pasados más de dos siglos y medio «se mantienen en lo más descubierto, y civilizado como es en Méjico, y Puebla muchos, y diferentes idiomas en que los Indios están cerrados, reusando aprender el castellano, y el enviar sus hijos a la escuela, y aun en las inmediaciones a la capital de Megico...». El castellano es el medio para vencer la resistencia ofrecida por los conquistados a los conquistadores.”

¹⁹³ Itier (1995:99): “En el siglo XVIII, como todavía a principios del siglo XX (Itier, 1990), el quechua era para todos los estratos sociales el idioma doméstico y probablemente el que muchos niños criollos, rodeados de servidumbre indígena, aprendían en primer lugar”.

¹⁹⁴ Carrió (1973:368)

¹⁹⁵ Carrió (1973:369)

Los “señores curas”, para el funcionario, deben responder ante los enemigos del Estado, que en este caso se encarna en la lengua de los indios. La memoria ancestral, así como en el Tucumán el culto exterior de las iglesias, van en directo perjuicio de la aplicación “a lo que debe y le conviene” por parte del indio. Pudiendo resolverse de manera fácil, en tanto el visitador asegura la existencia de un bilingüismo entre los jóvenes indios y mestizos, los curas han hecho caso omiso sobre este asunto mayor. El visitador declara que los indios “mantienen algunas idolatrías de la tradición y que esta se mantiene por medio de su idioma”¹⁹⁶, lo cual sería, desde su perspectiva, altamente nocivo para poder instalar la serie de cambios urgentes que él proyecta en la región. Si bien los jesuitas ya están desterrados (recordemos que Carrió los escoltó hasta Cádiz), el legado separatista entre indios y españoles, efectuado por los regulares de la Compañía de Jesús, todavía persiste¹⁹⁷. El visitador propugnará la idea de estrechar ese cerco e introducirse en las esferas que constituyen barreras al colonialismo que, por esos años, aún no ha podido triunfar del todo en el ámbito lingüístico. Ya no se tratará de una cuestión de pareceres, sino de razones de Estado o servicio al Rey e, incluso, al mismo Dios, en la medida que los indios entiendan ambas doctrinas, la del bien público y la religiosa: “Los señores curas harán un gran servicio a Dios, al Rey y a los indios en desterrar de sus doctrinas la lengua índica, sustituyendo [por] la castellana [...] porque los indios, a título de que no entienden el castellano, se hacen desentendidos en muchas cosas”¹⁹⁸. En cuanto a esto, el visitador nuevamente pondrá sobre la mesa lo beneficiados que resultarían los indios de las enseñanzas que se resisten a aprender. Junto con la suplantación de la lengua castellana por la propia, los indios podrán gozar de todo aquello que brinda la cultura española: el cristianismo, la concepción de mundo, la idea de progreso y trabajo y todo aquello constitutivo de un hombre que se aplica “a lo que debe y le conviene”.

Para el visitador, la lengua quechua es uno de los subterfugios de esa indianidad que a él le parece aborrecible y funesta. Las huellas de esta lengua aún perviven en el habla de

¹⁹⁶ Carrió (1973:368)

¹⁹⁷ Para una mayor profundización sobre el proceso americano de expulsión de los jesuitas, está el clásico artículo de Mörner (1966:156-164)

¹⁹⁸ Carrió (1973:375-376)

algunos indios o mestizos hispanohablantes, cuestión inadmisible para él. Estos resabios de lengua indígena que quedan aún en el habla de algunos indios o mestizos, será ejemplificada desde el mismo Concolorcorvo. Con el objetivo de contextualizar esta “falencia” en su secretario, le relatará los orígenes de tal descuido lingüístico que ha redundado en uno político-estratégico:

Después no tuvieron lugar con las guerras civiles a enseñar a sus hijos el castellano, y como éstos estaban al cuidado de las madres o amas indias, salieron los mesticillos hablando el idioma de ellas, y se fue extendiendo en toda la sierra con suceso, pues aunque se establecieron escuelas de la lengua castellana y latina, siempre les quedó un resabio del fuste, como a Vm., a quien no pude sacar de los cascacos el que deje de pronunciar y escribir *llovía* y *llover* con otros infinitos. No es mucho esto, señor don Alonso, porque yo soy indio neto. Dejemos lo neto para que lo declare la madre que lo parió, que esto no es del caso, porque Vm. tuvo la misma crianza fuera de casa que el resto de los españoles comunes serranos, y siempre sirvió a europeos y no lee otros libros que los que están escritos en castellano, y aunque ve con sus ojos escrito *lluvia* y *llover* siempre lo dice al contrario, sin darnos un convencimiento gobernado por la razón natural, porque si siguiera Vm. ésta, dijera de *llover*, *llovía*, y de *lluvia*, *llúver*.¹⁹⁹

¿Este resabio es lo único de indio que el visitador no puede extirpar a Concolorcorvo, además de su “genio difuso” producido, probablemente, por estos sustratos lingüísticos? A pesar de su crianza, similar a la que tuvieron otros españoles de la sierra cuzqueña, a pesar de ser sirviente exclusivo de los europeos y de leer solamente libros en castellano, Concolorcorvo no se puede desarraigar del sustrato quechua. Y esto, para el visitador, es tan absurdo como la confusión de los vocablos que no responden a la lógica de la raíz de la cual provienen, ni siquiera si se partiera erróneamente de ellas. En resumidas cuentas, la lengua de Concolorcorvo no está precisada por una “razón natural” que se mide por la lógica del visitador que es, si enfocamos globalmente el texto, la medida de todas las cosas en este “diálogo”. No obstante, la ausencia de “razón natural” entre los indios, y particularmente en su secretario, no provocará un trastabilleo o fracaso de sus enseñanzas. Si

¹⁹⁹ Carrió (1973:371)

bien con Concolorcorvo la doctrina aparentemente queda corta, tendrá el suficiente y envolvente ancho como para atrapar lo que realmente importa para su discurso. Mientras le quede algo de indio a Concolorcorvo, aunque sea un fugaz sustrato identificador, será funcional para sus objetivos de indianizarlo o castellanizarlo a su antojo y entregarle forzosamente, a través del “diálogo”, una perspectiva occidentalizada sobre el mundo indígena del cual proviene. Con esa habla de semi-indio, enfatizada por el visitador, Concolorcorvo critica ásperamente y maldice a sus pares étnicos y alaba la conquista española. Y ésta será la otra arista de esa “razón natural” que el visitador ha sabido demostrar a su amanuense a lo largo del viaje.

3. La confesión de Concolorcorvo:

El compendio de los elementos que hasta aquí los españoles han entregado a los indios y que estos no han valorado e incluso resistido, según ha precisado el visitador, es amplio. Las herramientas de trabajo y el trabajo mismo, una ciudad hermoçada, las vestimentas, el pan, el salario y una prestigiosa lengua, todo a cambio de plata y oro que los indios nunca supieron explotar bien, según el visitador: “Más plata y oro sacaron los españoles de las entrañas de estas tierras en diez años que los paisanos de Vm. en más de dos mil”²⁰⁰. Por consiguiente, si seguimos el razonamiento del visitador, ¿será real o ficticio el saqueo a los pueblos de indios que acusa con tanta seguridad esa “leyenda negra”? Si los indios sólo tenían miseria, como asentó el funcionario, ¿cómo se ha dicho que los españoles

²⁰⁰ Carrió (1973:277)

robaban a los indios? En este punto, a Concolorcorvo le será pedido responder y confesar la “verdad” sobre este asunto:

Confieso, señor, le dije, que los indios en general no tienen cosa apetecible de los españoles, porque todos sus bienes se reducen, hablando del más acomodado, a una yunta de bueyes, un arado, un corto rancho en que encierran su escasa cosecha de maíz y papas [...] Por lo que discurro que los españoles de este siglo, y de todos los siglos, dije al visitador, no tuvieron, ni creo que tendrán que robar a los indios, y no pensando éstos, por lo general, más que en su ocio y borracheras, a que siguen otras brutalidades, afirmo que mis paisanos no son robados, sino robadores de los españoles.²⁰¹

Concolorcorvo “confesará” que son los indios los ladrones, los indios los que han usufructuado de los españoles, los que lo han heredado todo y no han puesto nada a cambio que los haga merecedores de tal legado²⁰². El visitador, como ya lo hemos reiterado, enseña, ilustra e intenta “aculturar” a Concolorcorvo, como a un discípulo sumiso que tiene que aprender una nueva historia de su pueblo desde el tamiz colonialista. La visión del progreso material y útil, el uso de herramientas y la secuencia de modernización del trabajo indígena, son los argumentos ilustrados que intentan borrar la memoria sentimental del incario que pudiese aún sobrevivir en Concolorcorvo. La metódica mayéutica diseñada por el funcionario, extraerá exitosamente las respuestas que delatan al amanuense como un colonizado “aculturado”, un sujeto que puede hablar con ciertos rasgos de indio, pero que se resuelve definitivamente a pensar como español. Con este método, el “diálogo” finalmente terminará en confesión. La labor del visitador como confesor es exitosa. El que tenga Concolorcorvo todavía algo de indio en su lengua, algo de “color local”, mejor sitúa estratégicamente al indio neto, cholo o mestizo que se confiesa ante la “verdad” del colonialismo, defendido con las armas del genio en lo absoluto difuso del funcionario.

²⁰¹ Carrió (1973:362-363)

²⁰² En otra parte del texto se puede leer lo siguiente, con respecto al latrocinio de los indios: “Todos tienen a los gitanos por sutilísimos ladrones, pero estoy cierto que si se aparecieran en El Cuzco y Huamanga tuvieran mucho que aprender, y mucho más en Quito y México, que son las dos mayores universidades que fundó *Caco*”. Carrió (1973:387)

Esta confesión no se reducirá a dar parte de ladrones a los indios, sino que se ampliará en busca de la verdadera historia de la caída del Tawantinsuyu, según el visitador y Concolorcorvo. Amparado en el “juicioso Herrera”²⁰³, uno de los cronistas oficiales de la Corona durante los siglos XVI y principios del XVII, el visitador Carrió también procederá a “confesar” la historia de la conquista del Perú. Para ello, la retomará desde el pasaje en que Atahualpa se enfrenta con Pizarro y su tropa en el famoso encuentro de Cajamarca:

Después de varias contestaciones, convino el inca en hablar con Pizarro, escoltado de doce mil hombres sin armas, a que convino el español, pero habiendo tenido noticia que los indios traían armas ocultas, y por consiguiente un designio de mala fe, eligió el medio de ser antes agresor que herido. Apostó toda su gente en las entradas y salidas de la plaza Mayor, y luego que entró en ella el Inca con sus principales guardias, mandó acometerlos y destrozarlos, reservando la real persona, que hizo prisionera. Mi pariente (¡oh de mis parientes!) carecía de destreza militar, y aun de valor[...] afirmo que Manco²⁰⁴ fue un hombre de mala fe, traidor y aleve, porque habiéndole propuesto Pizarro que diese orden a sus generales para que despidiesen sus tropas, y que se retirasen a sus pueblos, y ofrecido ejecutarlo, hizo todo lo contrario, como se justificó por sus quipus, y mucho más por las operaciones de los jefes; pero lo que acabó de irritar a los españoles fue la alevosa muerte que mandó ejecutar en su hermano, el verdadero Inca, que desde El Cuzco había salido a tratar con Pizarro de buena fe.²⁰⁵

El motivo de las armas ocultas y la guerra preventiva, son los recursos argumentales de Concolorcorvo para justificar la invasión de los españoles a las tierras incaicas. Los ánimos enardecidos de los españoles por el asesinato de Huáscar, hombre de “buena fe”, impondrán un nuevo *pachacuti*, restaurando el imperio de la justicia y, con ello, la razón justificatoria de la invasión al Tawantinsuyu que este pasaje pretende demostrar. Para Concolorcorvo, que ha escuchado y reproducido a la perfección las palabras de su particular consueña, la conquista

²⁰³ Carrió (1973:337). Antonio de Herrera (1549-1624) escribió, entre otras obras, la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601-1615) a la que el texto hace referencia.

²⁰⁴ En este fragmento Concolorcorvo llama “Manco” a Atahualpa.

²⁰⁵ Carrió (1973:338)

fue legítima: el auténtico rey Huáscar ha sido asesinado por Atahualpa, el hijo bastardo de Huayna Cápac; ante esto, Pizarro y los suyos impondrán policía en el imperio. En un último pasaje relevante para este tema, el visitador nuevamente será quien sondeará con sus “diálogos” estas conclusiones en su secretario:

Parece que Vm. con sus principios pretende probar que la conquista de los españoles fue justa y legítima, y acaso la más bien fundada de cuantas se han hecho en el mundo. Así lo siento, le dije, por sus resultas en ambos imperios, porque si los españoles, siguiendo el sistema de las demás naciones del mundo, hubieran ocupado los principales puertos y puestos de estos dos grandes imperios con buenas guarniciones, y tuvieran unos grandes almacenes surtidos de bagatelas, con algunos instrumentos de fierro para trabajar cómodamente las minas y los campos, y al mismo tiempo hubieran repartido algunos buenos operarios para que se les enseñasen su uso, y dejasen a los Incas, caciques y señores, pueblos en su libertad y ejerciendo abominables pecados, lograría la Monarquía de España sacar de las Indias más considerables intereses.²⁰⁶

La conquista de México y Perú es para Concolorcorvo, como queda claramente expresado, una conquista legítima, aunque no está exenta de una serie de complejidades. Estas problemáticas, como arguye, podrían haberse evitado si la Corona hubiese seguido las máximas del colonialismo europeo extra-peninsular. Nuevamente el visitador y su ayudante invertirán las acusaciones que han construido la “leyenda negra”: al pragmatismo económico de las conquistas holandesas, inglesas o francesas, superpone una pragmática civilizatoria más integral, ese extenuante *via crucis* que tendrá sus estaciones en la evangelización práctica, la enseñanza obligada del trabajo y de la lengua castellana, entre otras que hemos apuntado en capítulos anteriores. La conquista y colonización española en América, según nos relatan estos dos caminantes, apostó por la salvación de las almas indias en lugar de la salvación del erario imperial, vieja consigna que aún pervive en las postrimerías del Siglo de las Luces, o mejor dicho, para el caso americano, del “Siglo de las Deudas”.

²⁰⁶ Carrió (1973:341)

Como lo hemos desarrollado analíticamente en este capítulo final, el discurso (a veces solapado) del interés comercial que recorre transversalmente la obra, convive sin mayores problemas con el interés mesiánico, tal como el colonialismo cohabita en perfecta armonía con las ideas ilustradas del visitador. Esta pragmática amplia se ocupará de integrar al “holgazán” gauderio como al “desleal” indio, restaurando el acto colombino que el visitador y Concolorcorvo han intervenido: las herramientas para el trabajo por el “inservible” oro para los indios, las herramientas que servirán para sacar más oro y dar más trabajo, es la ecuación circular cuya secuencia se extrapola a la lógica de este “diálogo” cuzqueño. El consenso confesional de este “diálogo” entre maestro y alumno se ha fortalecido por esta pragmática integral del colonialismo ilustrado del visitador, sin la cual la invención de Concolorcorvo no tendría una significancia mayor dentro del texto.

Tal como el Cuzco ha sido reconfigurado o “mejorado”, como aclara el visitador, “con suntuosos edificios de iglesias y conventos, en que resplandeció su piedad y culto al verdadero Dios, y en sus palacios y obras públicas su magnanimidad”²⁰⁷, esta historia, la del colonialismo ilustrado de Carrió, pretenderá re-historizar una nueva memoria indígena desde la compleja invención de Concolorcorvo. Por este motivo, el paradójal “diálogo” que hemos analizado en la segunda parte de este capítulo, más que ser el lazarillo de esos ciegos caminantes que poco o nada saben de la región y la política colonial española, será el que guíe a Concolorcorvo a fundir ideológicamente su voz con la de su maestro. El amanuense es, para nosotros, ese ciego caminante que ha visto la “verdad” virreinal peruana gracias al visitador. Pero este “diálogo” no se detendrá acá. Peregrinará por un largo camino, durante muchas décadas después, en el que se encontrará con otros “ciegos e ilustrados” caminantes que vendrán por una ruta aparentemente opuesta a la del colonialismo. Sin embargo, a poco andar, también aceptarán su verdad, como Concolorcorvo, sin mucho asombro y menos resistencia. La ceguera parece ser la hija predilecta de la razón colonial y parte sustancial del dogma de algunos iluminados republicanos que vendrán en la centuria siguiente.

²⁰⁷ Carrió (1973:334)

Conclusiones

Las conclusiones que puede arrojar el estudio de *El Lazarillo*, además de ser profundamente conflictivas en sí mismas, poco precisas y a veces un tanto contradictorias, poseen un carácter de transitoriedad que arranca directamente de la peculiar heterogeneidad discursiva que lo configura. Tenemos claro que en el desarrollo de esta tesis, hemos dejado a un lado una serie de elementos que, en un primer momento, resultaron tentadores y aun fundamentales para hacer justicia al amplio abanico de posibilidades de lectura que el texto contiene. Pero la elección de un enfoque restringido temáticamente y una delimitación interpretativa, nos ha llevado irremediamente por un camino de abandonos que no implica, necesariamente, una certeza acabada de lo que aquí concluimos. Por el contrario, al finalizar los cinco capítulos de esta tesis, visibilizamos la atractiva y estimulante señal de estar frente a un fragmento no poco complejo de lo que significan, para nuestra región, los procesos culturales y políticos del siglo XVIII.

Nuestro primer paso fue reconocer la complejidad en la demarcación del campo político y cultural de la Ilustración en España y su incidencia en el orden colonial americano. Por este motivo, decidimos hablar de un “proyecto ilustrado” más que de Ilustración. La propuesta de una España marginada de los procesos ilustrados que la Europa central puso en marcha, nos ha obligado a mantener una postura que enfatiza el terreno de los proyectos y las ideas más que el de las medidas políticas concretas. La verificación, a través de los diversos estudios abocados al iluminismo peninsular, de una divergencia en las visiones entre una España ilustrada o una con proyectos influenciados por la Ilustración, nos ha conducido al análisis parcial de algunos textos propios del período que hemos incluido en la tesis. Esta inclusión nos ha sido propicia para abordar y hacer visible el desarrollo de un ideal

modernizador entre la política metropolitana y una parte de su intelectualidad crítica, por sobre la implantación real o efectiva de tales medidas.

Este conflicto entre las distintas perspectivas sobre la España dieciochesca se acentúa aún más cuando se extrapola al campo ilustrado americano. Si las medidas que pretendió el reformismo borbónico no obtuvieron los éxitos esperados en la península, en las tierras americanas revistieron una problemática mucho mayor. Esto no sólo se debió a una evidente cuestión geográfica, sino por la obstaculización o resistencia de un orden colonial interno, reacio al sistema planificado desde la metrópoli, lo cual causó que estos proyectos reformistas se fueran concretando parcial y tardíamente. Un ejemplo de ello es el propio texto de Carrió, el que, casi veinte años después de los decisivos impulsos de reformas a la colonialidad americana, corrobora los fracasos del proyecto en el virreinato del Perú. El enérgico discurso contra ese orden colonial interno que caracteriza a *El Lazarillo*, es una prueba de la resistencia y marginalización del ya marginal ideal ilustrado español.

Un segundo paso instaló el concepto de *colonialismo ilustrado*, con el fin de comprender la doble arista del discurso reformista de *El Lazarillo*. Si bien parece evidente que, dada la preocupación de la metrópoli por la explotación de los recursos americanos, el término *colonialismo ilustrado* pudiese ser redundante, el discurso reformista de la obra en cuestión intenta rediseñar no sólo un mapa comercial americano, sino también una relegitimación del imaginario colonialista con los instrumentos epistemológicos del ideal ilustrado. Los proyectos reformativos comerciales, urbanizadores, agrarios, sociales, entre otros que porta el texto, van unidos a una serie de propuestas sobre la utilización práctica de los sujetos extra-legales que componen la sociedad virreinal (los gauderios), una resignificación de la etnicidad entre indios y mestizos (sintetizada en la figura de Concolorcorvo) y una nueva memoria de la historia americana (el “Diálogo” de el Cuzco). Todas estas medidas que formula *El Lazarillo*, nacerán a partir de una posición colonialista que fundamentará y proyectará, en un plano simbólico y social, el ideal del borbonismo para América. De esta manera, el concepto de *colonialismo ilustrado* busca visibilizar, lo más

amplia y claramente posible, las estrategias político-discursivas de la obra que operan sobre el mundo americano.

Paradójicamente, no será en el siglo del visitador sino en el de otros viajeros e ilustrados caminantes que vendrán por el siguiente, cuando veamos reaparecer estas ideas como parte de las políticas de Estado en algunas repúblicas latinoamericanas. Estamos lejos de creer que los años que corren a lo largo del siglo dieciocho son exclusivamente el anticipo de las corrientes emancipadoras del diecinueve, en tanto nos encontraremos con diversos escritos decimonónicos que coincidirán con algunas propuestas de Carrió. Éstas servirán como una suerte de base evaluativa para la producción textual republicana de algunos pensadores decimonónicos, entre las que conviene destacar, en el caso argentino, el *Martín Fierro* (1872) de José Hernández (que abordará la problemática vida del gauderio o gaucho frente a la república), o el *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento (quien extraerá información de Carrió cuando lo escribe). En Chile, *La Araucanía i sus habitantes* (1845), así como las *Memoria sobre la colonización en Chile* (1850) de Ignacio Domeyko, o el temprano artículo de Camilo Henríquez “Civilización de los indios”, escrito para *La Aurora de Chile* en 1812, también participarán de las ideas de recolonización y utilitarismo de las tierras y sujetos que pueblan los márgenes de la geografía y el imaginario americano. El estudio de estos textos, que no abordamos en esta tesis por razones temáticas, nos prevendrá de creer que los recambios administrativos están obligatoriamente acompañados de un giro ideológico. El “colonialismo supérstite” –concepto acuñado por José Carlos Mariátegui en 1928 (o su variante “la colonialidad del saber”, descubierta en la década de los noventa por Walter Mignolo) formará parte de las prácticas políticas y sociales de una “conciencia criolla” que luchará por extinguir aquellos grupos subalternos.

Por lo general, el campo de los estudios sobre la Ilustración en América aborda sus ideas como causales ideológicas de los procesos independentistas de la región. Creemos, como ya hemos dicho, que no existe una correspondencia absoluta entre ideal ilustrado e ideal emancipatorio, en tanto la ideología iluminista no reporta necesariamente un pensamiento independentista de la colonia con respecto a la metrópoli, como hemos establecido con el

análisis de *El Lazarillo*. Esta supuesta correspondencia es, probablemente, la obra de la búsqueda genealógica y épica del pensamiento criollo liberal del siglo XIX, más que de la totalidad del campo ideológico ilustrado del XVIII. Esta diferenciación entre “ilustraciones” no ha sido llevada a cabo aún de manera sistemática; es más, no ha sido contemplada en los estudios especializados en el tema, por lo menos los incluidos en esta tesis. Esta diversidad ideológica tampoco tiene que ver exclusivamente con las distintas influencias científicas o metodológicas recibidas por los ilustrados “oficiales”. También existe un ideal iluminista en sujetos que están fuera o son marginales a la academia humanista o la ciencia, en otros ámbitos sociales. Tal es el lugar que ocupa un funcionario de postas y correos como Carrió, quien es portador de una serie de observaciones y críticas sociales, etnográficas, económicas, políticas e incluso historiográficas.

Así concebido, sostenemos que a *El Lazarillo* le falta aún mucho camino por andar en los estudios coloniales y culturales latinoamericanos. Esta apertura nos lleva a una consideración final y colateral, reflexionada a partir del trabajo de esta tesis: es necesario un estudio sistematizador de la formación de un campo de ideas ilustradas en el siglo XVIII latinoamericano, que considere las distintas modalidades discursivas, textuales y no textuales, así como las vertientes y proyecciones ideológicas que éstas tendrán sobre su sociedad. Un trabajo como ése, podría ofrecer una ampliación no solo de las variantes o alternativas del ideal iluminista dieciochesco en nuestra región; también aportaría un aparato crítico de mayor envergadura frente a las coordenadas políticas y culturales de los procesos postindependentistas o republicanos que, a la luz de un estudio de *El Lazarillo*, presentaría notables coincidencias con lo que en esta tesis hemos llamado *colonialismo ilustrado*.

Bibliografía

Texto primario/ ediciones

Carrió de la Vandra, Alonso. *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Barcelona: Labor, 1973. Edición, prólogo y notas de Emilio Carilla.

_____. _____ . Caracas: Ayacucho, 1985. Edición a cargo de Antonio Lorente Medina.

&

Estudios sobre la obra

Altuna, Elena. “Sarmiento, lector de *El Lazarillo de ciegos caminantes*”. En: *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*. Frankfurt am Main, nº 5, 2002 (a), pp. 25-36.

_____. “Y dio fin este cansado viaje histórico” (Cap. VI) y “El discurso colonialista de los caminantes” (Cap. VII). En: *El discurso colonialista de los caminantes (siglos XVII – XVIII)*. Berkeley: Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” (CELACP)-Latinoamericana Editores, 2002 (b), pp. 179-221, 223-237.

Bataillon, Marcel. “Introduction”, en: Concolorcorvo, *Itinéraire de Buenos-Aires a Lima*. París: Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, 1962, pp. 1-17.

Carilla, Emilio. *El libro de los “misterios”: “El Lazarillo de ciegos caminantes”*. Madrid: Gredos, 1976.

Delgado, Washington. “Al modo Neoclásico”, en: *Literatura colonial. De Amarilis a Concolorcorvo*. Lima: Editorial San Marcos, 2002, pp. 93- 105.

Gómez Tabanera, José Manuel. “Sobre Alonso Carrió de la Vandera, “Concolorcorvo”, autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes*”, en: Oviedo: *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, nº 108, 1983, pp. 179-220.

Meléndez, Mariselle. *Raza, género e hibridez en “El Lazarillo de ciegos caminantes”*. Chapel Hill: Department of Romance Languages, The University of North Carolina, 1999.

_____. “La lucha discursiva entre dos incas en *El Lazarillo de ciegos caminantes*: el Inca Concolorcorvo ante su “paysano” el Inca Garcilaso”, en: San Juan de Puerto Rico: *Revista de Estudios Hispánicos*, año XXI, 1994, pp. 209-219.

Mazzara, Richard A. “Some picaresque elements in Concolorcorvo’s *El Lazarillo de ciegos caminantes*”, en: *Hispania*, vol. 46, Nº 2, may 1963, pp. 323-327.

Real Díaz, José J. “Don Alonso Carrió de la Vandera, autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*” (Estudio preliminar). En: Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Madrid: Atlas (Biblioteca de autores españoles, tomo CXXII “Relaciones histórico-literarias de la América Meridional”), 1959, pp. 245-277.

Zanetti, S. (1999). La trama de voces en *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera. En Carmen Perilli (Coord.) *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales* (pp.255-266). Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA), Universidad Nacional de Tucumán.

&
Estudios sobre la Ilustración

Abellán, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1988, tomo III: “Del Barroco a la Ilustración (siglos XVII y XVIII)”.

Anes, Gonzalo. “Coyuntura económica e Ilustración”. En: Francisco Rico (dir.) y José Miguel Caso González (coordinador del tomo). *Historia y crítica de la literatura española*, tomo 4. Barcelona: Crítica, 1983, pp. 49-58.

Barriga Tello, Martha. *Influencia de la ilustración borbónica en el arte limeño, siglo XVIII: antecedentes y aplicación*. Lima: UNMSM, 2004.

Bleil de Souza, Susana. “Política e administração na sociedade colonial hispânica”. En: Claudia Wasserman (coord.). *História da América Latina: cinco séculos*. Rio Grande do Sul: Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2003, 3ª edição, pp. 77-117.

Capra, Carlo. “El funcionario”, en: Michel Vovelle (ed.). *El hombre de la Ilustración*. Madrid: Alianza, 1995, pp. 319-357.

Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

Chiaramonte, José Carlos. “Prólogo”. En: AA.VV. *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*. Caracas: Ayacucho, 1979, pp. IX-XXXIX. Compilación, prólogo, notas y cronología de José Carlos Chiaramonte.

Contreras, Carlos. “III. Haciendas y comunidades indias en la región andina durante el siglo XVIII”. En: Margarita Garrido (ed.). *Historia de América Andina. Vol. 3: El sistema colonial tardío*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2001, pp. 87-115.

Cornejo Polar, Jorge. “Literatura peruana. Época Colonial”. En: Cornejo Polar, Antonio y Cornejo Polar, Jorge. *Literatura Peruana. Siglo XVI a siglo XX*. Lima/ Berkeley: CELAPC-Latinoamericana Editores, 2000, pp. 9-130.

Dérozier, Albert. “Tercera parte: Visión cultural e ideológica”. En: Manuel Tuñón de Lara (dir.). *Historia de España*, tomo VII “Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen (1715-1833)”. Barcelona: Labor, 1992, 2ª edición, pp. 321-434.

Díaz-Plaja, Guillermo. “Prólogo”. En: *Tesoro breve de las letras hispánicas. De Feijóo a Bécquer*, volumen IV. Madrid: Magisterio Español, 1968, pp. 13-19.

Durán Luzio, Juan. “La literatura hispanoamericana del siglo XVIII”, en: E. Tandenter (dir. vol.) y J. Hidalgo (co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV). París: UNESCO/Trotta, 2000, pp. 517-532.

Engstrand, Iris H. W. “The Enlightenment in Spain: Influences upon New World Policy”. En: *The Americas*, vol. 41, n° 4 (Apr., 1985), pp. 436-444.

Fisher, John. *El Perú borbónico (1750-1824)*. Lima: IEP, 2000. (Traducción de Javier Flores).

Fontana Lázaro, Joseph y Delgado Ribas, José María. “La política colonial española: 1700-1808”, en: E. Tandenter (dir. vol.) y J. Hidalgo (co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV). París: UNESCO/Trotta, 2000, pp. 17-31.

Gálvez, José Francisco. “Burócratas y militares en el siglo XVIII”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.) *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú- Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 243-262.

Garavaglia, Juan Carlos y Marchena, Juan. “Capítulo 2: “El siglo XVIII andino: las Reformas Borbónicas”. En: *América Latina de los orígenes a la Independencia. V.II La sociedad colonial ibérica en el siglo XVIII*. Barcelona: Crítica, 2005, pp. 31-367.

García Cárcel, Ricardo. “Introducción. La significación histórica de los Borbones”. En: Ricardo García Cárcel (coord.) *Historia de España siglo XVIII. La España de los borbones*. Madrid: Cátedra, 2002, pp. 9-22.

Gay, Peter. *The Enlightenment. The science of freedom*. New Cork- London: W. W. Norton & Company, 1969.

Gelman, Jorge. “La lucha por el control del Estado: administración y elites coloniales en Hispanoamérica”. En: E. Tandenter (dir. vol.) y J. Hidalgo (co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV). París: UNESCO/Trotta, 2000, pp. 251-264.

Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE, 2ª edición, 1993. Traducción de Antonio Alatorre.

Gisbert, Teresa. “Capítulo VIII: Producción cultural en el mundo andino”. En: Margarita Garrido (ed.). *Historia de América Andina*, volumen III. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2001, pp. 247-276.

Godenzzi, Juan Carlos. “Discursos y actos de rebelión anticolonial: textos políticos del siglo XVIII en los Andes”. En: César Itier (comp.). *Del siglo de oro al siglo de las luces. Lenguaje y sociedad en los Andes del siglo XVIII*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1995, pp. 59-88.

Góngora, Mario. *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Universitaria, 1998.

Guerra, François-Xavier. “Capítulo II: La modernidad absolutista”, “Capítulo III: Una modernidad alternativa”. En: *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: FCE-MAPFRE, 1993, 2ª edición, pp. 55-83, 84-113.

Halperín Donghi, Tulio. *Historia de América Latina*, tomo III: *Reforma y disolución de los imperios ibéricos (1750-1850)* Madrid: Alianza, 1985.

Hazard, Paul. *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid: Guadarrama, 1958 (Traducción de Julián Marías).

Itier, César. “Quechua y cultura en el Cuzco del siglo XVIII: de la “lengua general” al “idioma del imperio de los incas”. En: César Itier (comp.). *Del siglo de oro al siglo de las luces. Lenguaje y sociedad en los Andes del siglo XVIII*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1995, pp. 89-111.

Llombart, Vicent. *Campomanes, economista y político de Carlos III*. Madrid: Alianza, 1992.

Lynch, John. *América Latina, entre colonia y nación*. Barcelona: Crítica, 2001. (Traducción de Enrique Torner).

Mcpheeters, D. W. “The Distinguished Peruvian Scholar Cosme Bueno 1711-1798”. En: *The Hispanic American Historical Review*, vol. 35, nº 4, (Nov., 1955), pp. 484-491.

Meek, Ronald L. *La fisiocracia*. Barcelona: Ariel, 1975. (Traducción castellana de José García-Durán)

Miño Grijalva, Manuel. “De la manufactura a la protoindustria”. En: E. Tandenter (dir. vol.) y J. Hidalgo (co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV). París: UNESCO/ Trotta, 2000, pp. 167-191.

Mörner, Magnus. “The expulsión of the Jesuits from Spain and Spanish America in 1766 in Light of Eighteenth-Century Regalism”, en: *The Americas*, vol. 23, nº 2, October 1966, pp. 156-164.

Nichols, Madaline W. “The Historic Gaucho”. En: *The Hispanic American Historical Review*, vol. 21, nº 3, (Aug., 1941), pp. 417-424.

O’Phelan Godoy, Scarlett. “Introducción”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.) *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú- Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 7-11.

Peralta Ruiz, Víctor. “Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800”. En: Scarlett O’Phelan Godoy (comp.) *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú- Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 177-204.

Piel, Jean. “Region et nation en Amérique Latine: le cas du “Norte” argentin (Tucumán, Salta, Jujuy) de 1778 à 1914”. En: *Bulletin IFEA*, Lima, 1989, 18, nº 2, pp. 299-350.

Pratt, May Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas, 1997 (Traducción de Ofelia Castillo).

Sarrailh, Jean. *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México: FCE, 1957 (Traducción de Antonio Alatorre).

Soboul, Albert; Lemarchand, Guy y Fogel, Michèle. *El siglo de las luces. Tomo I: Los inicios (1715-1750) Primer volumen*. Madrid: Akal, 1992 (Traducción de Juan Calatrava Escobar).

TePaske, John Jay. “La crisis de la fiscalidad colonial”, en: E. Tandenter (dir. vol.) y J. Hidalgo (co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV). París: UNESCO/ Trotta, 2000, pp. 285-300.

Tuninetti, Ángel. “Introducción”. En: *Nuevas tierras con nuevos ojos. Viajeros españoles y latinoamericanos en Sudamérica, siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Corregidor, 2001, p.13-31.

Vidal, Hernán. “La racionalización de la experiencia social”. En: *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1985, pp. 170-199.

Walker, Charles F. *De Túpac Amaru a Gamarra*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas", 2005.

Weber, David J. *Bárbaros. Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*. New Haven/ London: Yale University Press, 2005.

Zermeño, Guillermo. “Los usos políticos de *América/ Americanos* (México 1750-1850)”. En: *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), Madrid, nº 134, diciembre 2006, pp.71-95.

& ***Estudios Generales***

Bal, Mieke. “Chapter 1: Text: Words”. En: *Narratology. Introduction to the theory of narrative*. Toronto: University of Toronto Press Incorporated, 1997, 2ª edición, pp. 16-77.

Chartier, Roger. “Cap. 3: ¿Qué es un autor?”. En: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994, pp. 58-89. (Traducción de Mauro Armiño)

Cornejo Polar, Antonio. “Capítulo primero: El comienzo de la heterogeneidad en las literaturas andinas: voz y letra en el “Diálogo” de Cajamarca”. En: *Escribir en el aire. Ensayo*

sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas. Lima-Berkeley: CELACP-Latinoamericana Editores, 2003, pp. 19-80.

Cros, Edmond. "Sociología de la literatura". En: Françoise Perus (coord.). *Historia y literatura*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp. 188-221.

Gálvez, Marina. *La novela hispanoamericana (hasta 1940)*. Madrid: Taurus, 1990.

Foucault, Michel. "What is an author?" En: Seán Burke (comp.). *Authorship. From Plato to the Postmodern. A Reader*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1995, pp. 233-262.

Geertz, Clifford. "La ideología como sistema cultural", en: Verón, Eliseo (selección). *El proceso ideológico*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1971, pp. 13-46.

Klor de Alva, J. Jorge. "Chapter 9: The postcolonization of the (Latin) American experience: a reconsideration of "colonialism", "postcolonialism", and "mestizaje". En: Gyan Prakash (ed.). *After Colonialism. Imperial histories and postcolonial displacements*. New Jersey: Princeton University Press, 1994, pp. 241-275.

Kushner, Eva. "Articulación histórica de la literatura". En: Françoise Perus (coord.). *Historia y literatura*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp. 165-187.

Le Goff, Jacques. *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós, 2005 (Traducción de Marta Vasallo).

Memmi, Albert. *Retrato del colonizado*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1969.

Perus, Françoise. "Introducción". En: Françoise Perus (coord.). *Historia y literatura*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, pp. 7-28.

Rama, Ángel. "Capítulo III: La ciudad escrituraria". En: *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajar Editor, 2004, pp. 71-97.

Romero, José Luis. “Las ciudades criollas”. En: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2ª edición, 2004, pp. 119-172.

Said, Edward W. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2006, 4º edición. Trad. María Luisa Fuentes.

Van Dijk, Teun A. “Capítulo 28: La ideología y el discurso del racismo moderno”. En: *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa, 1999, pp. 345-389.

Zea, Leopoldo. *La filosofía americana como filosofía sin más*. México: Siglo XXI, 1969.

&

Textos auxiliares y otras fuentes

Avilés Fernández, Miguel. *Sinapia. Una utopía española del Siglo de las Luces*. Madrid: Editora Nacional, 1976. Transcripción del texto y estudio crítico por Miguel Avilés Fernández.

Cadalso, José. *Cartas Marruecas*. Madrid: Salvat/ Alianza, 1970.

Cobo, Bernabé. *Historia del Nuevo Mundo*. En: *Obras del P. Bernabé Cobo*, tomo II. Madrid: Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XCII, 1964.

Colón, Cristóbal. “Carta de Cristóbal Colón (1493) a Luis de Santángel”. En: Francisco Morales Padrón (comp.). *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2002, pp. 71-82.

Feijoo, Benito Jerónimo. *Teatro crítico. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Anthropos, 1985. introducción y selección de textos a cargo de Eduardo Subirats.

Jovellanos, Gaspar Melchor de. *Informe sobre la Ley Agraria (1792)*. En: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12926186438926051876657/index.htm>

Learte Ladrón y Zegama, Miguel de. *Los fracasos de la Fortuna*. En: *Documentos históricos*. Córdoba: Archivo de Gobierno, tomo IV, 1926.

Luzán, Ignacio de. *La Poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies (1737)*.

En:

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/23583953214581639787891/index.htm>

Marmontel, Jean-François. *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou*. Paris : Librairie de la Bibliothèque Nationale, 1895.

Ramos Gómez, Luis J. "Introducción". En: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *Noticias secretas de América*. Madrid: Dastin, 2002, pp. 5-101.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Viajes por Europa, África i América (1845-1847)*. Santiago de Chile: Universitaria-ALLCA, 1996.

Vázquez de Espinosa, Antonio. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Madrid: Ediciones Atlas, B. A. E., tomo CCXXXI, 1969.